






PRENOCION

L tiempo que le puede quedar á un empleado eclesiástico después del desempeño de las funciones de su ministerio es tan escaso, que apenas le puede alcanzar para el necesario descanso y para alguna ligera expansión en el seno de la familia. Si las ocupaciones parroquiales tuvieran horas fijas y determinadas, fuera fácil y hasta muy cómodo el reglamentarlas; mas no es posible, penden de las circunstancias de los tiempos y de las necesidades espirituales de las almas. Por esta razón, aunque había notado que en esta Ciudad hacían falta algunas explicaciones acerca de la dignidad de la mujer, de su respeto, de su misión y, sobre todo, de su instrucción, no había como poner en ejecución lo que tiempo há había dejado. Mas no obstante estas dificultades, buscando  al tiempo, con algún trabajo y escaseando el descanso y la expansión, me resolví á escribir algunas cuantas líneas sobre ese objeto cuya trascendencia es incalculable. Con semejante resolución, tanto por dar algún interés á mi pequeño é insignificante trabajo, como porque no me consta que alguno de los señores Párrocos que han gobernado esta Iglesia, ó algún otro particular, se haya ocupado de las grandezas y glorias de la egregia Señora Santa Ana, Patrona y titular de esta Ciudad, me propuse formar un todo de estos objetos haciéndolos, en su unión y  e, que mutuamente se auxilién. Dándose, pues, no la devoción con la instrucción, creo que per-

fectamente se adapta al fin que me he propuesto, la inscripción que sirve de lema; y por lo mismo juzgo innecesario entrar en más pormenores, y causar fastidio antes de merecer que se le dé una ojeada. Con todo: ved aún todavía algunas palabras más que os den una idea, que tal vez os economicen el trabajo de registrar, suponiendo que no os dignéis emplear un rato en su lectura.

Las lecturas, cuyo número no pasa de nueve, consideran á la mujer en sus diversas fases y posiciones sociales: y como la mejor, más breve y más persuasiva enseñanza es la que se funda en la práctica, después de cada una de las lecturas, presento un ejemplar tomado de la vida de Señora Santa Ana. — Con este intento la vida de la Patrona, la he dividido en nueve párrafos que sirven de conclusión y al mismo tiempo de prueba á la lectura que les precede.

Por último: como entre las varias novenas que circulan entre las manos de las personas piadosas, no me consta que haya alguna que se proponga la instrucción y la moción de afectos, presento una nueva Novena, que si no me engaño, satisface esta necesidad. Y para que las personas afectas encuentren en un solo cuerpo todo lo que pertenece á nuestra Titular, se completa el trabajo con el Veintiseis de cada mes y los martes que se consagran á la Santa.

Tal es la razón del pequeño trabajo. Dios que bendice los débiles esfuerzos lo mismo que las grandes empresas, bendiga los míos; pues de esta manera serán fructuosos. Mi ardiente y constante deseo es ser útil: seré sumamente satisfecho y agradecido, si hay alguna persona que se tome la molestia de leer y de la lectura infiera algún desengaño ó algún sentimiento de devoción.

Nada diré del método y del estilo, porque esto no me pertenece: el fallo lo espero de las personas que me honren con su lectura.

PRIMERA LECTURA.

NECESIDAD DE EDUCAR Á LA MUJER.

CÉLEBRES escritores y eminentes publicistas se han ocupado y se ocupan de la importante mujer: estudiándola en sus diversas fases y acompañándola en la múltiple misión que desempeña sobre la tierra, han derramado torrentes de luz, de belleza y de gracia. Al ver esos variados escritos, el alma reboza de alegría y no se sabe á qué dar la preferencia; son muy justos esa predilección y ese entusiasmo: yo confieso con entera ingenuidad, que siempre que leo esos monumentos de erudición y buen gusto experimento un verdadero placer; y en verdad, esos magníficos cuadros donde el objeto y el colorido se disputan la prioridad; á quién no cautivan?: y esta cautividad dulcemente operada por la poesía y sus encantos, por la belleza y sus formas; á quién no fascina? Sin embargo, este placer de que el alma disfruta con semejantes lecturas, nos obliga á estudiar á la importante mujer y á darle el lugar que le corresponde, dejando á un lado los himnos de honor y de gloria que por todas partes le entonan, y tomarla bajo el punto de vista católico, según los designios de la Providencia Divina, Sólo Dios que formó á la mujer la conoce perfectamente y El solo nos puede enseñar lo que ella es, lo que ella vale y el papel que ella debe ejecutar en la carrera de los tiempos para la eternidad.

En uno de nuestros libros santos cuyo título es Génesis, se leen estas interesantísimas palabras: *No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante á él* (2-18.) Así pues, cuando Dios, al formar á la mujer al principio del mundo, pronunció

esas grandes y sacramentales palabras, quiso hacer una ley de orden social, y por ellas constituyó á la mujer como la ayuda del hombre, no sólo en todo aquello que se refiere á sus necesidades materiales, sino también principalmente en todo aquello que tiene relación con sus necesidades espirituales. Es pues, un deber de la mujer cuidar del hombre, edificarle con sus ejemplos, mejorarle con sus santas inspiraciones y santificarle con sus virtudes. Ayudar al hombre á conseguir su salvación es el fin principal de la mujer, su misión, su ministerio, su gloria, su grandeza y su dignidad. Así, pues, la mujer tiene, según los designios de Dios, una delegación, ó más bien una consagración religiosa.

Si esta ayuda cuya importancia resalta del objeto final de su institución, se considera bajo el punto de vista del poder que constituye, se eleva aún todavía más y adquiere proporciones cada vez más trascendentales. En efecto, el hombre y la mujer, seres de la misma naturaleza y de la misma especie, son tan diferentes el uno del otro por sus cualidades y sus condiciones, que no podrían equilibrarse sin que Dios armonizase estas fuerzas y estos poderes. Esto fue lo que hizo la Sabiduría del Creador al formar á la mujer tanto más poderosa que el hombre por sus atractivos y sus gracias, cuanto el hombre es más poderoso que ella por la fuerza y la autoridad.

La historia, mar inmenso á donde convergen los grandes hechos de los hombres, de los pueblos y de las naciones, en su variada é inconstante superficie nos refleja esos cuerpos pasados; y mediante el procedimiento óptico de la luz, por la escritura y la imprenta, nos perpetúa su memoria; y en un libro, el libro es la creación entera, el libro es la pintura, la estatuaría, la arquitectura, nos entrega todo cuanto hay de grande y perfecto en la antigüedad. Por la historia conocemos la legislación de los pueblos y sus costumbres que son su expresión: el estado de civi-

ra, sabia, prudente y devota, en una palabra, la mujer cristiana, es la que, como madre, cristianiza al hombre niño; como hija, edifica al hombre padre; como hermana, corrige al hombre esposo: su influencia en el orden moral es inmensa.

Al ver el lugar que ocupa la mujer bajo cualquier punto de vista social que se la quiera considerar, sin necesidad de fuertes inducciones ni de razonados discursos, se viene á la mente esta oportuna pregunta: ¿qué ha hecho el hombre por cultivarla, por educarla?: ó más bien ¿qué ha hecho para que su influencia sea salvadora? Así como la desunión produce la debilidad, la unidad produce la fuerza.— Erróneamente se ha creído que para el bien de la sociedad bastaba educar al hombre abandonando en un todo á la otra mitad del hombre mismo, y de aquí provenía ese descuido lamentable: apenas la pobre mujer aprendía á decorar algunos renglones y á trazar con mano incierta algunas líneas y ya se creía que era lo suficiente para dar por concluída su educación y entregarla á los trabajos domésticos. Y semejante conducta no podía menos que ocasionar la división entre los dos seres.

En efecto, si el hombre recibe una educación esmerada que ennoblece su alma y le crea nuevas necesidades, la mujer sin instrucción ninguna, no pudiendo compartir con el hombre los encantos de la ilustración y el placer de la ciencia, se separa del hombre; y mientras que éste abandona el hogar, ella se aísla, y, refundida en los oficios más bajos, si tiene talento fragua la triste venganza, y si de él carece se degrada y se anonada; pero en uno y otro caso, si la adornan el don fugitivo de la hermosura y el adorno de la simpática gracia, á su vez triunfa del hombre y hace de él lo que quiere. Los efectos de esta falta de unidad á la vista saltan; por el contrario, educando á la mujer como lo merece y haciéndola tomar el asiento que le pertenece en la instrucción, se le eleva y se

forma la unión. Y la unión y enlace del hombre y la mujer por la civilización y por la ilustración forma los encantos de la vida del hogar y de la vida de la gran sociedad, puesto que ésta no es más que la colección de hogares.

Crean otros lo que quieran, para mí es una convicción de la cual no puedo prescindir, que si se educa lo mejor posible á la mujer y si en su educación se le prefiere al hombre, la sociedad no sólo camina sino que vuela hacia el progreso; y la verdadera civilización é ilustración, cual fruto prematuro, se anticipa en bien de la sociedad lo menos la mitad de un siglo, si no es la cuarta parte de él. La razón es muy obvia, la mujer no sale de la casa y en su corazón hacen eco todas las necesidades del hombre: ella le introduce al mundo, le acompaña en la vida y su sepulcro riega con lágrimas y cubre de flores. En la casa donde un sentimiento oculto dijo en secreto, un hombre ha sido concebido; y en el lecho donde se suspendió la corona de la maternidad y con entusiasmo se afirmó: hay un hombre más sobre la tierra; ahí, es donde el niño recibió el beso primero y la primer caricia: y desde ese momento ¿quién es el angel tutelar que vela día y noche sobre la existencia del niño? ¡Ah! la madre le enseña quién es su padre, le da el idioma, graba en su pura alma la primera revelación de Dios, de sus misterios, de sus atributos y perfecciones, le da á conocer las cosas y sus nombres, pone en sus labios los acentos del amor y junto con el nombre de sus padres pronuncia los de Jesús, María y José. Es, pues, la madre, el gran Sacerdote que enseña al niño la religión y el gran Maestro de la instrucción fundamental.

La sagrada escritura, por medio de sus Agiógrafos, no ha pensado como pensaron los pro-hombres de nuestros tiempos pasados, y como piensan muchos padres de familia en la actualidad, cuando por él órgano del apóstol San Pablo ha manifestado, que no

es su voluntad que la mujer enseñe en la iglesia:— *No permito á la mujer el que enseñe en la iglesia* (Tim 2—12.) Más estas palabras prohibitivas suponen que la mujer no sólo es instruída sino que tiene conocimientos tan superiores que puede enseñar á los hombres y hacer los oficios importantísimos de doctora. Si el apóstol supiera que la mujer era ignorante, ó sin elevación y superioridad en sus conocimientos ¿por qué le habría de prohibir lo que no era posible que pudiese ejecutar? Es, pues, incuestionable el que, según el apóstol, la mujer debe ser instruída y algo más; tener aptitud hasta para enseñar ¡Qué reprensión tan terrible para los que abandonan la instrucción de la mujer! Se conoce que ellos mismos saben muy poco y que sin pensarlo, por falta de conocimiento, han caído en el gran crimen de lesa sociedad, abandonando la mujer y dejándola vagar, cual fantasma misteriosa, en las sombras de la ignorancia y del error. Los maestros de la humanidad, los santos Padres, no pensaron jamás como nuestros mayores.

San Ambrosio, cuando fue elegido Obispo, no creyó poder principiar mejor la carrera del ministerio apostólico que dirigiéndose á las mujeres: según el tenor de sus admirables escritos, parece que se dijo á sí mismo: “Si yo consigo reformar á las mujeres, en el mismo hecho habré reformado á los hombres; y nada es más propio para la reforma de las mujeres que enseñarlas según el evangelio.” Y este pensamiento tan feliz como la inteligencia que le concibió, fue coronado por el éxito más brillante. San Agustín, esa águila de los doctores y digno hijo en el espíritu del gran San Ambrosio, en los admirables escritos que dirigió y dedicó á las mujeres, no respira más que el celo ardiente de este sublime doctor por la instrucción de la mujer, á quien él trata de proteger contra la corrupción del vicio y contra los extravíos del error. Pero ninguno de los antiguos

padres se ocupó más de las mujeres que San Gerónimo. Absorbido por sus grandes trabajos en la versión y en los comentarios de los libros santos; distraído por sus combates diarios con los herejes y por las consultas que, como al oráculo viviente del mundo cristiano, se le hacían de las tres partes del globo, supo encontrar el tiempo suficiente para consagrarse á la instrucción de la mujer y dirigirla por las escabrosas y difíciles sendas por las cuales debe pasar durante su vida. Y sea dicho de paso ¿qué publicista ha habido que tome tanto empeño y tenga tanto ahinco para la educación de la mujer? ¿Y qué escritor moderno se encuentra, que cuando quiere tomar sobre sí este importantísimo trabajo, no tenga que transcribir sus máximas, documentos y exhortaciones, de esas sublimes fuentes de la patrología? Bien, pues, han merecido esos hombres bienhechores el sobrenombre de Padres de la humanidad, de Maestros y preceptores de la interesante mujer. Mas ¡qué desgracia!: ¿de qué sirven esos eternos monumentos de celo, piedad y religión, cuando las mujeres para quienes fueron escritos no los conocen ni aun por el nombre?

Una de las desgracias más lamentables para un pueblo, es que se le dedique un libro y que este libro no pueda ser leído; y esto es lo que sucede con harta frecuencia en los pueblos donde la mujer no sabe leer.

Cuando la mujer no sabe leer ¿cómo se podrá hacerle comprender su dignidad, su misión, sus deberes y obligaciones? Si no sabe su mismo idioma; si es extraña á la diversidad de giros del habla patria ¿qué se puede hacer en su favor? ¿En qué fuentes podremos tomar las cristalinas aguas de la instrucción? ¡Oh! y qué triste es ver el estado en que se encuentra la generalidad de nuestros pueblos! Causa amargura el abandono en que encuentra la pobre mujer, y la sangre tiñe nuestras mejillas al ver

esa multitud de niñas que vagan por las calles.—
¿Cuándo se pondrá remedio?

Los santos padres para las mujeres escribieron muchas obras y á las mujeres las dedicaron. Y ¿quién conoce esos admirables libros? Acontece con estos libros lo que lamenta el profeta Isaías hablando de las visiones ó profesías: “cuando se den á uno que sabe leer, y le digan: léedle, responderá: no puedo, porque está sellado. Y si le dieran á uno que no sabe leer, y le dicen leedle; responderá: no sé leer.”—(Isaías 29—11 y 12). En efecto, esos libros son sellados para la generalidad de las gentes, y semejantes al tesoro que encerrado en una caja de hierro con una fuerte é ingeniosa cerradura si no se tiene la llave para abrirla, el tesoro es enteramente inútil; así estos libros, sin la llave del estudio constante, sin la llave de la ciencia ¿de qué sirve su existencia? ¿De qué puede aprovechar para las necesidades de la vida? Estos verdaderos Tántalos de la fábula verán el agua de la ilustración, del progreso y de la ciencia y no podrán apagar su sed con ella: á la presencia de la vida, la perderán; pero la perderán dando un suspiro y derramando una lágrima contra los que pudiendo abrir y romper ese sello, no lo hacen. Pero ¿quién les puede hacer este favor? ¡Oh padres de familia!: vosotros podéis; romped ese sello de la ignorancia; haced que vuestras hijas vayan á la escuela; que se eduquen y que ellas á su vez entreguen al hombre ese libro, ese tesoro, sin sello, sin cerradura de ninguna clase. Mas si olvidando la obligación sagrada de educar á vuestras hijas, las dejáis en el abismo de la ignorancia, vuestra afrenta é ignominia será para siempre, y cuando la mano del Sacerdote, del Doctor, del Profesor, del Maestro de escuela, entregue el libro abierto á vuestras hijas y ellas respondan no sé leer, no tendréis excusa, y la posteridad con su inexorable fallo anatematizará vuestra memoria.

Mas no será de esta manera: de hoy en adelante tendréis más cuidado y haréis un esfuerzo para que se eduquen vuestras hijas. Es, pues, necesario educar á la mujer.

Si esta necesidad que habéis visto demostrada en toda esta lectura no os mueve á una resolución eficaz, que os mueva el ejemplo.

VIDA DE SEÑORA SANTA ANA.

§ 1.—*Las tres hermanas.*

Hablando el gran San Gerónimo de Santa Paula, dice estas memorables palabras: “Aunque todos mis miembros se convirtiesen en lenguas, y todas mis fibras articulasen voces humanas, no podría yo decir cosa que fuese digna de las virtudes de la santa y venerable Paula, que siendo descendiente de los Gracos y heredera de Paulo (Emilio,) prefirió, por amor de Jesucristo, Belén á Roma, y una humilde choza á los dorados palacios.” Y este encomio tan perfecto como acabado, á ninguno puede convenir de una manera más adecuada que á la egregia Señora Santa Ana.

En efecto, en Belén pequeña ciudad de la tribu de Judá, llamada también ciudad de David, porque en ella nació este santo rey, tenían su residencia los virtuosos consortes Matan y María: el primero descendía de la tribu de Leví y de la familia de Aarón, que entre los judíos era la familia sacerdotal, y la segunda de la tribu de Judá, y de la familia de Salomón, que era la familia real, uno y otro muy recomendables por su nacimiento, por su notoria bondad y por su ejemplar virtud. Mas Dios nuestro Señor distribuidor de sus dones, según su beneplácito, había querido privarles de los bienes de fortuna dejándoles en la pobreza, que para ellos era mucho más grava que para el resto de las personas, puesto que la

privación nunca es más molesta que cuando se ha bajado del poder, de la abundancia y de la riqueza.

Según la profecía de Daniel, ya era muy próxima la aparición del Mesías, y el cetro que había caído de las manos de la familia de David anunciaba la caída del incensario de las manos de los hijos de Aarón. Y estas circunstancias que cada vez se marcaban más y más, entregaban á los individuos de estas familias al olvido, quitándoles los tesoros á que eran acreedores por su origen y categoría. Pero la virtud que sabe hacer á sus seguidores humildes y afables en la prosperidad, les hace pacientes y sufridos en la adversidad. Nuestros consortes, pues, como verdaderamente virtuosos, vivían contentos en el estado en que Dios les había puesto.

Tres hijas que eran la expresión de su amor y el fruto de su feliz unión formaban su gran tesoro; María, Sobé y Ana, he aquí sus nombres. Como no conoce las tardanzas ni el tedio el espíritu de Dios, como dice San Gregorio, estos virtuosos padres no esperaron que la naturaleza les tomase la delantera en la educación de sus hijas. Apenas la palabra asomaba á sus labios y la razón á su mente, cuando procuraban sembrar la semilla de la religión, de la virtud, de la moralidad y del recato en sus inocentes corazones: sobre todo, como estaban convencidos de que la mayor y más breve enseñanza es la del ejemplo, procuraban con el mayor esmero que sus obras no contradijesen sus palabras. Aquellas candorosas niñas, cual delicadas yedras graciosamente asidas al tronco benéfico de sus padres, desarrollando en el cuerpo desarrollaban en el espíritu, y en la aurora misma de la vida ya daban á conocer lo que serían en el empezar de su venturoso día. No se omitía ningún cuidado en la formación de su corazón y era un verdadero placer para sus virtuosos padres el oírlas, según su edad, balbucear los cánticos de Moisés y los salmos de David su padre: oírlas referir los principales pasajes históricos de

su pueblo y de su nación. ¡Cuánto vale una educación esmerada! Si los padres de familia imitasen esta sabia y prudente conducta, no se vería la sociedad como se ve.

SEGUNDA LECTURA.

DE QUÉ MANERA SE DEBE EDUCAR Á LA MUJER.

Es de tanta necesidad la instrucción del hombre que si Dios no le hubiera puesto un preceptor que le enseñase se podía asegurar que su obra incompleta é imperfecta en su origen mismo, era un descrédito para su Autor y un sarcasmo para la obra, puesto que con sus tendencias y propensiones, con sus admirables aptitudes no tendría un objeto, un fin que le caracterizase. En este supuesto, como dice Santo Tomás: “la humanidad hubiera permanecido en las sombras de la muerte, en las tinieblas más densas de la ignorancia; aun respecto de la primera de todas las verdades y la más accesible á la razón: la existencia de Dios, antes de haber podido alcanzarla por su razón.” Mas no sucedió de esta manera: ¡oh incomparable dignidad! ¡qué grande es el hombre! Dios mismo se constituyó su Maestro, su primer Preceptor. El reveló al hombre el mundo espiritual y el mundo físico, pero no de la misma manera. Del mundo corporal le indicó los principales alimentos y los medios de proporcionárselos, le enseñó la virtud de ciertas plantas, el uso que debía hacer de ciertos animales, la existencia de ciertos metales en las entrañas de la tierra, y las ventajas que podía sacar de ellos. En una palabra, le descubrió gran número de secretos de los tres reinos de la naturaleza y la manera de utilizarlos, relativamente á su alimentación, á su conservación y á su bienestar. Pero no pasó adelante en esta instrucción puesto que no era necesario, y quiso

más bien entregar el mundo á las investigaciones del hombre y como un problema que él debía resolver. Mas no sucedió así con el mundo espiritual y con el mundo moral: sobre estos dos mundos, Dios se lo dijo todo, se lo ha revelado todo, y le ha enseñado desde el principio toda verdad.

Tan magnífica senda trazada con caracteres de luz y en cuyo fondo se descubre el amor, era la senda que la humanidad debía seguir no siéndole dable declinar á la diestra ó á la siniestra, sin el triste chasco de derrumbarse en la pendiente del error. Por esta razón, en la carrera de los siglos, Dios que se había propuesto enseñar á los hombres, después de hablarles por sí mismo, les hablaba por medio de los Maestros y Doctores: y así vemos que en la época de Isaías, al pueblo que él escogiera, le decía estas importantes palabras: *Yo haré que jamás se aleje de tí tu maestro, y tus ojos estarán viendo siempre á tu doctor.*—(Isaí. 30—20.) Cada uno de los Patriarcas y cada uno de los Profetas era un maestro y un doctor, no sólo para el pueblo de Israel, mas también para toda la humanidad; pues es un hecho históricamente verdadero y verdaderamente histórico, que toda la ciencia de los sabios y filósofos de la Persia y de la India, de la Grecia y de Roma, está tomada ó se contiene en cuanto á la sustancia, en la tradición, en los monumentos, en la historia y en la revelación, que se contienen en los libros santos, que con sobrada razón se llamaba *Testamento antiguo*, ó voluntad, ordenación y precepto primitivo de nuestro Dios y Señor. Si vemos que la Grecia tiene su Ateneo y las famosas escuelas de sus filósofos donde se enseña toda sabiduría, también vemos que los hijos de Israel tienen sus sinagogas y sus grandes maestros que enseñan é instruyen al pueblo. Pero si acaso á la instrucción de la humanidad le faltaba esplendor y gloria y más especificación, la última revelación llena este vacío.

En efecto, la Encarnación, la aparición del Mesías, es el complemento, la última mano, de esta enseñanza. Dejemos hablar al gran literato, al orador de primer orden, al Padre Ventura de Raulica.— (Filosofía cristiana—t. prim. p. 25.) “Todas las verdades religiosas se resumen en la verdadera doctrina del Mesías. Todas las verdades filosóficas se hallan contenidas en la verdadera doctrina del Hombre. Todas las verdades de la ciencia social están comprendidas en la verdadera doctrina del *Ministro de la sociedad*, porque reuniendo en sí todo término medio los dos términos extremos, y participando de uno y otro, conocer bien el término medio entre dos cosas opuestas es conocer bien estas mismas cosas y sus mútuas relaciones. Ahora bien, siendo Dios y hombre dos naturalezas extremas unidas en la unidad de una sola persona, el Mesías es el Sér medianero entre los hombres y Dios. Siendo espíritu y cuerpo dos sustancias extremas unidas en la unidad de una sola naturaleza, el Hombre es el Sér medianero entre los cuerpos y los espíritus. Siendo poder y súbdito dos situaciones extremas unidas en la unidad de un solo individuo, el Ministro es el término medianero entre el súbdito y el poder. Por consiguiente, conocer bien al Mesías es conocer bien á Dios y al hombre y á sus relaciones ó toda la religión. Conocer bien al hombre es conocer los espíritus y los cuerpos y sus relaciones, ó toda la filosofía. Y conocer bien al Ministro es conocer bien el poder y el súbdito, ó todo el derecho público.” ¡Qué palabras! Estos magníficos conceptos son la hipotiposis más bella de la ciencia y de la sabiduría.

Mas no dejéis de notar que el gran Ministro de que se ha hecho mención y que ocupa un lugar tan eminente en las inducciones citadas, no puede ser más que la verdad. En efecto, así como en la acción visiva se requieren tres cosas, objeto, medio y sujeto, esto es, un ojo con aptitud para ver, un objeto capaz

de ser visto y un medio por el cual se pongan en relación el ojo con el objeto, y si falta una de estas tres cosas, la acción visiva no se puede efectuar; así sucede en la materia que nos ocupa: pero el medio por el cual la acción visiva se efectúa es la luz; luego el Ministro es la *Verdad*: y en realidad de verdad ¿de qué sirviera la aptitud del ojo para ver y la aptitud del objeto para ser visto si faltase la luz? Y sin este dón precioso y absolutamente necesario ¿cómo se pondrán en relación los extremos, el ojo y el objeto? Así, sin la verdad ¿de qué sirvieran los extremos de Dios y el hombre, del hombre y los espíritus, del poder y del súbdito? Luego la *Verdad* es el *Ministro*. Mas el sujeto, el objeto y el medio son tan necesarios y tan inseparables que de ninguna manera se pueden abstraer, así en la enseñanza tomada del célebre Escritor, y en la comparación aducida para explicar la misma inducción y la gran teoría sobre la Teología, Filosofía y el Derecho público.

¡Oh y qué grato me es el decirlo con tanta franqueza como seguridad! La verdad es el Verbo en la eternidad y en el tiempo, es nuestro Señor Jesucristo; y El es la luz que alumbra é ilumina á todo hombre que al mundo viene, y El es el camino y la senda que conduce á la verdad. Es la suprema verdad: la verdad única, la fuente y manantial de toda verdad. La verdad, pues, es la que se debe enseñar, y no de cualquiera manera, sino según las reglas prescritas por la misma verdad.

Se infiere por tanto: si la verdad es única, como lo es en la realidad, que la ilustración, que es la luz que dirige á la inteligencia; que el progreso, que es la marcha del hombre hacia su último fin; y la civilización, que es el esplendor y el lustre conque el hombre se presenta en la vida de sociedad, no son mas que las diversas fases, las diversas insinuaciones, las diversas manifestaciones de la misma verdad. Pero todo esto es lo que se llama razón y la razón be-

jo cualquier punto de vista que se le quiera considerar, también es la verdad. Tenemos el gran Ministro: no hay que desear.

Y esta importantísima verdad ¿de qué manera se debe aplicar en la educación, puesto que educar es enseñar? Antes de entrar en detalles, nótese que en el lenguaje escriturario, en la palabra hombre, se comprende la mujer; por lo mismo, mientras que de ella no se haga específica mención, la denominación se tomará de la parte más noble. Nótese además, y esto es digno de mucha atención, que la educación la podemos considerar en cuanto ilustra á la inteligencia y en cuanto forma el corazón, ó en otros términos, la educación es especulativa y práctica: la primera descansa en la contemplación de su objeto y la segunda pasa á la ejecución. De estas dos clases de educación se debe usar no indistintamente, sino según la edad de las personas: seguiremos, pues, estas indicaciones, y á cada época le daremos lo que le corresponde.

Según Cicerón, el asentimiento de los pueblos sobre una materia es una señal cierta de la posesión de la verdad. Debemos, pues, estudiar la venerable antigüedad sobre la educación, aunque sin profundizar esta materia, pues esto no es necesario tratándose de una sencilla lectura y no de una tesis para la escuela, ó de una disertación para un cuerpo científico.

Uno de los más antiguos padres de la Iglesia, Clemente de Alejandría, ha resumido en estas cortas palabras, de encantadora sencillez, el método con que los primeros cristianos educaban á sus hijos. “Principiamos, dice, por la verdad que brota de la enseñanza de la fe, por ser ella el aliento sustancial, indispensable á la vida del espíritu. Por lo que hace á la erudición profana, considerámosla como manjares regalados, que en manera alguna son necesarios para vivir. Por eso no la buscamos sino después de habernos alimentado de la verdad cristiana, porque

después de comer gusta una golosina."—(Lib. I, Stromat.)

Como se vé, por el bello testimonio citado, es evidente, que los hijos de nuestros padres en la fe no principiaban su instrucción literaria sino después de terminada, de la manera más amplia, completa y sólida, su instrucción religiosa y cuando la religión había echado raíces profundas é indestructibles en su entendimiento y en su corazón. San Gerónimo, en su preciosa carta á Leta sobre la educación de su hija, nos ha conservado, con sus más minuciosos detalles, el plan de instrucción que los cristianos del cuarto siglo creían más conveniente dar á sus hijos desde la más tierna edad. Después de enseñarles á leer por medio de letras de madera (*buxcis litteris*), el primer libro que se ponía en sus manos y que se les obligaba á aprender de memoria y á cantar, era el de los salmos, con el objeto de impedirles cantar cosas profanas. . . . Como lectura de recreo se les hacían recorrer las actas de los mártires, y más adelante las vidas, de los santos, escritas por santos.

Hé aquí como los antiguos cristianos instruían y educaban á sus hijos.

Eusebio, en su historia *Elesiástica*, nos habla con entusiasmo de la Escuela donde se educaban en la religión y en las letras, los hijos de los fieles.— Bien sabido es el error en que cayó Orígenes á consecuencia de la obligación que tenía de educar, principalmente á los jóvenes, y el amor extremado que profesaba á la santa pureza. Tertuliano, en su *Apologetico*, en varios lugares habla sobre la necesidad y la manera de educar á las niñas. La princesa Matilde, tan sabia como celosa por la propagación de la ciencia y de la literatura, por todas partes multiplicaba las escuelas para el clero y el pueblo. La Universidad de Bolonia, esa universidad madre de las universidades, ese foco de luz y de civilización del mundo cristiano, fue el pensamiento de su espíritu y

la obra de su magnificencia y liberalidad. Ella fue quien la fundó, la dotó, reunió en ella los más grandes hombres de su tiempo, y la hizo célebre para siempre. En esta universidad las mujeres pueden recibir todos los grados y títulos de Doctor y enseñar en ella todas las facultades.

A consecuencia de esta enseñanza, en que de preferencia se educaba el corazón y después se adornaba la inteligencia, se debe el que la Iglesia tenga en su catálogo un crecido número de mujeres célebres por su santidad y por sus conocimientos. A este género de instrucción se debe el que la sagrada Escritura haya sido el estudio constante, no sólo de la nobleza sino del pueblo: Santa Cecilia siempre traía consigo los Santos Evangelios, y Santa Afra, la pobre y plebeya africana, hacía lo mismo. A esta manera de educar, es debida la lectura de toda la patrología, pues como consta de la historia, hasta el siglo diez y seis, los santos padres eran la lectura popular, y con el auxilio de estos sapientísimos intérpretes, la parte exegética de los libros santos era el objeto de las conversaciones, de las grandes conferencias y de esas célebres asambleas de Anacoretas y de Monjes, conocidas generalmente con el nombre de Colaciones de los Padres.

Formando primero el corazón con las sábias máximas de la religión católica, es como el mundo literario, en su nomenclatura de Escritores célebres, admite en sus páginas los nombres de Santa Brígida, de Santa Teresa de Jesús y de la Venerable Madre Agreda.

Bien convencidos los pueblos del Viejo Mundo de la importancia de esta manera de enseñar, han desplegado tanto celo en la generalización de la instrucción popular y con mayor esmero, la instrucción de la mujer: han conocido que la educación de la mujer, es, tal vez de mayor importancia que la del hombre, y que los grandes males de que se ve aque-

jada la sociedad no serán remediados sino mediante la instrucción de la mujer. Por eso, todos los gobiernos europeos sin distinción ninguna, admiten en su seno todas las Congregaciones de señoras que se dedican á la instrucción de su sexo: en las calles de Lóndres y París, lo mismo que en las de Roma, se ven con plena y perfecta libertad á las hermanas de Nuestrd Señora, á las Ursulinas, á las hermanas del Buen Socorro y á las hijas de San Vicente de Paul. Las Escuelas, los Asilos y los Horfanotrofios, lo mismo que los Hospitales, en ninguna parte faltan: porque el remedio del cuerpo, como el del alma, jamás debe faltar en donde quiera que halla humanidad.— Los gobiernos, en lugar de perseguir, favorecen: en lugar de despojar, fomentan y premian: grandes sumas se impenden en este nobilísimo objeto y los Ministros de Instrucción Pública se desvelan por llenar con honor y gloria la significación del nombre con que se les distingue. No ignorando los bienes inmensos que reporta la sociedad con la instrucción de la mujer, eminentes Escritores como el Padre Ventura Raulica y el Abate Gaume, han consagrado á este noble objeto el primero, la admirable obra titulada: La mujer católica: y el segundo, la Historia de la familia. Con este mismo objeto, los periodistas y los más hábiles publicistas escriben magníficos artículos y sabias disertaciones.

Los habitantes del Nuevo Mundo, los habitantes del Norte, del Sur y de Méjico tampoco se han quedado atrás en sus esfuerzos por la educación de la mujer, y sorprende el grado de cultura y civilización á que han llegado, aunque es digno de lamentarse el que semejantes trabajos se dediquen, en su mayor parte, al cultivo de la inteligencia y tan poca atención se lleve á la formación del corazón. Si la mujer ha de reinar, no reinará por el poder físico, sino por el poder moral: desde el momento en que se la aparte de esa misión á que Dios la ha destinado, será un angel,

es verdad, pero será un angel destronado. La mujer nunca es más útil en la sociedad que cuando es verdaderamente católica, verdaderamente religiosa: formándole su inteligencia y olvidando la necesidad de hacerla virtuosa, se la hace retroceder al tiempo aciago del paganismo, y en este caso, triste instrumento del placer, si tiene talento, instrucción ó hermosura, despóticamente reina sobre el hombre y la sociedad, y si carece de estas cualidades, se abandona y se prostituye y viene á parar en que su existencia, siempre funesta, es como la había llamado Hesiodo: *pulerum mallum*, un bello y hermoso mal, un veneno en copa de oro,

Sólo los centro-americanos, sólo nosotros, apartándonos de la tradición de todos los pueblos, de la práctica de las naciones civilizadas y del sentir de todas las gentes, hemos despreciado la educación de la mujer. Los santos padres, los historiadores, los escritores de todo género, han demostrado la necesidad de educar á la mujer, si se quiere que la sociedad adelante y progrese; mas nosotros, no sólo no hemos hecho caso si que también, despreciando esas prescripciones, poco ha faltado el que se persuada que la educación de la mujer era un mal verdadero.

Y concretándonos sólo á esta ciudad de Santa Ana, según lo refieren los ancianos y lo confirman documentos auténticos, hubo un tiempo en que se tuvo por crimen el que la mujer supiese escribir.— El aprender á leer era una cualidad casi exclusiva de las clases privilegiadas. Con semejante conducta, no extrañemos nuestro marcado retraso en la senda del progreso, ni tampoco el estado lamentable de nuestra sociedad. ¿Por qué exigir el pudor y honor en la mujer cuando no se le ha enseñado? ¿Por qué pedirle fidelidad en el matrimonio y que sea el encanto de la sociedad doméstica y el vínculo sagrado del padre con los hijos, y de los hijos y el padre con la madre, cuando no se le ha formado el co-

razón, ni se le ha instruido? Semejantes exigencias, serían como las del estúpido labrador que quisiese cosechar el grano que no había sembrado.

Si en nuestra pequeña sociedad tenemos Señoras que pueden servir de modelo al mundo civilizado, por su virtud y bellas cualidades, por su cultura y simpáticas maneras, esto es debido no á la educación, sino á la bondad natural, á los sentimientos religiosos y á los esfuerzos que ellas mismas han hecho por salir de las sombras de la ignorancia. Si tenemos en la actualidad jóvenes tan cultas, hábiles, honradas y de bellísimos sentimientos de honor y virtud, esto es debido á los esfuerzos, laudables sobremanera, de muchos padres de familia, que privándose de la amable presencia de sus hijas y haciendo sacrificios pecuniarios, las han mandado al Colegio que las hermanas de Nuestra Señora, con tanto celo como prudencia, con tanta virtud como habilidad, dirigen en la capital de la República de Guatemala.

Y nosotros ¿por qué no ponemos un Colegio? Si hay entusiasmo en los padres de familia, si están dispuestos á gastar y emplear sus recursos en otras partes: ¿porqué este entusiasmo y estos recursos no se emplean en establecer un Colegio bajo la dirección de las hermanas de la Caridad, de las hermanas de Nuestra Señora, de las Ursulinas, ó de cualquiera otra corporación? La Europa entera admite estas Congregaciones, y nosotros ¿por que no las hemos de admitir? Los magníficos resultados que estas Congregaciones producen en todos los pueblos son claros, son manifiestos; y nosotros ¿por qué no los hemos de experimentar? ¡Así provémoslos, hagamos un sacrificio en bien de la sociedad! Llamémos á una de esas santas hermanas, é instalemos un Colegio donde se eduquen nuestras jóvenes. Que las Escuelas de primeras letras se generalicen y que podamos contar con tantas oficinas de educación cuantas aldeas, cantones y pueblos tiene nuestro Departamento.

No han pasado aun cinco meses, (1) desde que las Hermanas de la Caridad de San Salvador, vinieron á esta Ciudad con el objeto de hacerse cargo del Hospital para el cual habían sido llamadas, y por varios inconvenientes, la Municipalidad las invitó para que tomasen bajo su dirección la Escuela pública de esta misma Ciudad, cuando ya podemos palpar los inmensos bienes que reporta la población con su enseñanza: no curan ni asisten los cuerpos en el hospital, mas en cambio, curan las almas con su instrucción, lo cual, tal vez, es de mayor importancia. Dña vendrá en que estos ángeles bienhechores curen del alma y del cuerpo: entre tanto, felicito á la Municipalidad por el gran paso que ha dado en favor del progreso de la Comunidad que le ha sido confiada, y á la Ciudad por los trascendentales bienes que reporta de esta idea eminentemente filantrópica. No son más que tres las Hermanas que dirigen la Escuela y ya tenemos más de doscientas niñas á quienes se les educan el corazón y la inteligencia. ¡Quiera Dios que se aumente el número de las Hermanas y se multiplique el número de las educandas para que ya no veamos á esas infelices criaturas vagando, casi desnudas, por nuestras calles, creciendo sólo para ser el ludibrio de nuestra sociedad y el funesto pábulo de la desmoralización y corrupción de las costumbres!

Por último, si las tendencias de la época son la desmoralización de la mujer, que las nuestras sean su moralización por medio de la educación que les forme el corazón y la inteligencia de una manera cristiana

¡Oh padres de familia! de vosotros pende el porvenir de la sociedad. No descuidéis esta obligación, que Dios, la patria y vuestro interés personal, os imponen terminantemente. Si no, os inducen al

(1) Las hermanas de la caridad vinieron á esta Ciudad en el mes de Mayo de 1875, y escribo esto el 6 de Octubre.

cumplimiento de este sagrado deber las amonestaciones que os he hecho, que os muevan los ejemplos que os han dejado los padres de vuestra patrona.

§ II.—*La sorpresa.*

La planta entre más delicada es, merece más atención del industrioso y constante jardinero; no sólo debe ser regada metódicamente más también se le deben arrancar las yerbas inútiles y á su tiempo cubrirla para que los rayos del sol no la marchiten. Pero ¡qué imperfecta aparece esta operación en presencia de la realidad! María no descansa en la educación de sus tres hijas: cual benéfica atmósfera siempre las cubre y rodea, y cual ángel tutelar no las abandona jamás.

Pone en sus manos el alfabeto de la lengua Siria-ca, que en su tiempo era la que hablaba el pueblo de Israel y ellos mismos usaban, sin perjuicio de enseñarles el hebreo en los ratos de descanso. Matan que era sacerdote de su ciudad y por lo mismo se veía precisado al trato con toda clase de personas habla también el griego y no se desdeña de emplear alguna parte del tiempo que le queda de su Ministerio sagrado, en enseñar á sus hijas el idioma que hablaron Horacio, Homero, Demóstenes y Aristóles.

La época más á propósito para el aprendizaje de los idiomas es la infancia, la lengua tiene más flexibilidad y la memoria más fijeza y por esto los niños en poco tiempo y con mucha propiedad los aprenden. La docilidad que para todo se prestaba y la dedicación más constante, hicieron que estas niñas muy tempranamente hablasen con propiedad el habla patria y ya se diesen á entender y comprendiesen el idioma en que se escribieron los libros santos y el idioma que hablaron los filosofos. Si en esa época se aprendía á escribir con un punzón sobre pequeñas cajas regadas de arenilla como en el tiempo de San Agustín, es de

creer que nuestras pequeñas niñas, casi al mismo tiempo que decoraban el Pentateuco, se ejercitaban en la escritura formando con tímida mano los caracteres sobre la deleznable arena.

Ellas superaron la esperanza de sus padres y al poco tiempo teniendo la clave de la ciencia por los idiomas, pudieron leer la ley, los *Profetas* y los *Apócrifos*, y asistiendo á la Sinagoga ilustraron su inteligencia y perfeccionaron la formación de su corazón.

El satírico romano Juvenal aun no había escrito estas sencillas y sentidas palabras: *El niño es un ser sagrado, á quien debe atenderse con el mayor celo, y rodearle de un respeto religioso*, cuando estos virtuosos padres las tenían en práctica. Arrancando con suavidad, pero con energía, los defectos propios de la edad, las malas inclinaciones, consecuencia triste del pecado original, plantaban en su corazón puro é inocente la semilla de las virtudes. Todos los objetos que rodeaban á estas niñas eran puros é infundían un respeto religioso: jamás se profería una palabra menos honesta ó de doble sentido: jamás se ejecutaba una acción que no respirase pureza y santidad. Y como la experiencia había enseñado á estos consortes que todo trabajo, todo desvelo en la educación de los hijos, es infructuoso si no se les aparta de las compañías malas y peligrosas, y que el trabajo de mucho tiempo se pierde en un rato que se tenga la desgracia de ver ú oír lo que no se puede ejecutar ni hablar; ellos se desvelaban y guardaban la inocencia de sus hijas, como se guarda un aroma ó como se guarda un rico tesoro. ¡Qué venturoso es el hijo que tiene semejantes padres! Pero mucho más venturosos los padres que tienen semejantes hijos: su memoria no perecerá, y su nombre será bendito de generación en generación.

La felicidad de que estos esposos disfrutaban era envidiable. Ved; no son los riquezas, no son los ho-

nores, no son los placeres, lo que da la felicidad á los hijos de Adán: es el testimonio de la buena conciencia, el cumplimiento de los deberes, la piedad, la virtud.

Crecían estas tres niñas en edad y en habilidades, manejaban la rueca y el huso; tejían sus telas y tomaban una parte activa en las tareas domésticas. La ociosidad no la conocían, como tampoco el afán desmedido en el adorno del cuerpo. Reinaba el silencio más profundo entre ellas y la casa más parecía un templo que un lugar de habitación. Si por la edad tomaban un rato de expansión y recreo, jamás se veía la contradicción y la riña. Su santa madre se complacía en arreglarles sus infantiles entretenciones, y muchas veces, dulcemente sorprendida por Matan, con la sonrisa en los labios y los ojos brillantes de gozo, hacía del disimulo y daba ocasión á que los ángeles que jugaban diesen la voz del hallazgo y con la velocidad del libre y expedito cervatillo, corriesen alegres á estrechar con sus brazos las vigorosas rodillas de su padre, que extasiado de amor al pie del árbol ó de la frondosa vid, tomando asiento, se rodeaba de sus hijas, haciendo sonar sobre la frente de cada una de ellas el puro beso del amor paternal. Los hijos no se deben educar bajo la impresión del terror, sino bajo la influencia del amor.

Mas de estas tres hijas, no obstante que Ana era la menor, por sus especiales gracias, singular hermosura y extraordinarias cualidades, de tal manera se llevó la atención de sus padres que hacía sus especiales delicias: siendo de notar, que esta singularidad pareció tan justa, que nunca causó celos ni emulación en las otras hermanas. ¡Cuán apreciable es la virtud y cuán bien merece llamar la atención y ser el objeto de la predilección!

TERCERA LECTURA

LA MUJER VIRGEN.

EL hogar doméstico no sólo es el venturoso asilo donde el amor conyugal ejerce su principal influencia, es también el primer santuario, el primer templo que el hombre conoce: ahí se dijo en una noche solitaria, hay un hombre más sobre la tierra, y ahí también sobre este pequeño sér se dirigió al cielo la primer plegaria. Sobre la cuna del niño el padre y la madre han orado, y de este templo, al abrir la aurora las puertas del día y al cerrar la noche, al cielo han subido las peticiones de felicidad y los himnos de acción de gracias. Dentro de las paredes de este recinto sagrado, el niño ha escuchado junto con el nombre de sus padres según la carne, el de sus padres en el orden de la gracia; y sonriendo y jugando, junto con la enseñanza de la nomenclatura del idioma patrio, ha aprendido las verdades de la religión, de la moral y de la vida social. El niño en esta mansión de paz, cual el hombre primero en el paraíso terrenal, goza de felicidad y en sus inocentes recreaciones se forma un conjunto de ideas que más tarde serán un recuerdo placentero y en su memoria uno de los sueños que le hagan más ilusión. Mas Dios que ha querido que en el hogar doméstico se conserve una imagen aunque imperfecta del estado de la inocencia, también ha querido que allí se vea la imagen más avanzada, pura y perfecta del triple poder que rige á la gran sociedad. En efecto, el poder de la religión, el poder de la autoridad temporal y el poder moral, si no en su desarrollo y minuciosos detalles, al menos en embrión, en pequeña, graciosa y simpática miniatura, allí se descubren: el padre con su fuerza y vigor, con su constante trabajo y los penosos desvelos por entrar el pan del día, capitalizar y adquirir, es el legítimo representante del poder, de la autoridad y de sus sagrados deberes: la madre por su amor, por su

compleción, por sus simpatías, gracias y atractivas cualidades, es la representante del poder de la religión y del poder de la fuerza moral, y el gran súbdito, las masas, el pueblo, es la familia, es el niño, es la niña, es la sociedad doméstica. Mas notad que en este pequeño pueblo, la clave de la obediencia, sumisión y respeto; del orden, subordinación y movimiento, es la inocencia y candor, la santa virginidad: la clave de los sentimientos de religión en cuanto al dogma y al culto, es la virginidad, y la clave de esa moral severa que hace á las pequeñas criaturas, hombres en el estado de la inocencia, ángeles en carne, es la virginidad. Y en verdad, si la santa virginidad no fuera la causa de semejante fenómeno, cuando ella desaparece no se pródujera el trastorno. Convengo en que á esta venturosa época la falta de razón, de conocimiento y por consiguiente de voluntad, impide la imputabilidad de los actos y por lo mismo, ni hay, ni puede haber formal moralidad; sin embargo, la santa virginidad es el síntoma, es la señal más cierta de la misma creencia de la razón y mientras ella exista, sin equivocarnos podemos asegurar que no hay conocimiento y que el hogar doméstico es un cielo donde moran los ángeles. ¡Oh santa virginidad! ¡Oh preciosa virtud que haces semejantes prodigios! Tal vez por esta razón, San Gregorio ha dicho: *No hay obra buena sin castidad*: porque esta bellísima cualidad, que es como un genio que después dividiremos, es como el alma de todas las obras humanas.

Y en el momento en que ella es arrebatada, el cielo deja de ser cielo y se convierte en lo que llamamos mundo, y gran mundo. Y esta verdad que en el orden social es de tanta trascendencia, no deja de serlo en el orden fisiológico. Vemos que en la universidad de los seres animados que habitan el globo y se multiplican por generación, no se encuentra en ellos el sello de la virginidad, tanto porque son seres que no se gobiernan por la razón, por el enten-

dimiento operante, como dice Santo Tomas, como porque en sus operaciones obedecen al instinto solo; mas no sucede así con los niños, con esos pequeños ángeles de la tierra. Sólo el hombre y nada más que el hombre posee esta bella cualidad, el sello de la virginidad; y de su libertad penderá la guarda y conservación de esta excepcional cualidad.

Pero dejando al niño tomemos con especialidad á la niña y ocupémonos de la virgen, pues aunque la virginidad sea comun al hombre y á la mujer, en la mujer es una aureola especial, el fundamento de su grandeza, el lustre de su posición, la gracia de su hermosura, la belleza de sus gracias y el imán misterioso que atrae, llama y arrebatata. La virginidad en la mujer es lo que la blancura en la azucena, el aroma en el nardo y el carmín en la rosa: es lo que lo esbelto en la palma, lo cristalino en la fuente y lo terso en el cielo: es la virginidad en la mujer el ideal más seductor, el encanto más alagüeño y el placer más indecible.

La antigüedad pagana había entrevisto este sublime ideal, y en el entusiasmo de su asombro y en el asombro de su entusiasmo, inventó sus vestales: mas ¡ay! cuánto distaban de la realidad. A más de que apenas se podían contar y reunir siete, San Ambrosio ha caracterizado su virginidad con gran perfección. *Era virginidad asalariada, temporal y llena de orgullo*: tres caracteres incompatibles con la verdadera virginidad, cuya propiedad es ser amada por sí misma, ser absoluta en su duración como en todos sus demas caracteres, y estar velada con la modestia y humildad. Mas este entusiasmo por esa preciosísima virtud y los esfuerzos que hicieron para su realización prueban de la manera más clara y terminante su bellez y su gran importancia en la vida social. No es extraño, la luz siempre es hermosa y con sólo abrir los ojos se goza de su benéfica influencia: ¡desgraciado de aquél que carezca de ojos, ó los cierre

para no verla, ó voluntariamente se ponga en la incapacidad de verla. Así es la verdad; y la virginidad es verdad, y la verdad y la virginidad son luz.

Pero ¿por qué esos esfuerzos del paganismo por establecer alguna virginidad? Porque el tipo de la mujer era degradado y no quería perder en un todo sus ilusiones y ese atractivo único que de la mujer quedaba. ¿Y cuál era ese tipo? ¡Triste es el decirlo! Era Vénus. Sí, Vénus que ni era esposa, ni virgen, ni madre, ni hija, ni hermana, ni nada de lo que puede ser la mujer en el bien, en lo honesto, en lo bueno; y que era todo lo que ella puede ser en el mal. Despojada de toda cualidad moral, como de todo velo, armada con todos los dardos y fuegos de la concupiscencia, de los cuales había compuesto su cinto el viejo Homero, era la divinidad más victoriosa, la dominadora de dioses y hombres, la madre fatal de los deseos impuros. Y bajo tales auspicios, bajo tal modelo, ¿qué se podría esperar? ¡Qué pobre es el hombre cuando da de su propia cosecha!

Pero ¡oh cuán bella, cuán magnífica y cuán sublime es la idea que el Salvador del Mundo nos ha dado de la virginidad, llamándola Verbo, palabra! (Matth. 19) porque así como el Verbo Eterno representa en sí, como una imagen, toda la sustancia divina, de la misma manera la virginidad contiene en sí todo el espíritu, la excelencia y la santidad de la religión cristiana; y así como Jesucristo es el Verbo de Dios, así la virginidad contiene en sí todo el espíritu, la excelencia y la santidad de la religión cristiana; y así como Jesucristo es el Verbo de Dios, así la virginidad es por excelencia el Verbo de Jesucristo y la gran palabra del Evangelio.

La virginidad, como dice su gran panegirista San Ambrosio, superando á todas las grandezas humanas, á todos los cuadros más bellos y poéticos de la naturaleza, á todos los encantos y enbelesos de la gracia, *no hay ingenio que la pueda comprender, ni pa-*

labra que convenientemente la pueda expresar. Esta bellísima virtud del Cielo ha bajado para ser imitada en la tierra. Y cosa rara; como desgraciadamente sucede con el bien, con la felicidad, se hace muy poco caso de ella, sino se la mira con desden y hasta con cierto desprecio. Los padres de familia depositarios de este precioso tesoro, así como el que posee una piedra preciosa y no comprende su valor, admira su belleza mas no la sabe apreciar, no se han hecho cargo de su valor, precio y estimación y por esto la admiran, sí, porque es bella, mas no la saben guardar; y como dice el apóstol, hablando de la gracia, *guardan su tesoro en vasos de barro*, que con el menor golpe se rompen, y que por su misma fragilidad hacen su destrucción más fácil y la pérdida más segura. Si los padres de familia comprendiesen el valor, mérito y estimación de la santa virginidad: si comprendiesen la obligación sagrada de guardar y conservar con todo su lustre y esplendor este magnífico tesoro que Dios les ha confiado ¿tendrían tanto descuido? ¿serían tan indolentes, descuidados y perezosos? La virgen es un tesoro y merece y reclama el mayor cuidado y esmero, y el más santo y religioso respeto.

San Bernardo nos ha legado un precioso monumento de buen gusto y de elocuencia encantadora, cuando en su magnífico comentario sobre el *Cantar de los Cantares*, describiendo el pudor, que es una de las más bellas cualidades de la virginidad, nos ha dicho: “El pudor es la perla de las costumbres, la vara de la disciplina, la hermana de la continencia, la antorcha que esparce exteriormente los rayos de una alma pura. El pudor, alejando el mal, es la gloria particular de la conciencia, la guarda de la buena reputación, el decoro de la vida, la silla de la virtud, el verdadero título de elogio de la naturaleza humana. Porque ese color de rosa que el pudor esparce en las mejillas da al rostro un atractivo admirable, una gracia especial.”

Mas, ¿dónde está el cuidado que los padres de familia ponen en enseñar á su virgen hija la manera de guardar esta preciosa luz, que el menor viento apaga ó precipita su acción para quedar ahogada en su mismo combustible? ¿Dónde los esmeros por infundirle el respeto á sí misma y la dignidad que pierde dejándose degradar? !Ah! la virginidad es como el espejo que con sólo el aliento se empaña.

La edad media que, acusada por algunos escritores como la época de la ignorancia, ha sido ultrajada con las palabras más penetrantes, ácras y mordaces, tiene su más gloriosa vindicación en los magníficos resultados que produjo en las ciencias y en la artes, en la santidad, en los tronos y en las grandes instituciones monásticas, por la virginidad y con la virginidad. No es extraño, según lo ha notado el egregio Arzobispo de Milán: nada es más ventajoso al mundo que la multiplicación de las vírgenes que se consagran al servicio de Dios fuera del mundo, y que la esterilidad virtuosa de la virgen cristiana es prodigiosamente fecundada. Esto consiste en que, no teniendo la virgen cristiana familia propia que cuidar, puede consagrarse al cuidado de todas las familias, y no teniendo hijos propios según la carne, puede hacerse la madre de todos según el espíritu, supuesto que San Agustín dice: *la caridad es también madre*. En efecto, las santas vírgenes de la edad media, tan absolutamente consagradas á los intereses de la Iglesia, no lo estuvieron ménos á la felicidad de los pueblos; sin embargo de ser unas mujeres piadosas, fueron también unas mujeres políticas, científicas y emprendedoras. Abrid la historia, fijad vuestra mirada sobre el tiempo de las grandes invasiones de los bárbaros, que dieron principio á la edad media, y notaréis que desde este tiempo hasta la renacencia, por todas partes no se encuentra más que á la virgen, que á esa palabra creadora, haciendo prodigios de abnegación y constancia

en favor de la humanidad. Para formar la hipotiposis de la virgen en ese largo período fuera necesaria la energía de San Agustín, la propiedad de San Gerónimo, la dicción de San Buenaventura, la dulzura de San Bernardo y la fluidez de San Francisco de Sales; mas no siendo posible, mejor es callar, lo que hago con gusto.

Mas la virginidad que nació en el Calvario, que creció entre la sangre de los mártires y desarrolló prodigiosamente en la edad media y en la renacimiento, dio sus sazonados y abundantes frutos en el siglo pasado y en el presente. Las hijas del espíritu de San Vicente de Paul y de la abnegacion y caridad de Luisa Marillac ¿ que otra cosa son esos ángeles en carne, que la virginidad maternizada y la maternidad de la caridad virginizando al mundo? Las hermanas de la caridad ¿ qué otra cosa son que unas puras vírgenes, que dejando el mundo, sus familias y comodidades, cual ángeles tutelares se entregan, con la abnegación más perfecta, al cuidado de la humanidad doliente? ¿ qué otra cosa son que ángeles benéficos que instruyen al pobre, que recogen al huérfano, que fomentan á las viudas y auxilian al desgraciado anciano? ¿ qué otra cosa son? . . . sería nunca acabar.

Las hermanas de nuestra Señora, las Ursulinas y tantas otras instituciones de instrucción y beneficencia ¿ qué otra cosa son que la virginidad producida por el Evangelio, y entregada al sacrificio de la educación y enseñanza para que la humanidad con paso firme y seguro se lance en la senda del progreso legítimo? Hoy día en Europa la enseñanza casi está en manos de la pureza virginal; porque el mundo viejo con los siglos tiene aprendido que las manos entre más puras son, tienen más aptitud para las grandes empresas, y que la educación y enseñanza nunca son más puras, elevadas y perfectas, que cuando proceden del corazón y la inteligencia de una virgen, que no tiene más padres ni hermanos, más hijos ni

amigos, que los que sabe dar la pura caridad. Sí, la caridad produce estas vírgenes y ella las hace madres con la gloria de la virginidad y vírgenes con la corona de la maternidad. Pero ¡ qué virginidad ! ¡ qué maternidad !

Nosotros no hemos querido comprender las grandes ventajas de la educación recibida de las instituciones monásticas y por esto no sólo se las ha mirado con indiferencia, más también se les ha perseguido. La Europa educada por las instituciones admira hasta el entusiasmo con sus jóvenes vírgenes, que tanto en la vida privada como en la pública, pueden gozar de plena seguridad ; y el joven por corrompido y desmoralizado que se le considere, respeta, aunque sea á su pesar, el hogar doméstico y la vida pública, so pena de ser arrojado ignominiosamente de la sociedad, como hombre que no es ni puede ser un verdadero caballero. Cuando se han visto las costumbres de Europa y se ha contemplado de cerca el gran respeto que los jóvenes y los hombres tienen por la virgen, se queda uno abismado, viendo las costumbres y modo de ser de estos países intertropicales. En Europa una joven puede ir á la Iglesia y al teatro, al paseo ó al concierto y si ella quiere ni corre, ni puede correr el menor peligro ; su mismo vestido la salva y un gesto y un nó, proferido por sus labios, destruye toda pretensión y termina toda esperanza : la educación es buena y las reglas del decoro se observan religiosamente. Puede una virgen tímida emprender y ejecutar sola largos viajes por mar y tierra, y en los mares lo mismo que en la tierra, tiene la más perfecta seguridad : y ¿ por qué ? porque el honor se respeta y la virgen es una cosa sagrada á quien se debe todo respeto, consideración y obsequio : se comprende lo que es un caballero y se aprecia y se entiende lo que es una virgen. ¡ Cuánto vale una buena educación ! Mas ¡ ay ! nuestros padres de familia casi ningún cui-

dato ponen por la educación de sus hijas.

Acostumbradas las pequeñas criaturas, las inocentes vírgenes, á estar casi desnudas en sus casas y aún en las vecindades y en las calles ¡qué pudor pueden tener! Vemos á nuestras jóvenes con el pecho descubierto, y al verlas, nosotros que conocemos la Europa, nos parece que vemos á esos seres degradados que comercian con su honor. Al ver su sonrisa indiscreta, la inmodestia de sus ojos, el movimiento de la cabeza y los ademanes de la triste coquetería, si no supiéramos que la ignorancia, las costumbres y sobre todo la falta de educación, producen semejantes efectos, creeríamos que estábamos en París pasando el tiempo en Mabilie ó Tivoli. Nuestras jóvenes vírgenes no se aprecian, no saben cuánto valen y cuán precioso es el incomparable tesoro de la virginidad, y por eso no se respetan y se convierten en la entretención de los jóvenes durante algún tiempo, para ser después el ludibrio de la sociedad. ¡Ah! la vergüenza, el honor y el pudor se enseñan y son agraciadas, bellas y simpáticas flores, que se cultivan en el jardín doméstico por la habilidad y constancia de los jardineros, el padre y la madre, á quien Dios ha confiado este trabajo, como el más necesario complemento de la acción generativa. Si una vez que la virgen existe, sus padres no tuvieran la estricta obligación de educar por sí á su pequeña hija, ó de hacerla educar de una manera conveniente por medio de otros, estoy por decir, que mil veces mejor fuera que no la tuvieran y tal vez, que al principio de sus días acabaran con ella: puesto que en este caso habría un sér menos, es verdad; pero también lo es que habría una deshonra menos, un crimen menos, una desgracia menos y para la sociedad una mancha, un borrón menos.

¡ Oh padres de familia, enseñad el honor y el pudor á vuestras hijas! El padre saldrá al campo y á los caminos, se entregará al comercio, á las ciencias

y á las artes y con su trabajo y economía entrará el pan á la casa: mas la madre entre las cuatro paredes que forman la casa enseñará á las hijas la manera con que deben portarse entre sí y con la sociedad; les enseñará el recato que deben tener en todas sus acciones, la pureza con que se deben gobernar: la madre enseñará á su hija la necesidad de cubrir su cuerpo con honestidad y pudor y la manera como debe guardar y conservar el precioso tesoro de la virginidad: la madre infundirá á su hija un aprecio sobre todo aprecio por la pureza de alma y cuerpo, y le hará concebir la propia estimación por su respeto y decoro: la madre dará á conocer á su hija los peligros de la sociedad y la manera de evitarlos: cómo se debe portar con los jóvenes, el respeto que les debe infundir, las reglas que debe observar en su conversación, movimientos y demás acciones: en una palabra, la madre debe enseñar á sus hijas el temor de Dios, el compendio de la religión y la pureza de alma y de cuerpo. Y el padre y la madre de acuerdo deben trabajar por evitar los peligros y las malas compañías; sobre todo, en destruir todo trato, toda familiaridad, toda reunión que pueda causar daño á la inocencia y candor de sus hijas. Si los padres de familia tuvieran más cuidado nunca veríamos, como desgraciadamente vemos, la deshonra de las hijas, ni la multitud de hijos naturales. Verdaderamente causa vergüenza el ver en los libros de cristiandad las repetidísimas partidas de hijos ilegítimos. Y si estos libros son como el pulso de la moralidad de un pueblo ¡qué argumento tan triste el que damos contra nosotros! ¡Qué confusión!

¡Oh inocentes y puras vírgenes! Vosotras sois el honor y la gloria de la religión cristiana, la corona que ciñe la frente inmaculada de la Iglesia católica: vosotras sois el encanto del hogar doméstico y la noble esperanza de la sociedad: vuestro pudor será el encanto más seductor y vuestra pureza virginal el

imán más atraedor. ¡ Guardad, jóvenes vírgenes, guardad ese precioso tesoro ! Si las vírgenes fueran más prudentes no tendríamos que lamentar tan funestas caídas. Abrid los ojos, ved el peligro, evitadlo cuidadosamente y haced por imitar el ejemplar que os propongo.

§ III.—*Hermosa sobremanera.*

Una de las bendiciones que Dios promete al varón que le teme y contrae su matrimonio según su divino beneplácito, está contenida en el salmo ciento veintisiete. *Vuestra mujer semejante á una frondosa y fecunda párra, arrimada á las paredes de tu casa, te hará padre de una lucida y numerosa familia. Tendrás el gusto de ver á tus hijos á semejanza de tiernos y hermosos renuevos de olivos, sentados junto á tí, y coronando tu mesa:* y esta bendición se verá cumplida al pie de la letra en el sacerdote Matan. Sus tres hijas habian crecido, y por su pureza virginal, su gracia y hermosura, su inteligencia y virtud, formaban la más bella guirnalda que puede ceñir la frente rugosa de un amante padre que avanza en los años. Nunca las flores son más bellas que cuando rodean una cabeza cubierta de canas; y nunca las parásitas y enredaderas son más simpáticas y agraciadas que cuando adornan y enlazan al corpulento tronco que el tiempo ha respetado. Feliz este varón con su virtuosa esposa y las virtudes y gracias de sus hijas, semejante al laborioso agricultor, gozaba tranquilo con la posesión de su fruto y bendecía á su Dios que de esta manera habia coronado sus pasados trabajos. Mas el padre no es dueño perpétuo del plantel que posee, más tarde ó más temprano tiene que desprenderse de él y dar su consentimiento para la formación de una nueva familia; así sucedió á este venturoso padre. María su hija primogénita dio su mano á Cleofas y fue madre de Santiago el menor, de San Judas, de San Simeón,

sucesor de Santiago, Obispo de Jerusalén, y de San José, por sobrenombre Barsabas ó el Justo. Estos son aquellos discípulos del Salvador, á quienes el Evangelio llama hermanos suyos, según el estilo común de los judíos; pero no eran más que primos, como hijos de una tía de la Santísima Virgen. La segunda hija, Sobé, fue la madre de Santa Isabel, la cual por consiguiente era prima hermana de la misma Señora.

Aunque es verdad que el corazón tiene cierta especie de infinidad y á la vez puede amar varios y diversos objetos, y semejante á los ojos, jamás se llena ni se satisface; también lo es, que cuanto más se parte y se divide, goza de menos fuerza y de menos intensidad y por lo mismo, fijarle en un solo y único objeto es darle toda su fuerza, toda su intensidad y casi, si la comparación no os desagrade, producir el incendio, como cuando por medio de un lente recojemos los rayos del sol sobre un combustible dado. Así sucedió con los padres de la virgen Ana: si antes en compañía de sus hermanas era la predilecta, la preferida, la niña mimada como decimos; después que quedó ella sola, se hizo el blanco, el objeto del grande é incomparable amor de sus padres; y este amor sin partición, ni división alguna alzó su llama, se abrasó y llegó á su mayor perfección. Dejémoslos gozar y dulcemente abismados en los transportes de su fruición y en los éxtasis de su amor, y veamos por un momento la manera con que la simpática doncella producía semejantes efectos.

Hermosa sobremanera; á la vista de todos era un prodigio de belleza, que felizmente ignorando su mérito incomparable, se hacía cada vez más admirable, por el desprecio de las cosas mundanas, por la sencillez de sus vestidos, por la modestia angelical de sus miradas, por la dulzura de sus modales, por la severidad de sus costumbres, por el fervor de su piedad, por la elevación de su espíritu y por la bondad

de su corazón. Su mayor gusto era el retiro, y el ojo escudriñador de la curiosidad nunca la halló aún en aquellas inocentes diversiones que son más naturales y más comunes en las niñas de su edad y de su condición. Entregada á la oración, comenzó á gustar de Dios desde sus primeros años, no pensando en otra cosa que en servirle y en agradecerle. Por el grande amor que profesaba á la virginidad, virtud tan poco conocida en el mundo antes del nacimiento del Redentor, hubiera pasado su vida en el celibato sirviendo á Dios y á sus padres. Pero ¡cuán lejos estaba de saber los designios de la Providencia divina, de su predestinación á la más dichosa de todas las maternidades! Ignorando lo que Dios dispusiera, en un todo se había arrojado en sus paternales brazos y no quería, ni deseaba, ni apetecía más, que hacer en todo y por todo su santísima voluntad. ¡Que lección!...

CUARTA LECTURA.

ELECCIÓN DE ESTADO.

SEGÚN San Gregorio Nacianceno, el fundamento de la buena ó mala vida es la elección de estado. De ella depende ordinariamente el vivir bien o mal en el estado que se abrazare; hallar indecible paz, alegría y felicidad, ó por el contrario suma inquietud, tristeza é infelicidad; cumplir las obligaciones que impone el nuevo estado, practicando sublimes actos de virtud; ó descuidando aquéllas, hacerse reo de enormes pecados; en una palabra, el salvarse ó condenarse es ordinariamente el resultado de una buena ó mala elección. ¿De qué trascendencia, pues, no será el acertar en asunto tan importante, sobre todo habiendo de hacerse la elección una sola vez en la vida?

Santa Teresa de Jesús que, enseñada por la práctica más que por los profundos estudios, había cono-

cido perfectamente el corazón humano, hablando de la elección de estado nos enseña de esta manera. “Cada estado tiene señalada por Dios su gracia especial y tomar un estado para el cual la persona no es llamada, es privarse de los auxilios y gracias especiales que á cada uno están asignados y concedidos”.

Oyendo hablar de esta manera á esta esclarecida doctora, no parece sino que se oye hablar á San Benardino de Sena. En efecto, este célebre Minorita, dice estas memorables palabras. “Regla es general, que cuando una persona es designada para algún oficio, misión especial, ó estado particular, recibe todas las gracias y dones que son necesarios y de congruencia para el buen desempeño y exacto cumplimiento de la misión, oficio ó estado, para que está especialmente designada”.

Ahora pues, siendo de tanta importancia y trascendencia la elección de estado; ¿cuánta deberá ser la atención que se deberá poner en elegirle? ¿Cuánto exámen, consejo y prudencia se deberá emplear para no equivocarse? En los asuntos de gran importancia se agotan las reflexiones, los cálculos, los consejos y todos los medios que pueden asegurar un éxito feliz, y siendo la elección de estado el asunto que supera á todo asunto, á todo interés y á toda conveniencia ¿cuánto no se deberá hacer por acertarlo y evitar la más triste equivocación? Todavía en materia de interés y de honor puede enmendarse el error en que se hubiere caído y cobrar experiencia para el porvenir; pero en el estado que se elige y se toma á consecuencia de esta elección no hay ni este consuelo; es una pendiente inevitable, es una máquina que no admite compostura, es una situación que no admite remedio. ¡ Oh y qué desgracia ! ¡ Y tan poco que se piensa en esto !

Para la enseñanza de las primeras letras se busca una buena maestra para las niñas; se da por muy bien empleado el tiempo que se gasta en el aprendi-

zaje de estas importantísimas enseñanzas, es muy justo: no se economizan gastos porque la niña, bajo la dirección de hábiles preceptoras, aprenda las gracias y habilidades que le sirven de adorno en su personal, para su familia y para la sociedad. Mas todas estas cosas aunque son tan convenientes, y si se quiere, necesarias para el ornato y buen gusto, no dejan de ser bellas cualidades que accidentalmente modifican á la niña y que por lo mismo las puede tener ó no tener, como las demás cualidades del cuerpo y del alma; pero no sucede de esta manera con el estado que se debe elegir; este es de absoluta necesidad puesto que en el mismo hecho que una persona existe debe tener una situación fija y determinada, una posición que la caracterice en su vida social y le dé como su denominación extrínseca: y esto es cabalmente lo que hace el estado que se ha de elegir. Y para conocer y saber el estado para el cual es llamada la persona ¿no se deberá buscar una preceptora hábil y competente que eduque, inspire y guíe, no sólo según la recta razón, sino principalmente según Dios? ¿Por qué se han de economizar el tiempo y los gastos en la adquisición de los conocimientos y de todos los medios que pueden ayudar en el buen acierto de la situación de la cual depende la felicidad ó la desgracia de por vida? ¿Por qué ha de haber tan poco cuidado, por parte de los padres de familia, de la sociedad y de la patria, para el buen acierto del estado particular, cuando de este depende el bien ó el mal, la moralidad ó inmoralidad, la felicidad ó infelicidad del Estado, de la sociedad y de la familia? Si Dios no hubiera provisto suficientemente al remedio de esta imperiosa necesidad, se podría asegurar que su obra era imperfecta, puesto que en su mismo principio se encontraba dañada, ó que falto de previsión designaba y concedía gracias para un modo de ser para el cual no había establecido regla ninguna: ó lo que es lo mismo; sería una injusticia por parte

de Dios el hacer pender de la elección de estado todo un porvenir, sin haber provisto suficientemente de los medios, reglas, principios y directores que para este fin son necesarios. Mas venturosamente no sucede de esta manera: una mediana atención, un poco de reflexión, bastan para persuadirse y convenirse de todo lo contrario.

Entre las obligaciones que por derecho natural y divino tienen los padres de familia para con sus hijos, una de ellas es no darles estado contra su voluntad, y esta obligación que es como la corona y el complemento de su sagrada misión, lo es también de los deberes imperiosos de sustentación y educación. Es, pues, la elección de estado el síntoma, la señal, el efecto legítimo de la obligación de sustentar y educar á los hijos que tienen los padres de familia; pero así como los padres de familia no cumplirían con su primer obligación de sustentar á sus hijos si en lugar de suministrarles alimentos sanos y nutritivos les diesen alimentos dañosos y venenosos, sino que en este caso, ocasionándoles la muerte, serían reos de un horrendo crimen, del crimen de infanticidio, así, si en la elección de estado no les suministrasen todas las reglas, todos los principios que son necesarios para una buena y acertada elección, no sólo no cumplirían con este sagrado deber sino que serían reos de un grave crimen, del crimen de lesa sociedad. Si los padres de familia en lugar de educar á sus hijos los abandonan y les dejan que sólo vegeten como plantas silvestres, ó sólo desarrollen como los irracionales, son responsables de los gravísimos daños que estos hijos acarrearán sobre sí, sobre la familia y sobre la sociedad; así, si no les guían prudentemente en el estado que deben tomar son reos de los mismos delitos que en la mala educación y son la causa legítima y natural de todos los funestos efectos y aciagas consecuencias que traiga consigo el estado tomado inconsideradamente. Se si-

gue, pues, que así como los padres de familia deben sustentar y educar á sus hijos convenientemente, así los deben colocar con decencia, y para que no se equivoquen en un negocio de tanta importancia, dirigir todos sus cuidados y desvelos en enseñarles la manera en que deben dirigir sus acciones para su conveniente colocación; pero así como la libertad es ilusoria cuando no hay conocimiento, así la elección de estado, ó la libertad para elegirle, faltando la buena educación. La joven que por descuido de sus padres no sabe mas que los oficios domésticos y es enteramente extraña á todo otro conocimiento ¿qué libertad podrá tener para escoger lo que mas le convenga? El ciego que conduce á otro ciego, por consecuencia legítima, ha de parar en el precipicio, y el que carece de los conocimientos necesarios de ninguna manera podrá servir de guía y conductor, porque este tal, en realidad es un ciego espiritual, como lo es el conducido. No extrañemos, pues, los inmedibles abismos en que se arrojan tanta multitud de jóvenes, dignas de mejor suerte, en el estado que toman con tanta precipitación como inconsideración, con tan poca prudencia como falta de conocimiento. Generalmente en esta materia no reina más que la inclinación sin ser guiada por el conocimiento; y la pasión sin ser dirigida por la razón. ¡Oh padres de familia, pensad en el gran compromiso que tenéis, en vuestra gravísima obligación de colocar bien á vuestros hijos! ¡Oh jóvenes inexpertas, antes de renunciar á vuestra libertad pensad maduramente, consultad con personas competentes y no economicéis cuanto medio é industria inspire la prudencia cristiana! Se trata del asunto mas importante de vuestra vida.

La diversidad de posiciones, de situaciones, en que se puede colocar una persona con respecto á sí misma y con relación á la sociedad en que vive, ya sea por algún tiempo ó perpetuamente, es lo que llamamos estado, puesto que esta palabra según los teó-

logos y los canonistas, no es mas: *que una manera de vivir estable, firme y permanente según principios fijos y determinadas reglas, ya sea perpetua ó temporalmente* Entre las posiciones de la vida que se honran con este nombre hay tres que son perpétuas y una que puede ser perpétua ó temporal; las primeras son el matrimonio, el orden sacerdotal ó eclesiástico y el estado religioso: la segunda es el celibato temporal ó perpétuo según la voluntad de la persona, pues es libre para permanecer de esta manera por el tiempo que le pareciere: algunas veces este modo de ser se lo propone la voluntad por tiempo fijo y determinado, ya sea por medio de una simple resolución, mientras que maduramente se piensa si le conviene el cambio de estado ó la permanencia en el que tiene, ó le fija por medio de un voto simple, que le obliga en conciencia y que por disposición eclesiástica es un impedimento que impide el matrimonio, mas no la elección de mejor estado, cual sería en el hombre el eclesiástico ó religioso, y en la mujer el religioso solamente. Al celibato simple ú ofrecido con voto se reduce el estado de viudedad y tiene el mismo carácter y las mismas condiciones que el celibato. No tratando de los jóvenes sino de las jóvenes, dejaré el estado eclesiástico y el de viudedad, porque supone una segunda elección, y solamente trataré de los estados que una joven puede tomar, y éstos no son mas que tres; el celibato temporal ó perpétuo, el matrimonio y el estado religioso. Sobre estos estados diré unas cuantas palabras para que las jóvenes tengan alguna noción y se les ingiera siquiera alguna duda sobre el estado que les conviene tomar y así piensen y consulten con personas competentes y no caigan en el error y se precipiten inconsideradamente á un estado para el cual Dios no las llama.

El apóstol San Pablo, como intérprete de la doctrina de Jesucristo, y gran evangelista del matrimonio y de la virginidad, ha dicho estas memorables

palabras. “ *El cristiano, sea hombre ó mujer, es libre de dar ó no al matrimonio su propia carne, que ha recibido virgen al nacer. Así pues, el que toma mujer hace una cosa honesta y virtuosa, y el que se abstiene de ella hace una cosa todavía más santa y más virtuosa. Esta doctrina me la ha enseñado el espíritu de Dios, que reside en mí.*” (Cor. ep. 1.^a VII. 38—40). Algunos intérpretes creen que San Pablo, al decir: *El que une en matrimonio su virgen hace bien*, había querido hablar á los padres, y declarar que ellos son libres en casar ó no á sus hijas vírgenes. Pero San Gaudencio, con otros padres, afirma que éste no pudo ser el pensamiento de San Pablo, en atención á que los padres no son dueños de la voluntad de sus hijas en la elección de estado. Sostiene, pues, que San Pablo quiso hablar, no de la hija virgen, sino de la propia carne virgen, que cada cual es libre de unir en matrimonio, ó de conservarla intacta, lo cual es más perfecto. . . . (Tom. VII. Biblioth. PP. S. Gaudent., tract. 8). Y semejantes palabras que hieren de muerte el error de algunos publicistas que afirman que el celibato es contra el derecho natural y el matrimonio una necesidad, y que causan la muerte científica y literaria de ciertos escritores que sostienen que ni el celibato, ni el matrimonio deben ser aceptados por la sociedad, sino que, ¡absurdo impío, inmoral y escandaloso! se debe vivir á lo animal y propagarse á impulso sólo de la afición sexual sin más regla que la industria, la fuerza y la primacía; son á la vez la regla que se debe seguir y la más convincente y gloriosa apología del estado del matrimonio y del estado del celibato ya sea temporal ó perpétuo. Mas aunque según esas palabras se trate de la santa virginidad que es el celibato más perfecto, sublime y honroso, habiendo tratado de esa bellísima cualidad en la lectura tercera sobre la mujer virgen, no diré más sobre ese particular concretándome al celibato en general, en cuan-

to es un estado en que la persona por su propia convicción quiere vivir sin resolverse al matrimonio, ni al estado religioso.

Que una joven pueda vivir bajo la dirección é inspección de sus padres, mientras que Dios se los conserve, es un hecho: que ninguna ley natural, civil, ó eclesiástica, la puede compeler á dejar su manera de ser, es innegable: que la joven después de la muerte de su padre, puede vivir en celibato, ninguno lo pone en duda. Y en efecto si hubiera una ley que obligase á todos en general y sin excepción ninguna, á que viviesen en el más riguroso é inviolable celibato, sería la más injusta é imposible de ejecutar; sería la destructora del derecho natural, del derecho escrito y la sentencia de muerte de la familia, de la sociedad y del mundo entero. De la misma manera, si hubiera ley que obligase á todos y á cada uno al matrimonio, sería una ley absurda, ridícula y muchas veces imposible de ser ejecutada; sería una ley inmoral y de resultados tan funestos, que causa horror imaginarlos tan solamente. Es, pues, fuera de toda duda que el hombre y la mujer, son entera, completa y perfectamente libres en vivir en el estado que más les convenga y que no puedan ser compelidos, ni violentados en aceptar este estado de preferencia sobre aquél: son libres y enteramente libres.

Pero al hablar del celibato como de un estado honesto y santo, y que según el apóstol es preferible al estado matrimonial, no es mi intento hablar de ese celibato destructor de la sociedad, que por su naturaleza es inmoral y que es la causa de todos los males de que se adolece en la actualidad. El celibato que el apóstol aprueba y que lleva en sí mismo el sello de la santidad, es el celibato que tiene por base la continencia y la castidad más estricta, y por regla el santo temor de Dios: es el celibato, que refrena el fuego de las pasiones y reprime las perversas incli-

naciones y tiene por guía la ley santa del Señor: es el celibato que pide con lágrimas, humildad y perseverancia el don de la continencia y trabaja por conseguirlo mortificando su carne, guardando sus sentidos: es el celibato, que según la expresión escrituraria, crucificando su carne con sus concupiscencias, esconde su vida en Jesucristo—en Dios: en fin, es el celibato hijo legítimo del cristianismo y la expresión más simpática de lo que puede un nombre auxiliado por la gracia de Dios. Mas ni es ni puede ser el celibato que hoy día se profesa llevando una vida licenciosa: este celibato se debe llamar libertinaje. Se quiere vivir sin freno ninguno y entregarse al desahogo de las perversas pasiones. Si no acepta, esta clase de célibes ó de libertinos el matrimonio, es por no verse compelidos á vivir con su consorte y estar expeditos para gozar según los epicuros. Y este modo de vivir no sólo no es un estado sino que es un crimen, un pecado capital contra la familia y por consiguiente contra el estado. Y si no fuera por este escándalo ¿veríamos acaso esa multitud de hijos naturales? ¿Veríamos la deshonra de tanta joven, las lágrimas de las familias y tantos matrimonios perdidos? ¿Veríamos?: mejor es cubrir con un oscuro velo esta aïrenta, esta ignominia de nuestros pueblos: este descuido de las autoridades. Semejante estado no sólo no se puede apetecer, sino que se debe destruir como al enemigo más funesto para los intereses sociales. Es la ruina de la religión y del estado: es la ruina de la familia y del individuo. ¡Ah! el menor movimiento contra la autoridad y la tranquilidad pública se castiga con bastante rigor: es muy justo. Y ¿no lo será el reprimir y castigar á esos célibes libertinos, que combaten y atacan contra el fundamento de toda autoridad y que violan en lo más sagrado los derechos de la familia y los más caros intereses de toda sociedad bien constituida, cuales son, el honor, el pudor, la moral, la paz

y el sosiego de ella? ¡Desgraciado el pueblo que abrigue en su seno este gusano asqueroso, esta destructora polilla! (1)

Como el estado del matrimonio que es otro de los que la joven puede aceptar merece atención especial, tanto porque es el estado á que generalmente se aspira, como por las circunstancias que le preceden, acompañan y siguen, me reservo tratar de él en las dos siguientes lecturas. Ahora por conclusión sólo diré unas cuantas palabras sobre el estado religioso que hoy día se encuentra tan perseguido principalmente en Centro-América. Mas al hablar de semejante estado permitidme no hacer su apología como la hicieron San Bernardo, San Buenaventura, San Bernardino de Sena y San Juan de Capistrano, y sí el tener un pequeño desahogo recordando el ideal de mi juventud, el objeto de mi gratitud y la más grata esperanza que anima y deleita mi existencia. Yo soy religioso y con la gracia de Dios jamás dejaré de serlo: prefiero esta gloria á todas las del mundo y este honor á cuantos la sociedad puede conceder. Al hablar de este estado mi alma se llena de un santo entusiasmo, y las imágenes más seductoras sorprenden á todas mis potencias y sentidos.

¡Oh santo estado, ornato de la tierra, admiración de los cielos, complacencia de los ángeles y delicia de Dios! ¿Quién podrá cantar tus alabanzas? ¿Quién podrá referir tus grandezas y enumerar tus tras glorias? El estado religioso ha poblado los altares de santos: ha llenado las Bibliotecas de inmensos tesoros de ciencia y sabiduría: ha hecho resonar al mundo entero con la predicación evangélica y los portentos y prodigios del apostolado. El estado religioso hermosea la sociedad con los encantos de la poesía, de la música y la arquitectura, con las inven-

[1] Del estado del matrimonio se tratará separadamente en dos distintas lecturas.

ciones químicas de más trascendencia y con los establecimientos de beneficencia más importantes. ¿Quién ha dado esa multitud de vírgenes que son las madres del huérfano, del anciano y del pobre? ¿no es el estado religioso? ¿Quién ha dado esa multitud gloriosa de hermanas de la caridad, de hermanas de nuestra Señora del buen Socorro y del desgraciado pobre? ¿Quién ha desarrollado la moral y la piedad, la religión y el progreso en los Colegios y Escuelas primarias, en los campos y en las casas, en los Asilos, Horfanobrofios y en los Hospitales? ¿no son las Ursulinas y todas las demás Asociaciones religiosas de señoras que se han consagrado al servicio de la humanidad doliente y de la humanidad ignorante? ¿Quién de nosotros puede hacer ó remedar lo que hacen esos ángeles encarnados, esos genios del bien? El estado religioso es el aura más pura de la gracia del Espíritu Santo, el milagro más bello del Evangelio, la gloria de la Iglesia, la perfección, la flor, el ideal bello y sublime de la virtud cristiana, y el más grande milagro de la gracia. Y este estado ¿es el calumniado, el perseguido, el oprimido? Y ¿contra este estado que tantos bienes produce declara la actual Sociedad tan encarnizada guerra, esa guerra desapiadada de destrucción y exterminio? No obstante: ¡dichosa, mil veces dichosa, la joven que aspire, desee y procure semejante estado!

¡Oh jóvenes, pensad atentamente sobre el estado que os conviene tomar: de esa elección pende vuestra felicidad ó desgracia! Si permanecéis en el estado de celibato, sed santas en el cuerpo y en el espíritu, como dice el apóstol San Pablo. Si os parece más bien el estado del matrimonio, recibidlo con honor y sin manchar su dignidad, sed santa y según la escritura, sed con vuestra esposa, un corazón y una alma. Si aceptáis el estado religioso, entonces sabréis cuán dulce y suave es el Señor con las que se le consagran, y viviendo en la tierra es-

perimentaréis las delicias del cielo. Pero sea cual fuere el estado que toméis, siempre á todas diré con el apóstol San Pedro: *Trabajad constantemente para que por vuestras buenas obras y vida cristiana, hagáis cierta vuestra vocación particular y vuestra elección general al reino de los cielos.*

Para más fijar vuestra atención ved la conducta que observó el ejemplar que os vengo proponiendo.

§ IV.— *Una flor apetecida.*

Los jóvenes más nobles, ricos y distinguidos de toda la nación fijaron su mirada sobre este triple prodigio de virtud, de belleza y de inocencia, que asombraba en la ciudad de David: cual brillante planeta la seguían sus agraciados satélites y en sus evoluciones diversas siempre buscaban la faz de su astro que les iluminaba. No hay que extrañarlo: es la virtud la gracia más atractiva, la cualidad más seductora: es la belleza el encanto más atraedor, el dón más victorioso: es la inocencia el imán más poético y la ilusión más halagüeña; y esta inocencia y esta belleza y esta virtud ¿hasta dónde no elevarían al venturoso objeto que las poseía? La voz de la fama con más velocidad que la luz la daba á conocer y las lenguas todas se ocupaban de ella.

Por este tiempo, á consecuencia de la alianza que Judas Macabeo, primero, y después Jonatás su hermano, había efectuado con los romanos, los hijos de el águila se extendían en todos los pueblos y ciudades de la Judea; y así no era extraño, puesto que el poder espiritual y el temporal y por consiguiente los destinos del país pendían de los conquistadores, que lo más escogido y selecto de la juventud de ese pueblo guerrero y anhelante de gloria, aspirase á la mano de esos tipos de belleza, gracia y hermosura en que tanto abunda la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob. ¡Cuántas espadas victoriosas no se

arrojarían á las plantas de esta joven encantadora: cuántos laureles y palmas no le serían ofrecidas!

Los descendientes de los Mathatías, de los Judas y de los Jonatás, tan aguerridos como esforzados, tan prudentes como ingeniosos, se disputaban la gloria de poseer este admirable tesoro. La familia sacerdotal con su influencia y ascendiente, con los encantos de la poesía sagrada y las insinuantes melodías de los instrumentos músicos, no podía ceder á sus industriosos rivales en las glorias del triunfo. Cuando una flor de extremada hermosura y de esquisito aroma abre su tallo en la soledad de un jardín, el gorrión y la mariposa, la abeja y hasta la laboriosa hormiga, se disputan la primacía: así sucedía con la beldad de Belén. Pero ¡cuán difícil cosa es interesar fenómenos! Generalmente hablando sucede con ellos lo que á las rocas con las olas del mar, todos los esfuerzos son vanos y las más ingeniosas industrias fracasan (1).

En el santuario del hogar doméstico, felizmente inocente de que era el objeto de las aclamaciones, como lo era de los pensamientos y afectos, se entregaba á las labores de mano y compartía con su virtuosa madre los trabajos de familia. No comprendiendo que hubiera ojos á quien pudiera llamar la atención, ni mucho menos que hubiera pensamientos que de ella se ocuparan ó corazones ardientes que por ella se abrasasen y arrojasen traicioneros suspiros, el tiempo que á sus labores sobrara con entusiasmo le empleaba en la lectura de la historia patria contenida en los libros sagrados, en la lectura de los libros de los profetas y en los demás que se contienen en el código divino; ó dulcemente abstraída, en la conversación con su Dios, mediante el retiro de la oración, se entretenía con el objeto de sus com-

(1) Véase el Sermón de esta gloriosa Santa, pronunciado en la Iglesia Parroquial de esta Ciudad el 26 de Julio de 1875, en las páginas 4 y 5.

placencias. Siendo su trato y conversación con Dios, con sus padres y con personas de probada virtud, cada vez se hacía más inaccesible á las intrigas del mundo, al contagio de las pasiones y á las asechanzas de la perversidad. Sobre todo, la inocencia la hacía sorda, la belleza recatada y la virtud invencible, y estas tres bellísimas cualidades haciéndola cada vez más interesante, la hacían cada vez más segura, más inespugnable. ¡Qué bello contraste!

Pero oh!, y que lejos están de efectuarle esas jóvenes imprudentes é incautas! Con su demasiada facilidad en ver y ser vistas, en conversar y aceptar los cortejos se abren una senda dificultosa, y tal vez el abismo en que son despojados de la inocencia y pudor.

Mas era llegado el tiempo de formar una resolución: los padres de Ana tocaban en la vejez y la jóven niña debía asegurar su porvenir eligiendo su estado. Pero ¡qué poco había dónde escojer! Permanecer en el celibato perpétuo guardando la preciosa joya de la virginidad, no era posible: aceptar el estado del matrimonio, le era sumamente amargo; y sobre todo, temía sobre manera. La virginidad es muy hermosa, encantadora: mas no era conocida ni aceptada en su nación como un estado; tanto las profecías como las tradiciones aseguraban que de la descendencia de Jacob y de la tribu de Judá nacería el Mesías, y las familias todas ambicionaban por esta gloria. No había virgen que no diese su mano al varón que Dios le designará y la que por desgracia no lo lograba, se consideraba como herida por la maldición y como la criatura más digna de lástima y de compasión; como aconteció á Seilam hija de Gephté, que por un inconsiderado juramento, virgen la sacrificó su padre mismo. El matrimonio le repugnaba tanto por el amor que profesaba á la virginidad, como por los deberes que impone; y principalmente, elegir un varon para mientras dure

la vida asunto es de tanta importancia que cualquier persona sensata no puede menos que apenarse y entrar en la vacilación más molesta. ¿Pues qué hacer? ¿qué partido tomar? Aunque el matrimonio no sea conforme á su gusto, es el estado que debe tomar.

Sus padres le avisan que es necesario el que elija entre todos los jóvenes que la pretenden el que sea más á su gusto y el que más le convenga para su felicidad espiritual y temporal. La rosa que se abre para recibir el rocío de la mañana es demasiado pálida si se compara con las mejillas de Ana: la tímida virgen baja sus ojos y mientras dos lágrimas se desprenden de ellos, sus labios murmuran estas palabras: *Mi Dios sabe lo que más me conviene; y vosotros comprendéis mejor, por vuestro amor, prudencia y experiencia, lo que sea más acertado para vuestra última hija. Dadme tiempo para consultarlo bien con mi Dios en el retiro de la oración: pedidle también vosotros: yo me arrojo en los brazos de Dios, mediante los vuestros: vuestra elección será la mía....* La palabra perdió su fuerza; los brazos de los padres se enlazaron con los de la hija y las lagrimas de los tres se confundieron. ¡Qué grupo! Si Benvenuto Cellini le hubiera podido sorprender, de seguro que su cincel y buril le hubiera legado á la posteridad.

¿Se portan y hablan de esta manera nuestras jóvenes? ¿Es ésta la conducta que observan cuando se trata de la elección de estado?.....

LECTURA QUINTA.

EL MATRIMONIO COMO SACRAMENTO.

EL orden mismo de estas lecturas nos ha conducido á este elevado punto de vista, donde semejantes al infatigable viajero que sube hácia la eminen-
cia de una elevada montaña, alegrándose de las

pasadas fatigas, se deleita con las nuevas perspectivas grandiosas y á la vista de los bellos paisajes y encantadoras florestas. Pero así como el viajero descansando un rato á la sombra de un árbol cobra nuevos bríos, y mientras tanto su alma se entretiene con diversidad de pensamientos, si no tiene uno fijo que siempre le ocupe, así nosotros después de haber subido algunos metros, descansaremos por un momento; pero como nuestra idea es fija y de su meditación no hay objeto que nos pueda distraer, antes de continuar nuestra marcha, abordando á la gran cuestión del matrimonio, por vía de introducción á semejante materia, nos permitiremos unas cuantas palabras sobre el gran tipo el gran ideal de la mujer, sobre la santísima Virgen á quien debe la mujer todo lo que es y todo lo que vale en la actualidad. Mas no seremos nosotros los propietarios de estas palabras, las tomaremos del celebre escritor de la Historia de la familia, (Gaume, II P., C. I.).

“Para que la mujer fuese respetada en cualquier edad ó condición en que se hallase, quiso Dios que María, la bienhechora del hombre, el tipo, de la mujer regenerada, consagrarse todas las edades y todas las condiciones de su sexo. Porque, en efecto, María fue á un mismo tiempo hija de reyes y mujer del pueblo, que ganaba el pan de cada día con el trabajo de sus manos; Ella fue Virgen y Madre, Esposa y Viuda, inocente y penitente; y después de haber rescatado su sexo á costa de los más crueles dolores, después de haberlo rehabilitado por medio de todas las virtudes, después de haberlo salvado haciéndolo instrumento de la salvación universal, dijo al hombre: ¡Todo cuanto hicieres á la última de estas pequeñitas, que son mis hijas, sabe que es á Mí á quien lo haces. Sabe que si las ultrajas, me ofendes en las pupilas de mis ojos, á Mí que soy tu Madre y á la Madre del Señor del trueno! ¡Oh hombre! ¿Te atreverás ahora á despreciar, á humillar á la mujer que se ha hecho

en Maria la Madre de tu Dios y la amable Mediadora de tu ventura y de tu gloria?"

Y con estas palabras, y con estos sentimientos que sólo el cristianismo puede inspirar, la mujer se vió rehabilitada y en el matrimonio dejó de ser la esclava y pasó á ser la compañera; cumpliéndose de esta manera lo que Dios estableció y ordenó en el paraíso terrenal: *No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante á él.*

Si pues en el matrimonio y por el matrimonio vuelve á ocupar la mujer el asiento glorioso que ocupa en la familia y en la sociedad, según los designios de Dios; estudiar el matrimonio es estudiar el objeto de más importancia para la mujer y en ella y por ella dar un paso más en bien del progreso social. Pero ¿qué es el matrimonio?

Antes de responder categóricamente á la pregunta, para mayor claridad, notad con toda atención que el matrimonio puede ser considerado : como contrato natural, como contrato civil y como sacramento. Bajo estos tres puntos de vista se le va á considerar, mas con esta diferencia, que en cuanto á los dos primeros sólo será accidentalmente y en cuanto al tercero, esto es, como sacramento, con toda la extensión que sea posible como lo indica el lema mismo que lleva esta lectura.

El canonista Mr. Fernando Walter hablando del matrimonio, dice de esta manera: "La base del matrimonio es la relación física que hay entre ambos sexos, de cuya unión depende según las leyes de la naturaleza la procreación y conservación de la especie humana. Tiene de particular esta unión en el hombre, que en vez de ser como en los animales mera ocasión de un goce pasajero, está sellada por el dedo de Dios que inspira á esposos y padres un amor permanente, necesario para fundar con la familia la base de la civilización y de la moral de la especie humana." Tal es, pues, el matrimonio como contrato natural;

y bajo este punto de vista, como es claro, debe ser enteramente libre y espontáneo y el consentimiento de ambas partes contratantes debe ser expreso por palabras de presente ó por cualquiera otra señal que pueda manifestar y dar á conocer seguramente el consentimiento de la voluntad. Este contrato tan necesario para la conservación de la especie humana y para sostener los principios eminentemente conservadores de la moralidad de los pueblos, puede ser definido, según el catecismo del Concilio de Trento, de esta manera: “*La unión maridable del varón y de la mujer, que contraída por personas que legitimamente le pueden contraer, obscrvan una vida individual, constante y perpetua.*”

Con el nuevo aspecto que dio el cristianismo al matrimonio, debió la Iglesia fomentar el desarrollo del principio emitido y afianzarlo aunque fuera combatiendo con la disciplina externa contra la resistencia de las cosas temporales. Así lo hicieron ya en sus cartas los apóstoles, y después de ellos los santos padres y los concilios. San Agustín particularmente, desmenuzó en el siglo V, el espíritu y extensión del derecho matrimonial cristiano. Con todo, no tuvo este derecho influjo alguno en la legislación civil que siguió su dirección pagana aun después de convertirse al cristianismo los emperadores. La Iglesia no llegó á la época de libertad y fuerza completas sino entre los pueblos germánicos recién convertidos; y si bien no alcanzó por de pronto á dar preponderancia á su derecho matrimonial sobre las costumbres nacionales que lo repugnaban, consiguió ponerle en vigor paulatinamente y con ayuda de decretos de concilios y dietas. Desde entonces la legislación matrimonial se hizo mixta al modo que la constitución lo era; fijó la Iglesia las reglas necesarias, y el poder secular las dio expresa ó tácitamente fuerza de leyes civiles. En los estados católicos se han mantenido así las cosas hasta estos últimos tiempos;

mas los protestantes atribuyeron desde luégo á los príncipes la facultad de hacer leyes sobre el matrimonio: ó por mejor decir, les pidieron un nuevo derecho matrimonial después de *trastornar* las bases del de la Iglesia católica. Así esta rama de la legislación eclesiástica vino también á parar á manos de los príncipes protestantes. Todavía se tuvieron presentes en la redacción de las leyes nuevas la Sagrada Escritura, los libros simbólicos y el derecho canónico, consultándose también á varios teólogos; pero insensiblemente fue tomando el derecho matrimonial protestante un carácter puramente civil, y al fin quedó reunido á la legislación común. Mas en la Iglesia católica que se mantuvo independiente del poder temporal, siguió en todo su vigor y como ley eclesiástica el derecho canónico, aunque su fuerza civil obligatoria se haya modificado en algunas partes y suprimido en otras recientemente. Bajo este concepto el matrimonio como contrato civil se puede definir: *La unión del varón y la mujer maridablemente, que reconote por base el contrato natural y por reglas las prescripciones de las leyes patrias, con objeto de consultar al bien de la familia y de la sociedad en que se vive.*

La palabra sacramento tiene una doble significación: unas veces significa una cosa oculta: un secreto sagrado, un misterio, y otras un signo de santificación. Tomado en este último sentido el sacramento en general, no es otra cosa que un *signo sensible, sagrado, de la gracia santificante, instituido de una manera permanente por el mismo Dios.*

Se llama un *signo sensible* de una cosa *insensible* ó espiritual, porque siendo el hombre un compuesto de alma y cuerpo, no puede conocer cosa alguna sino por el concurso del alma y del cuerpo. Por esto dice San Juan Crisóstomo: “Si fueras un ser incorpóreo, os hubiera Dios dado sus dones (como lo hizo con los ángeles) de una manera simple é

incorpórea. Pero encontrándose en vos el alma unida al cuerpo, debió presentaros bajo formas sensibles aun las cosas puramente inteligibles.”

Se dice también que el sacramento es un signo *sagrado*; y esto, porque el sacramento significa la gracia, que es una cosa sagrada; porque se refiere al culto de Dios y al bien del hombre en el orden sobrenatural, y este culto y este bien son también cosas sagradas; y porque todo sacramento consagra formalmente á Dios, y santifica, al menos con una santidad moral, al sujeto que lo recibe.

Se añade también que los sacramentos son unos signos *que significan la gracia santificante*, porque Dios los instituyó para que signifiquen esta gracia, ya sea presente, ya sea futura.

La definición del sacramento se completa por las palabras *instituído* por Dios de una *manera permanente*, porque ningún signo sensible puede significar infaliblemente la gracia, á menos que haya sido elegido para esto por el mismo Dios, que es el único que confiere la gracia, porque es el único autor de ella, y porque los sacramentos están establecidos como leyes permanentes y estables.

De este breve resúmen de la teología de los sacramentos se desprenden consecuencias importantes.

En efecto, desde el principio del mundo el matrimonio legítimo se efectuó por el consentimiento mutuo del hombre y la mujer, expresado por palabras de presente. Luego fue un *siglo sensible*. Según estas palabras del Señor: *No fue así al principio; el hombre no debe separar lo que Dios ha unido*, (Matteh., XIX.) es claro que desde el principio del mundo el mismo Dios asistió al matrimonio y estrechó su vínculo con su propia mano. Luego fue también un signo sensible, *sagrado*, que consagraba los esposos á Dios, y hacía descender las bendiciones de Dios sobre los esposos. San Pablo nos ha revelado que el matrimonio de Adán y Eva fue la figura y la profecía del

gran misterio de la unión de Jesucristo con la Iglesia: es decir, del gran misterio que debía traer al mundo la gracia santificante. Fue, por consiguiente, también, desde el principio, un signo sensible, sagrado que *significaba la gracia santificante futura*. Jesucristo dijo también: *Al principio no hubo divorcio; el Criador del hombre estableció el matrimonio entre un hombre y una mujer*. Esto fue decirnos que desde el principio del mundo el matrimonio fue establecido por Dios como una ley *permanente*. Luego fue un signo sensible, sagrado, que significaba la gracia santificante, y también un signo *instituido por Dios de una manera permanente*. Así, pues, el matrimonio es un verdadero sacramento. Así lo afirma el Concilio de Florencia y así lo declara, la Asamblea más santa, más sabia, más ilustrada y más augusta, el Concilio de Trento, en su sesión 24, cánón primero.

¡Oh, cuán grande y cuán preciosa es la institución divina del sacramento del matrimonio para la familia y para la sociedad! Por ella la sociedad entera se consagra á Dios en la familia, la familia en los esposos, y los esposos en Jesucristo y en la Iglesia, cuyo misterio representan, y en el mismo Dios, cuya acción creadora continúan respecto á la reproducción del hombre á imagen y semejanza de Dios.

De la definición del sacramento en general, explicado como lo habéis visto y de las consecuencias que se inferen de la definición misma, se colige que el sacramento del matrimonio se puede definir: *Un signo sensible, sagrado de la gracia santificante, instituido de una manera permanente por el mismo Dios; para que los casados vivan santamente y cumplan las obligaciones á que están sujetos por el mismo Dios*. O como le define el gran moralista Scavini: *Un sacramento que nuestro Señor Jesucristo elevó á la dignidad de tal; por el cual el varón y la mujer bautizados se entregan recíproca y legítimamente el dominio de sus cuerpos en una perpetua sociedad*

de vida, para la sucesión de la prole y remedio de la concupiscencia (1.)

Pero aun cuando el matrimonio en sí mismo haya sido instituído y santificado por Dios, no por eso son santos todos los matrimonios: sólo es santo el matrimonio que se contrae entre los cristianos bajo la dependencia y según las leyes de la verdadera Iglesia, según la doctrina de los apóstoles y como sacramento instituído por Jesucristo, que sólo ha elevado á la dignidad de sacramento el matrimonio contraído entre los bautizados. Y aun entre los mismos cristianos son santos aquellos matrimonios que los esposos contraen con intenciones honestas, que celebran con el más severo pudor y reciben en estado de gracia, y de este modo invitan y llaman á ellos á Jesucristo, como en otro tiempo los novios de Caná, y Jesucristo asiste invisiblemente y toma parte en ellos; su presencia los aprueba, su gracia los santifica, su bendición los fecunda y los hace prósperos y felices. San Pedro Crisólogo, sin duda, de esta manera consideraba las nupcias cuando exclamaba: “Dichosas, venturosas aquellas nupcias en que interviene Jesucristo, y que los esposos procuran consagrar, no con la ostentación de un lujo mundano, sino con la práctica de las virtudes cristianas.” (Serm. 2.)

Mas ¡cuán pocos son los que comprendiendo la grandeza y dignidad de este gran sacramento se preparan debidamente para recibirle! ¡Cuán pocos son los que imitan la sabia y prudente conducta del joven Tobías! Llegada la época de las pasiones, sin más guía que los estímulos del instinto, se busca un objeto que llene esta necesidad voluntaria, sin más consulta, reflexión y consejo que el triste y desgraciado de la pasión: y digo necesidad voluntaria, que á primera vista parece que son dos cosas que mutua-

(1.) Esta definición está traducida no literal sino sustancialmente, como se puede ver en el texto.

mente se repelen y excluyen, puesto que lo voluntario y libre se opone diametralmente á lo necesario y determinado; pero en realidad de verdad así sucede porque las pasiones que en su principio son libres y dándoles su legítima expansión son la hermosa senda, los magníficos escalones para las más sublimes virtudes, dejándolas libremente desarrollar por las sendas perversas y dándoles expansión en la precipitada pendiente del vicio y del crimen, son la causa de todos los males y de todas las desgracias. Que este instinto, ó como propiamente dice Lacordaire, que este sentido *depravado* puede ser reprimido con mucha facilidad en su principio, y aun extinguirse, es un hecho que la experiencia lo demuestra y la historia lo confirma: con más claridad, que la virginidad es posible, consta por todos los documentos humanos y se prueba por los divinos; de lo contrario no lo diría expresamente el apóstol san Pablo, ni lo afirmara el mismo sagrado Evangelio. Mas *este sentido depravado*, si en su principio, en sus primeros impulsos y primeras insinuaciones, voluntaria y libremente se le deja nacer y desarrollar y tomar incremento, se rebela atrevido y tomando posesión de su víctima la domina y subyuga y en lo sucesivo juega y retoza con ella como el aquilón con la paja ó el viento con la veleta: y en este estado la voluntad dominada por la pasión y la libertad combatida por los repetidos movimientos del sentido depravado vienen á parar en un entorpecimiento tál que de la libertad y de la voluntad no queda mas que lo suficiente para que el acto pecaminoso siempre sea libre y voluntario. Santo Tomás ha dicho: “Cuando alguno se deja dominar de un hábito vicioso es necesario que peque con cierta malicia, y es la razón: porque el que se encuentra dominado por el hábito perverso, al principio lo pudo y debió dirigir según su senda legítima, mas no habiéndolo hecho, es innegable que peca con cierta malicia.” (1, 2, q. 18 a 2.)

La preparación que se usa comunmente en nuestros días para recibir este santo sacramento, es lo que en Europa se llama *el placer de los novios*, y entre nosotros, la entretención del *cortejo*. Y ¡oh Dios mío!: durante este tiempo, cuántos desórdenes, crímenes y escándalos se ven. No teniendo nuestros jóvenes la nobleza y dignidad de un verdadero caballero, una pura convicción religiosa, ni las maneras dignas de la posición personal y social, no respetan el hogar, se burlan de la inocencia y candor y abusan de la simplicidad y de la falta de precaución en sus víctimas. Bajo el pretexto de cortejar, se permiten libertades indecorosas, acciones que no se pueden nombrar, y de un abuso en otro abuso, se derriban en el abismo, y antes de ser casados son criminales y la pobre y desgraciada víctima bajo el puro velo que debía cubrir y ser el símbolo de su virginidad, oculta el deshonor y la afrenta, y si llega á casarse pasa al tálamo conyugal, como satíricamente decía Cervantes, llevando *su virginidad á cuestras*; y si no se casa, que es lo más frecuente, afrenta á sus padres, cubre de luto á la familia, ofende á la sociedad y ella misma con su asqueroso borrón en su frente llevará una vida de ignominia, de afrenta y de desprecio.

¡Oh jóvenes! no abuséis de la mujer, respetad á la virgen. El triunfo del hombre sobre la que debe ser su ayuda y compañera no es un triunfo, es una bajeza.

¡Oh amables niñas! no os dejéis seducir, no descendáis del magnífico pedestal de honor y de gloria en que os ha colocado el cristianismo en María y por María. Los hombres no fueran tan audaces y atrevidos, si vosotras fuerais mas fuertes, prudentes y cautas. No lamentaríamos tantas desgracias, ni veríamos esa multitud de hijos del crimen, si vosotras observarais una vida mas recogida, una vida más religiosa, una instrucción más sólida, principios más

firmes, convicciones más arraigadas y un pudor más escrupuloso. Acordaos que el pudor en la mujer es como un cristal limpio y terso que con sólo el aliento se empaña, y que una vez perdido, como el que sana de una herida ó de un miembro amputado, jamás se le borra la cicatriz, ó le retoña su miembro. En efecto, la mujer que una vez ha caído puede arrepentirse, llorar y ser verdaderamente penitente y reformada, mas no por esto deja de ser una bella fisonomía con una fea cicatriz, ó una agraciada estatua que le falta uno de sus miembros, aunque sea el más insignificante.

Celebrad, pues, vuestro matrimonio, pero celebradlo de una manera cristiana: preparaos santamente para recibir un sacramento santo, como se preparaban para su feliz matrimonio la venturosa Ana y el glorioso Joaquín.

Tal es el matrimonio como sacramento.

§ V. — *El varón dichoso.*

La ciudad de Nazareth situada sobre una agradable y vistosa colina en frente del monte Tabor, donde más tarde se había de transfigurar Jesucristo nuestro Señor, y del torrente de Cisón, de donde anteriormente David tomara las cinco piedras, con una de las cuales derribó al gigante Goliat, era una de las principales ciudades de la provincia de Galilea. En esta ciudad se había domiciliado un varón de familia real originaria de Judea, pero que reducida á la pobreza por particular providencia del Señor, que no quiso fuesen los parientes del Salvador de otra condición que él, era comunmente reputada por familia de Galilea. El nombre de este esclarecido varón era Joaquín y su profesión, la de tratante en ganados y en lanas. Parece que había nacido con este varón la piedad. Aun no se había visto en el mundo hombre de vida mas ajustada: la rectitud, la

modestia y el amor á la religión eran en él característicos, y mereció á todos el concepto de hombre extraordinariamente virtuoso. A impulso de este fondo de piedad y de religión, buscó cuidadosamente para esposa suya la doncella más virtuosa y más cabal de toda la nación. Y esta doncella semejantemente caracterizada ¿quién otra podría ser que la virgen Ana?

En efecto, entre todos los jóvenes que pretendieron á este gran tipo de santidad y belleza, sus padres escogieron á Joaquín, uniéndose de esta manera la familia real y la familia sacerdotal, circunstancia indispensable para que la Madre del Mesías pudiese nacer de este matrimonio.

Los evangelistas San Mateo y San Lucas no refieren el tiempo ni las demás circunstancias que precedieron y que acompañaron al matrimonio de estos dos extraordinarios esposos: poniéndonos á la vista, en sus genealogías la directa y legítima procedencia de ellos tanto de la familia real como de la sacerdotal, no quiso el Espíritu Santo, que hablaba en ellos y por ellos, que sus plumas se ocupasen de ese gran himeneo cuyo fruto había de ser de incomparables resultados para la historia del Testamento nuevo. Pueda ser que semejante silencio sea lo mejor para nosotros, porque obligándonos á formar nuestras inducciones nos sorprende, encanta y embelesa la consecuencia que deducimos. En efecto, si para conocer la grandeza y excelencia de la Santísima Virgen nos basta decir que es María la madre de Dios, así para conocer la grandeza y excelencia de estos santos esposos nos basta decir, que María es hija de ellos; y de esta manera, por el fruto conocemos al árbol, según la palabra del mismo Santo Evangelio.

Celebraron su matrimonio cumpliendo en un todo los ritos y ceremonias de su religión y mientras sus puras é inocentes manos se unían y enlazaban,

profiriendo sus labios sus mútuos consentimientos y el sacerdote les bendecía, Dios que había formado aquellos dos corazones el uno para el otro y les había colmado de gracias y dones, en el cielo ratificaba su unión y á su vez les bendecía. Y así bajo tan favorables y felices auspicios presentaba al mundo y á la historia legaba el ejemplar y el modelo mas perfecto y completo de la santidad en el estado del matrimonio.

El de estos dos santos Esposos fue dichosísimo, no pudiendo ser mayor la conformidad de genios, de dictámenes y de inclinaciones. El único objeto de sus ansias era Dios; sus deseos, sus fervorosos suspiros eran por la venida del Mesías; y ocupando su corazón de este anhelo, pasaban en oración y en retiro todo el tiempo que les permitían las indispensables atenciones del estado. Revelóse á Santa Brígida, como ella misma lo asegura, que San Joaquín y Santa Ana estaban tan inflamados en el fuego del divino amor, que ninguna cosa era capaz de mitigar sus ardores. Fueron, dice, dos astros brillantes, cuyo resplandor, aunque encubierto con la oscura nube de una condición humilde, deslumbraba á los mismos Angeles; embelesaba, por decirlo así, á todo el cielo con aquella inocencia, con aquella pureza de vida tan exacta como poco comun.

Ana, la nueva esposa con el nuevo estado no había cambiado: las virtudes de la virgen coronaban á las virtudes de la esposa y las virtudes de la esposa y de la virgen formaban ese armonioso conjunto de belleza y santidad que Salomón nos describe en los Proverbios, cuando nos presenta el retrato de la mujer fuerte. O como dice el Eclesiástico: (26-21). La mujer virtuosa y hermosa regocija y embellece su casa, como el sol al nacer regocija y embellece al universo.

Cuando se dejaba ver en público edificaba á todos; su compostura, su modestia, sus palabras inspi-

rabán admiración de su virtud y respeto á su persona. Por su gran caridad consideraba á los pobres como á hijos suyos; y cuando se acordaba que era estéril, se consolaba con que tenía tantos hijos como pobres. No correspondían los bienes temporales á la nobleza de su calidad ni de su sangre; pero suplía la caridad á la medianía de su fortuna. Bastábale á cualquiera ser pobre ó estar afligido, para acudir á ella como á madre, y para considerarse con derecho á lo que tenía.

¡Oh jóvenes! ¿Imitáis la conducta de Joaquín y Ana en las disposiciones para contraer vuestro matrimonio? Y establecidos en este santo estado: ¿les imitáis en sus admirables virtudes? Si queréis ser felices, seguid la senda que os han trazado estos dos santos Esposos.

SEXTA LECTURA

PROPIEDADES DEL MATRIMONIO CRISTIANO.

SAN Pablo en su Epístola á los de Efeso, hablando del matrimonio cristiano, con la sencillez de la verdad nos describe todo un cuerpo de teología matrimonial. Oigamos esta sublime enseñanza. “Las mujeres deben estar sujetas á sus maridos como al Señor, porque el hombre es la cabeza de la mujer, así como Jesucristo es la cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su cuerpo. Luego, así como la Iglesia está sometida á Jesucristo, así las mujeres deben estar sometidas en todo á sus esposos. Maridos, amad á vuestras mujeres como Jesucristo amó á la Iglesia y se ofreció por ella para santificarla, purificándola con el agua, unida á la palabra de la vida, á fin de que apareciese ante El gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa alguna desagradable; sino que fuese

santa é inmaculada. Así, pues, los maridos deben amar á sus mujeres como á su propio cuerpo. El que ama á su mujer se ama así mismo, y ninguno aborreció jamás su carne, sino que la alimenta y la cuida; así es como Jesucristo obra respecto á su Iglesia, porque nosotros (que componemos la Iglesia) somos los miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto se dijo que el hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y seran dos en una misma carne. Este sacramento es grande; digo, en Jesucristo y en la Iglesia. Cada uno de vosotros debe, pues, amar á su mujer como así mismo, y la mujer debe tener un temor reverencial á su esposo." (Ephes. V.).

¡Qué palabra! Demóstenes en la Grecia, y Cicerón en Roma, con todas las gracias de su elocuencia y las seductoras bellezas de su dicción no han podido decir ni escribir como el discípulo de Gamaliel. Entre la palabra de Dios y la palabra del hombre hay tanta diferencia, como la hay entre el que tiene ideas adecuadas y el que no puede tener mas que inadecuadas. Estas palabras del apóstol que en su sencillez castiza tocan en lo sublime, son la condenación más terminante, clara y explícita de los grandes errores en que han caído célebres inteligencias sobre la naturaleza y deberes del matrimonio. Pero así como las tinieblas desaparecen á la aparición de la luz, así sucede al error en presencia de la verdad. Probaremos una vez más la exactitud de este aserto presentando los errores del espíritu humano frente á frente de la verdad que se desprende de las palabras del apóstol citado.

La antigua escuela epicúrea atribuyó el origen del matrimonio al instinto material y grosero. Según ella, los primeros humanos se hallaban al nivel de los brutos que habían salido de las entrañas de la tierra: no eran entónces más que un rebaño mudo é inmundo, privados de la razón y del uso de la pala-

bra y, entregados á los estímulos de la carne, procuraban satisfacerlos con la fuerza y la matanza, á imitación de los otros animales. (Horacio).

El mismo Cicerón, de quien algunos han querido hacer un santo y un padre de la Iglesia, profesaba enteramente, en cuanto al matrimonio, la opinión del poeta que escribió las siguientes palabras, y que se llamaba á sí mismo: *Un animal inmundo del rebaño de Epicuro.* (Hor.) (Cic. De Invent.)

La pretendida escuela espiritualista de nuestros días profesa ideas no menos absurdas acerca del origen de la sociedad conyugal, pues enseña que los primeros hombres no eran más que unas bestias salvajes, que ni hablaban ni raciocinaban, y que carecían de todo sentimiento de moral y de religión. . . . (Mr. Cousin). De este modo esa escuela deshonra lo que la Escritura llama “la más honrosa de las instituciones sociales” (Hebr., XIII) *Honorabile connubium.*

Ved ¡qué doctrinas: qué enseñanza! Si la historia como gran monumento de la antigüedad no lo dijera tan terminante ¿quién lo creyera? Asustan semejantes doctrinas, y si la tradición, la historia y la experiencia enteramente acordes, no nos afirmaran su verdad y no nos asegurasen de todo lo que es capaz el espíritu humano cuando se extravía, sentiríamos gran repugnancia para aceptarlas. Es, pues, un hecho que semejantes doctrinas han sido propuestas á la sociedad y que aun por muchas notables inteligencias puestas en práctica. Pero semejantes absurdos ¿á quién no repugnan? Tales y tan degradantes teorías ¿á quién no avergüenzan? Dejemos á estos ciegos, que no obstante su incapacidad para gozar la benéfica influencia de la luz de la verdad, se brindan y ofrecen á la humanidad cual sabios, prudentes y perspicaces conductores; ¡pobres! no saben lo que hacen: y veamos aún nuevos errores, nuevas aberraciones del espíritu humano. Mas antes de la verdad de las palabras del apóstol San Pablo, debe-

mos inferir la consecuencia legítima. Si el matrimonio es un gran sacramento: se infiere que es santo. Si según los designios de Dios es la unión de un solo hombre con una sola mujer: se infiere que es único. Y que si el hombre no puede desunir y separar lo que Dios ha unido y enlazado: se infiere que es indisoluble. Luego por conclusión general, el matrimonio es santo, único é indisoluble. Tales son las propiedades del matrimonio: *santidad, unidad é indisolubilidad*. Esto supuesto, callemos por un momento nosotros y dejemos que hable la soberana verdad.

En el tiempo en que apareció Jesús predicando su divina doctrina, la cuestión del repudio de la mujer por el hombre era el objeto de controversia entre los sabios de los judíos. Los ricos y los adeptos de la secta voluptuosa de los saduceos, que eran muchos, defendían la libertad completa del hombre para repudiar á su mujer, y tomar otra según le agradase. Los más sabios, que pertenecían en su mayor parte á la secta rigorista de los fariseos, pensaban que era necesario hacer algo para reprimir la licencia y la desvergüenza con que cierta clase de hombres mudaban de mujer todos los años y aun todos los meses. Disputaban unos y otros sobre esta materia; pero no se entendían ni podían ponerse de acuerdo. Estaba reservado al hijo de Dios, que se hizo hombre, no sólo para redimir al hombre, sino para ilustrarle é instruírle en las condiciones de su existencia y en la perfección de sus deberes, enseñarle las relaciones primitivas entre el marido y la mujer, que habían sido olvidadas ó alteradas, erigirlas en leyes é imponerlas á los esposos con toda la autoridad de la palabra de un legislador que es Dios. Esto fue lo que hizo el Salvador, según nos lo refiere San Mateo.

Un día se presentaron ciertos doctores ante el Divino Maestro y le preguntaron “¿es lícito al hom-

bre repudiar á su mujer por cualquiera causa?" (Matteh., XIX). Ellos no hicieron esta pregunta al Señor para obtener una respuesta y observarla, sino, como nota el evangelista, para valerse de su respuesta con el objeto de calumniarle y de acusarle ante aquellos á quienes había de indignar esta misma respuesta. Pero el divino Salvador, no atendiendo á la perversa intención de los que le preguntaban, se valió de esta ocasión para revelar al mundo y establecer en él su sublime doctrina, su legislación perfecta respecto al matrimonio; y por consiguiente, les respondió de esta manera: "¿No habéis leído en la Escritura que aquel que formó al hombre al principio los formó varón y hembra, y dijo: Por ésta dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una sola carne? Así, pues, el hombre y la mujer no son ya dos, sino una sola carne. Por consiguiente, lo que Dios ha unido, guárdese el hombre de separar." ¡Oh cuán sublimes y cuán magníficas son estas palabras! La sabiduría humana jamás había hablado de esta manera. Este lenguaje es el lenguaje de la sabiduría divina, el lenguaje del Criador mismo del hombre, que es el único que conoce su origen, su naturaleza y su elevado destino.

Mas de esas importantísimas palabras se sigue con evidencia que el matrimonio es santo por su institución, que es divina: por su bendición, pues está bendecido por el mismo Dios: por su fin, que es la continuación de la obra del Dios criador, y por su significación, que es la Encarnación y la misteriosa unión de Jesucristo con la Iglesia. Se sigue que el matrimonio, tal como lo estableció Dios nuestro Señor, es **único** y en los términos más formales prohíbe y destruye la pluralidad de las mujeres y que este santo vínculo de ninguna manera puede ser violado. Por último: se sigue, que el matrimonio es indisoluble, el divorcio ilegítimo y contrario á la naturaleza del hombre y á la ley de Dios: á la naturaleza del hom-

bre, porque divide una misma carne; y á la ley de Dios, porque Jesucristo formó una ley divina que prohíbe al hombre separar lo que Dios unió.

Los fariseos comprendieron la alta importancia de esta legislación divina y la severidad de los deberes que de ella resultan, y no pudiendo conciliarla con la indulgencia de la ley de Moisés, que tenía á Dios por autor, dijeron al Señor: “¿Pues por qué Moisés mandó al marido dar á su mujer, que ya no le agrada, un libelo de repudio y abandonarla?” A esta objeción respondió Jesucristo: “Moisés no os mandó, sino que os permitió simplemente, repudiar á vuestras mujeres, y esto por la dureza de vuestro corazón, que os hubiera impulsado á matar á vuestras esposas que se os hubieran hecho odiosas, si no hubierais podido repudiarlas. Pero no sucedió así al principio del mundo. Yo quiero restablecer el orden primitivo sobre este punto, y por consiguiente, os digo Yo, el Hijo de Dios y el Maestro del hombre, que en adelante, excepto el caso de infidelidad por parte de la mujer, no es permitido al marido separarse de su mujer; y que, aun en este mismo caso, el vínculo conyugal subsiste siempre; de modo que si el marido se casa con otra mujer, se hace culpable de adulterio; y que el que se desposare con una mujer divorciada, es culpable igualmente de adulterio.” Así, pues, según estas palabras del Hijo de Dios, Salvador del mundo y legislador supremo del mundo, la mujer es de la misma naturaleza, de la misma condición que el hombre; y cuando llega á ser su esposa tiene los mismos derechos que el hombre, es igual al hombre; y por consiguiente, el matrimonio es una institución divina, una institución santa, que establece un vínculo único, perpetuo é indisoluble.

Contra la santidad del matrimonio se rebeló el protestantismo, lo mismo que contra su unidad é indisolubilidad, cuando Lutero, con un cinismo tan espantoso como repugnante, emitió este principio: “El

poligamia, porque *el instinto soberano de la carne* puede verse contrariado, no sólo por el celibato eclesiástico, sino también por el celibato conyugal; no sólo por el matrimonio indisoluble, sino por el matrimonio dulcificado por el divorcio, sino por el matrimonio dilatado por la poligamia, no sólo por el matrimonio dilatado por la poligamia, sino por el matrimonio limitado á un solo sexo; y en este supuesto, no sólo debe ser permitido al Sacerdote tener mujer, y al marido cambiar de mujer y tener muchas mujeres, sino también dejar las mujeres por los hombres, como hacen los chinos, los japoneses y los turcos, y aun por los brutos . . .

Semejantes consecuencias, que aunque tan repugnantes á la par que destructoras de todo pudor y de toda moralidad, que acaban con toda religión lo mismo que con toda autoridad bien constituida, debían ¡ojalá así hubiera sucedido! haber muerto y sido sepultadas allende los mares; allá en aquellos países donde desgraciadamente nacieran. Mas no sucedió de esta manera: esta doctrina no es en principio, ó como sistema, porque esto supone instrucción y cocimientos, y estas cualidades no se encuentran en nuestra sociedad y en nuestros pueblos, sino en la práctica; viven y desarrollan entre nosotros, y nos causan los mismos estragos que en las naciones europeas, y aún con mayor exageración y escándalo.

¿Que otra cosa es entre nosotros el solterismo que una pública profesión de semejante principio? El solterismo que no respeta el pudor de la virgen, la honestidad de la vida retirada, ni el honor del matrimonio y que aumenta considerablemente los nacimientos ilegítimos, es una prueba evidente. La falta de fidelidad en la unión conyugal, aun en personas de categoría, ya no digo en el pueblo porque esto es frecuente, lo demuestra con toda certeza. Y en tal estado ¿no es inconcuso que el funesto princi-

pio Luterista, con todos sus estragos y horrores, está entre nosotros!

Ahora mismo que escribo estas líneas se levanta un triste movimiento de armas en esta República, en la de Guatemala y en la de Honduras: y estos países que la Providencia divina llama al progreso por su posición geográfica ¿no están en peligro de perder su autonomía política por los efectos de la fratricida guerra? Y de estas aciagas guerras ¿cuál es la causa? ¡Ah mucho se piensa y se habla sobre esta causalidad, en los círculos que se llaman de alta política! Pero en realidad, esas elevadas inteligencias, si no me engaño, se han olvidado, ó si se acuerdan no le hacen caso, de que la verdadera causa de semejantes estragos se encuentra en la desmoralización de las costumbres. Corriendo los hombres sin freno ninguno en pos de sus perversos apetitos, y poniendo en práctica la enseñanza de la *fuera indomable del instinto sexual*, se han rebelado contra Dios, han violado sus santos mandamientos y han arrojado el suave yugo del cristianismo. Y el que se rebela contra Dios ¿cómo podrá dejar de rebelarse contra la autoridad de los hombres? El que no respeta á Dios, á sus leyes y á sus ordenaciones; ¿cómo podrá respetar á los hombres? El hombre sin religión, sin costumbres y sin Dios; ¿cómo podrá obedecer á las autoridades, cumplir sus leyes y ordenaciones? ¡Desgraciado del pueblo que pierda su religión! ¡Ay! este mal se causa en estos países: los gobiernos persiguen á la Iglesia, persiguiendo y privando de la libertad á sus ministros y á las comunidades religiosas: permitiendo la publicación y circulación de folletos inmorales y subversivos del orden público: dando libertad para que éntre esa multitud de novelas obscenas, de libros escandalosos y de obras inmorales. Y todo este conjunto ¿á qué se dirige? A la corrupción de las costumbres. Y la corrupción de las costumbres ¿á qué se dirige? A la des-

moralización. Y la desmoralización; ¿á qué se dirige? A la rebelión contra Dios; en último resultado ¿á qué se dirige? A la destrucción de todo poder, de toda autoridad, de todo orden, al abismo, al caos. Y ¿extrañaremos el que toda la vida nos mantengamos en guerras fraticidas, en guerras intestinas? ¡Gracias que aun todavía tienen nuestros pueblos algún poco de religión y de temor de Dios! El día que esta pequeña llama se apague y este pequeño fuego se extinga: ¡ay! pobres de nosotros.

Estos males está llamada á remediar la interesantísima mujer. La religión no se acabará entre nosotros mientras ella la conserve: la moralidad existirá si ella la guarda y la defiende. ¡Oh mujer! conoced vuestra dignidad y daos á respetar: conoced lo mucho que debéis al cristianismo y amadle y defendedle generosamente. De la mujer pende el porvenir de estos países: sus esperanzas en ella están fundadas. Estudiad pues vuestra religión y practicadla con entusiasmo; no temáis la persecución: no temáis las palabras que el viento se lleva: moralizad, por la religión, á vuestros esposos, á vuestros hijos y á todos los que os pertenecen y si por desempeñar vuestra misión tenéis que padecer y sufrir, seguid las huellas que os dejó trazadas vuestra vigorosa Protectora.

§ VI.— *Los esposos desconsolados.*

Por feliz que sea una viuda no le han de faltar pesares y contratiempos; y semejante á un campo á quien Dios bendijo, si se cubre de flores, no le han de faltar espinas y abrojos: si tiene las gracias de un cielo, no le han de faltar sus nubes que le obscurezcan y enluten, y si disfruta de las cualidades de un génio, cual magnífico astro que encanta y embelesa, no ha de carecer en su majestuosa carrera, de un eclipse que le prive de su hermosura, aunque no sea mas

que por unos momentos. Si pues en la vida no se pueden evitar estos eclipses, estas nubes, ni estas espinas y abrojos, dijo muy bien el célebre autor del himno del Señor San José, cuando afirmó que la vida de este esclarecido Patriarca no era mas que la sucesión de dolores y gozos, de placer y de lágrimas: *Miscens gaudia fletibus*. Pero si nuestra vida no fuera la prueba más convincente de esta verdad, la historia de la heroína cuya vida presentamos, nos serviría de guía y de un argumento eminentemente histórico para fortificar la misma aserción y para enseñarnos, de este importante fenómeno, la persistencia en nosotros. Mas ¡ay! no es dable dudar. ¿Cuál es el corazón que no ha exhalado profundos suspiros? ¿Cuáles son los ojos que no han derramado torrentes de lágrimas? ¿Cuál es el hombre que no ha gustado su gota de acibar desprendida de la gran copa del sufrimiento y dolor, de la aflicción y amargura? ¡Ay! el hombre sonríe, es verdad: el hombre algunas veces disfruta de un momentáneo placer y por un instante el cielo de su frente se muestra radiante y sus ojos, entre sus párpados, brillan cual dos luceros al despertar de la aurora; también es verdad: pero también lo es, que esa sonrisa no es mas que un apacible relámpago de la noche de invierno: también lo es, que esos luceros han sido eclipsados y que han luchado avanzando en su carrera. Por esto, yo siempre he creído, que el hombre que sufre se encuentre en su estado normal, y que el hombre que goza está en su estado anormal: ó lo que es lo mismo, el nombre vive en el sufrimiento y las pequeñas modificaciones que experimenta son pasajeras, son momentáneas; por esto las llamamos recreaciones, distracciones y ratos de expansión y descanso. Mas volvamos á nuestra Santa y veamos en ella la confirmación de esta enseñanza.

Había más de cuarenta años que estaba casada, y no es creíble que en tan prolongado tiempo haya

carecido de los pesares y amarguras, de las aflicciones y penas que son inherentes á la vida, mucho más, que la posición de su familia, tanto por la decadencia en que se encontraba, como por la pobreza que la acompañaba, era casi inevitable. Y si atendemos á que no hay vida por immaculada que ella sea que no tenga que sufrir la malignidad de los prójimos y la mordacidad de sus lenguas, no nos quedará razón de dudar. Pero estos trabajos, para un corazón magnánimo y generoso, propiamente no valen la pena; se puede decir que para ellos son un bien, puesto que á la manera que el aire que agitando el corpulento nogal, no le perjudica sino que le hace que más perfectamente se arraigue: así sucedía á la heroica Ana respecto de esos pequeños trabajos. Lo que sí la afligía y que más de una vez había amargado su corazón y la había obligado á derramar muchas lágrimas, era la falta de sucesión, la esterilidad. Este defecto era entre los judíos reputado, por cierta especie de oprobio, con alguna nota de infamia; porque asegurados de que el Mesías había de nacer de una mujer de la nación, consideraban en las infecundas uno como linaje de reprobación ó de maldición de familia.

Cuando Anna, mujer de Elcana, se veía inquieta y angustiada por Phenenna su competidora, amargamente lloraba y no tomaba alimento. Si su esposo compadeciéndola, con las gracias de una afectuosa y sincera galantería, conociendo la causa de su aflicción le decía: *¿por ventura no soy yo mejor para tí que diez hijos?* Ella por prudencia disimulaba y mientras en su exterior aparecía tranquila, allá en el fondo de su pecho con la más profunda amargura oraba con fe y gran esperanza al Dios de sus padres: así la afligida Esposa de Joaquín. ¡Ay! y cuántas veces fue sorprendida en la manifestación de su pena. Y á causa de su avanzada edad: ¿qué esperanza tenía de salir de su triste humillación? Con

todo, ella muy bien sabía por la escritura santa: *que ninguno ha puesto su confianza en Dios, que no haya sido escuchado.* Por esto con gran paciencia, resignación y confianza esperaba su consolación y con igual rendimiento se sujetaba á la voluntad de Dios; mas no por eso dejaba de mirar con una santa envidia á aquellas mujeres que algún día habían de tener afinidad con el deseado Mesías.

Oprimida por el dolor, aunque resignada; afligida y llorosa, aunque con la más firme esperanza; triste y abatida, aunque conforme: cierto día orando en el templo, en el mayor recogimiento de su ferviente oración, de sus labios salió esta plegaria. ¡Oh Dios de mis padres! ¡Hasta cuándo cuitarás de mí esta afrentosa humillación! Dad una mirada de compasión á esta vuestra sierva y acordándoos de vuestras misericordias antiguas, dadme un fruto de bendición: Si piadoso me oyes, yo os ofrezco que este deseado fruto inmediatamente le consagraré á vuestro servicio en el templo.

¡Qué ejemplo para nosotros! si en nuestras aflicciones y necesidades buscáramos el remedio en la oración y en el templo, otra fuera nuestra situación. Todavía es tiempo.....

SÉTIMA LECTURA.

DEBERES Y VENTAJAS DEL MATRIMONIO.

SE nos habla en la actualidad, hasta el fastidio, de los derechos del hombre y de los derechos del ciudadano; pero casi nada se dice de los deberes sagrados con que está ligado hacia á Dios, hacia sí mismo y hacia sus semejantes: la prensa que agota sus grandes é inagotables recursos en establecer las teorías políticas, en afianzar los principios y bases del

gobierno á quien sirve, en ponernos al tanto de las cuestiones palpitantes de actualidad, y en enseñarnos en luminosos artículos de fondo y contagiarnos de las pasiones de los hijos de las musas como si no nos bastasen las propias, guarda un profundo silencio cuando se trata de los deberes del hombre, de los deberes de la mujer y de los deberes del hombre y de la mujer equiparados por el derecho, mediante el vínculo del santo matrimonio. Bueno es saber y comprender los derechos del hombre, mas es mejor saber y comprender sus deberes: el conocimiento de los derechos nos dará hombres cultos, civilizados, instruídos y capaces, en los gobiernos democráticos, del sufragio activo y pasivo: mas el conocimiento de los deberes nos dará hombres con esas bellas cualidades y también buenos y honrados padres de familia, virtuosos ciudadanos, una sociedad eminentemente religiosa y todos los bienes que trae consigo el deber. El conocimiento de los derechos nos dará políticos, fruta que abunda por demás y por consiguiente de bajo precio; mas el conocimiento de los deberes nos dará no sólo al verdadero, al castizo político, que es tan raro y por consiguiente de inestimable precio, mas también nos dará al hombre de honor y probidad, al hombre que sabiendo obedecer á Dios y á sus leyes no es extraño que sepa obedecer á las autoridades y á las leyes con que su patria es regida, al hombre que respetando á Dios, respeta á la autoridad establecida por Dios, y que no rebelándose contra Dios, jamás se rebelará contra sus semejantes y mucho menos contra los representantes divinos, cuales son las autoridades legalmente establecidas.

Bueno es que la prensa nos establezca las grandes teorías de la alta política y que corriendo, con mano atrevida, el misterioso velo del arte de gobernar á los hombres, nos instruya con sus observaciones, nos deleite con la majestad de sus cuadros y por un momento nos remonte á la época de Cartago y Roma,

de Venecia y de Génova, y que dulcemente nos sorprenda con los ideales de la república de Platón. Todo esto es bueno ; pero mejor fuera, que nos enseñara la práctica, y que ocupándose del verdadero interés de los pueblos se esforzara en hacer al hombre virtuoso, pues con esto lograría la felicidad, el bien y la paz de la sociedad que se pretende ilustrar. Bueno es que la prensa afiance y consolide las bases y los principios del gobierno á quien sirve : la ilustración se generalizará, se formará la identidad del pensamiento, la convicción, y cual fecunda semilla desarrollará el progreso y bajo tales auspicios, en el gobierno habrá estabilidad, fuerza y fijeza y, por consiguiente, paz y tranquilidad : mas estos bienes no se consiguen por la simple enseñanza de esos principios y de esas bases, sino por la moralidad de los pueblos, la moralidad, por el dogma y el dogma por la religión. Fuera, pues, mil veces mejor, que sin perjuicio de esos importantes trabajos, se ocupase de esa noble enseñanza y, sobre todo, que se ocupase de la enseñanza de la importante mujer ; pues de esta manera lograría su objeto, con más brevedad, con más utilidad y con más universalidad. Bueno es que la prensa nos ponga al tanto de los acontecimientos de actualidad y que sin más trabajo, que sentarse y leer, nos haga vivir en todo el mundo y vivir en todas y cada una de las grandes inteligencias que descuellan entre la universalidad de los hombres, como los picos del Imalaya y del Chimborazo ; y que por medio de la historia nos ponga al corriente del pasado, y por medio de la crónica, de los anales y de las revistas, al corriente del presente ; pero, sería mejor, si á estas ventajas añadiera las concepciones y elevados pensamientos que la religión nos presenta y que han inspirado á Chateaubriand, Gaume y Augusto Nicolás : pero sería mejor. . . . Ya que no se defienden los derechos de la religión y de la Iglesia, del dogma y de la mo-

ral, que siquiera no se atacasen ni se persiguiesen : ya que no se defienden el honor y la virtud, que siquiera no se denigren ni calumnien. Si en lugar de atacar el poder Eclesiástico con sus consecuencias, se ocupasen de distinguir y caracterizar la diferencia que hay entre el poder Eclesiástico y Civil y en dar á cada uno lo que le pertenece, harían un inmenso bien. Mas ¡ay! que en esto no se piensa : y estas mismas líneas, quién sabe á cuántas siniestras interpretaciones darán margen.

Por lo que hace á los artículos de fondo : ¡oh y qué importante fuera el que se ocupasen de la instrucción popular, de las buenas costumbres y en hacer el merecido ridículo de los vicios que destruyen la sociedad y de los crímenes que la deshonoran ! En fin, los poetas como el Dante y el Taso y otros muchos, son útiles sobremanera ; pero de esas descripciones bellas, de esos amores exagerados, de esas pasiones presentadas con tanta gracia como belleza, ¿qué bienes reporta el pueblo ? ¡Lástima tanto trabajo ! el literato muchas veces les ve con desdén, los medio instruídos les leen con ansia y después les olvidan y les entregan á la triste soledad de papeles curiosos, al fondo de una gaveta, ó como generalmente sucede, al bullicio de una tienda de pulpería, donde sin misericordia ninguna, son condenados todos los periódicos al honor de servir de cartuchos. Mas ya que tal es la suerte de los periódicos, con raras excepciones, se debía procurar que en su tránsito meteorológico produzcan algún bien y dejen un grato recuerdo. Este bien y este recuerdo le causarían si dejando el silencio culpable sobre las materias indicadas se ocupasen, además de los deberes del hombre y de los deberes de la mujer, de los deberes del matrimonio. No obstante, pues, la la convicción que tengo de que estas mis lecturas, en tiempo no muy lejano, participando de la suerte de los periódicos, se verán con los honores de un

mostrador, ó las glorias de un cohete; ó cuando muy bien les acontezca, llegando á manos de algún curioso, bajen al profundo de un cofre, ó sobrenaden en la superficie de una gaveta : en tal caso, que no es muy raro, no será extraño el que les de alguna ojeada ; para esta suposición lo mismo que para el caso de que descansen en las manos de algunas aficionadas á la lectura, que sería su mayor ventura, les procuraré algún bien y, tal vez, les mereceré algún grato recuerdo. Y puesto que mi objeto es tratar de la mujer y mi deseo es recordarle sus deberes, á ella dedico estas líneas recordándole sus obligaciones principalmente como esposa.

Honrada la esposa con las glorias de la maternidad, semejante á un jardín bien cultivado, si cubierto de flores con su belleza y perfumes deleitaba al industrioso y laborioso jardinero, ya cargado del apetecido fruto, le encanta y embelesa y le hace gozar con la posesión del objeto de sus pasados trabajos. Si el perfume de las flores que abren su tallo, ó que ostentan sus vivos colores se presta tanto al entusiasmo de los poetas, los frutos que desarrollan entre esas flores y entre esos perfumes dejan las bajas regiones de la poesía y se elevan hasta la sublimidad. Bella y encantadora es la virgen ; pero una madre con su hijo en los brazos, arroba y embelesa. Si la virgen, flor acabada de abrir, llama la atención, una madre con su hijo, cual blando botón apoyado sobre su tallo, interesa sobre manera. ¡ Ah ! nunca la mujer es más interesante que cuando la vemos con su hijo en el regazo enlazando sus blandos y pequeños brazos sobre el blanco cuello de la amante madre. ¿ Qué cosa podrá haber de más poesía, de más sentimentalismo que una madre imprimiendo un dulce beso en las mejillas de su hijo ó recibiendo en sus labios la reciprocidad del ángel encantador ? ¡ La madre acariciando á su hijo y el hijo sonriendo, con la vista fija, las manos y pies en movimiento,

modelando con tanto capricho sus labios, como las blandas brisas la superficie plana de la cristalina fuente, es un cuadro tan encantador que más de una vez ha dado origen á las composiciones más bellas, á los grupos más expresivos y á los cantares más insinuantes! Sin duda Virgilio sorprendió uno de estos encantadores cuadros, cuando dijo con tanta gracia, como verdad, con tanta belleza, como naturalidad: *Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem.* Despiértase el hombre á la vida, y el primer objeto que entreven sus ojos, en lo vago de su primera mirada, es la sonrisa de la madre. Y la madre después de haberlo llevado en su seno y que le había amado con un amor anticipado, que le hacía ligero el peso y el heroico engendramiento, apenas le ve en sus brazos, cuando le abre un nuevo seno con sus cuidados, vigiliias, halagos, cariños, alarmas, sacrificios, en una palabra con su calor y sustancia maternal. ¡Oh pequeño y agraciado niño! ¿queréis saber quién es vuestra madre, antes de saber quién es vuestro padre? Dad una mirada y desde luégo lo sabréis por la primer sonrisa que os halague, por el primer beso de amor, y por la primer palabra de ternura que se pronuncie al borde de vuestra cuna.

Los grandes é importantísimos deberes del matrimonio y principalmente de la madre, san Agustín los ha resumido en estas breves palabras: *La prole, (la familia), la han de recibir sus padres con amor; la han de nutrir con solicitud; y la han de educar religiosamente.* (Ag. lib. 9 de genr. ad lit, cap. 7) á lo cual agregan unánimemente los teólogos, *y no darle estado contra su voluntad.*

Que los padres deben amar á sus hijos, es una cosa tan natural y tan conforme á las disposiciones divinas, que no necesita de precepto ninguno: la gran tabla de la ley de tal manera lo supone, que sólo manda que los hijos amen y honren á sus padres, y no se ocupa de los deberes de los padre para con

sus hijos. Así como es natural que los ojos sanos vean la luz y los diversos objetos, que el oído que está perfectamente en corriente perciba los sonidos articulados, así es natural que los padres amen á sus hijos.

La naturaleza que siempre es pródiga en todos sus actos, ha dotado á la madre con todo lo necesario para la alimentación del hijo, y mientras que ella en el día y en la noche le alimenta con su propia leche, el marido trabaja para que no le falte lo necesario: el marido trabaja en el campo, en el taller, ó en la oficina y despacho y la mujer trabaja en la casa y alimentando á su hijo le enseña, le cuida, le defiende y en la misma cuna pone en sus labios las primeras palabras y le hace balbucear el nombre de su padre. Y con estos cuidados y con estos sacrificios les aprende á conocer y se enciende en lo más íntimo de su corazón el santo fuego del amor hacia sus padres que en el mar de la vida será su sostén, su encanto y felicidad. Desgraciado el hijo que no ame á sus padres y no sepa corresponderles! ¡Pobre el huérfano! ¡Infeliz el niño que carezca de un padre cuya apellido pueda heredar, y que por ser hijo de una flaqueza, no disfrute del bien y de la influencia de su padre!

Pero sobre todo ¡oh padres de familia! *educad á vuestros hijos religiosamente.* Al llegar á este punto, con todo mi corazón, con todas las fuerzas de mi alma quisiera hacer comprender á los padres de familia la importancia y gran trascendencia de este sagrado deber. Bien sabéis que en todos mis discursos que han visto la luz pública; que generalmente, en todas mis predicaciones, en las conversaciones y de cuantas maneras están á mi alcance, siempre he insistido en esta importantísima materia, lo cual os prueba que á ejemplo del apóstol San Pablo he instado oportuna y hasta importunamente. **Tan** grande es el bien que reporta la sociedad de que los

hijos sean educados religiosamente. Y ya que he mencionado al apóstol; permitid que alce mi voz, que grite á voz en cuello, y que de esta manera os diga con él: *Padres de familia, no provoquéis la ira en vuestros hijos por la manera imprudente de corregirlos: educadlos sí, con la buena enseñanza, en el temor santo del Señor,* (Ephes. VI. 4.)

No me cansaré de repetirlo; por más que se diga, por más que se haga, las creencias religiosas de los pueblos se reproducen en sus leyes civiles, y el hombre civil es en todas partes un reflejo del hombre religioso. Así como los dogmas humanos del paganismo sobre la desigualdad natural de los derechos y de la condición del hombre y de la mujer, del señor y del siervo, del sér fuerte y del sér débil, se introdujeron entre todos los pueblos paganos, en sus horribles leyes civiles, en perjuicio de la esposa, del esclavo y del niño; de la misma manera los dogmas divinos del cristianismo sobre la igualdad natural de los derechos y de la condición del hombre y de la mujer, del señor y del siervo, del sér fuerte y del sér débil, se han introducido en todos los pueblos cristianos, en sus leyes civiles, en favor de la esposa, del esclavo y del niño.

En cuanto á la mujer en particular, de esta igualdad de los esposos ante Dios, proclamada por las doctrinas del cristianismo, nació la inviolabilidad de su persona y de todos sus derechos civiles, que figuran en primera línea en todos los códigos de los legisladores cristianos. El derecho de vida y muerte, que la ley pagana reconocía al marido sobre su mujer, que era su esclava, fue reemplazado por penas particulares, añadidas á las penas del homicidio, contra el marido que osase matar á su mujer, que se consideraba ya como su compañera. Vuelta á su condición primitiva de persona social, su dote constituyó una propiedad suya, confiada al marido como un depósito inalienable y sagrado, y esto además de

los derechos, cuya posesión se le dio, de adquirir por testamento, por donación ó por contrato, de poseer y de testar, derechos de que la jurisprudencia pagana la consideró incapaz.

De modo que la igualdad de la mujer y el marido, lo mismo que la igualdad de los ciudadanos ante la ley, que se dice ser una conquista de la *revolución*, no es en realidad mas que un pensamiento cristiano; no es mas que un efecto del espíritu del cristianismo, que, donde quiera que penetra, tiende á nivelar á los hombres y á hacerlos iguales entre sí, como lo son ante Dios, no por medio de cambios repentinos ó de conmociones violentas, sino por su acción lenta, secreta, equitativa y pacífica.

Lo mismo sucede respecto á la libertad. El hombre que no ve en otro hombre mas que el hombre mismo, no le estima ni le respeta: por el contrario, le menosprecia, procura explotarle, esclavizarle y convertirle en *cosa*, en *instrumento* de pasiones. La libertad del hombre no ha salido ni saldrá jamás del entendimiento del hombre puramente hombre, y menos todavía de su corazón. El hombre no comienza á ser estimado y respetado, ni sus derechos á una personalidad honrosa, libre é independiente de toda arbitrariedad humana comienzan á ser reconocidos, apreciados y garantidos, sino desde el momento en que se divisa en el hombre algo de divino y de sagrado, desde el momento en que se ve en él una imagen de Dios, un hijo de Dios. Esto es lo que hace el cristianismo; y por consiguiente, la misma libertad civil no es otra cosa que una inspiración cristiana, no es otra cosa que un pensamiento emanado de la inteligencia y del corazón del mismo Dios, que desciende á la inteligencia y al corazón del hombre, inspirándole el respeto al hombre cuyo ejemplo lo da el mismo Dios, porque se dice que Dios dispone del hombre con el mayor respeto. (Sab.) Por medios suaves y pacíficos, sin violencia y sin ruido, y

sólo por la influencia de su espíritu y la unción de su gracia, tiende el cristianismo á emancipar al hombre, no sólo del yugo de Satanás y del pecado, sino también del yugo del hombre; no sólo bajo el punto de vista religioso, sino también bajo el punto de vista civil y político; así es que él, y sólo él, ha abolido en los pueblos que lo han abrazado, el despotismo, tal como se practica en los pueblos paganos: el despotismo del soberano, lo mismo que el del señor, el del padre y el del esposo, y ha condenado la explotación de los pueblos, la esclavitud, el infanticidio, y sobre todo, la esclavitud de la mujer. De modo que, así como es imposible que nadie sea libre, y la mujer menos que todos, en los pueblos paganos, así también es imposible que nadie permanezca por mucho tiempo esclavo, y la mujer menos que cualquier otro sér humano, en los pueblos cristianos.

Tales son del matrimonio, las ventajas y los deberes.

§ VII.—*Un día feliz.*

Dios que había inspirado semejante petición, benignamente la despachó. Asegúrase que en el mismo punto tuvo Ana revelación del feliz despacho, y que también le fue revelado á Joaquín por el ministerio de un Ángel. Lo cierto es que pocos días después se vio libre de la ignominia de su esterilidad. Llenóse el cielo de admiración y de alegría viendo en la tierra aquella dichosísima criatura concebida sin pecado, y más agradable á los ojos de Dios en el primer instante de su Concepción, que todo los santos juntos en el último momento de su vida. Y si en el instante que San Juan fue santificado en el vientre de su madre, resaltó tanto en Santa Isabel la santidad del hijo, fácilmente se dejan discurrir los tesoros de bendiciones y la abundancia de gracias que la santísima Virgen mereció para su Santa Madre en

el primer instante de su Concepción. Siendo depositaria de este precioso tesoro por espacio de nueve meses, ¡de cuántos favores celestiales sería enriquecida Santa Ana! ¡Qué luces sobrenaturales no la iluminarían! ¡Qué fervorosos afectos no inflamarían su corazón mientras llevaba en su vientre á la que en el suyo había de llevar al Salvador del mundo! Desde entonces fue la vida de Santa Ana una contemplación continua, y su conversación únicamente en el cielo: desde entonces inundaron su alma aquellos torrentes de consuelos espirituales, que son como la prueba de los gozos de la gloria.

Así premia Dios la fiel y firme esperanza: así después de la borrasca, viene la calma, después de la guerra viene la paz: así después de la pena, de la amargura y de los suspiros y lágrimas, vienen la alegría y el gozo, la calma y la felicidad. No desconfiemos jamás.

El nacimiento de la bienaventurada hija fue el colmo de este gozo; comunicóse á la familia la alegría del cielo, y fue como presagio de lo que aquella niña había de ser. Si el árbol se conoce por sus frutos, exclamaba San Juan Damasceno: ¡“qué concepto no debemos formar de vuestra inocencia y de vuestra sublime virtud, oh gloriosos esposos Joaquín y Ana! Era preciso que la santidad de vuestra vida correspondiese á la santidad de la Hija que disteis á luz, y que había de ser Madre del Santo de los Santos. Porque siendo vuestra vida pura, inocente y ejemplar, tuvisteis la dicha de engendrar al tesoro de la virginidad.” (Dorat 1 de Beat. Virg. Nat.)

Fáciles son de comprender los desvelos, la solitud y la ternura con que criaría Santa Ana á su querida hija; bien presto conoció que la gracia nada había dejado que hacer á la educación. Aquel entendimiento iluminado con las más puras y más penetrantes luces; aquel corazón dulce, humilde, dócil, formado para la más elevada santidad; aquella alma

que por singularísimo privilegio no había contraído ni aun el pecado original, común á todos los hombres, con todo el conjunto de prendas y de gracias que se unían en aquella purísima criatura, ¿cómo podrían menos de ser las delicias de su dichosa madre? ¡No es posible reflexionar sobre este delicioso cuadro, sin experimentar un dulce deliquio!

Madame Kauffmann se había inspirado en este bellissimo ideal, cuando en una de las sublimes concepciones de su ardiente imaginación que con tanta gracia como exactitud y belleza sabía expresar con el pincel, nos legó toda una historia en un magnífico grupo.

En un bosque, no lejos de una pequeña casa de campo, al pie de un corpulento árbol, se ve sentada á la bienaventurada Santa Ana con el huso en la mano derecha y un poco de lana en la izquierda en actitud de hilar; á su frente está la santísima niña vestida de blanco con el cabello suelto, recogiendo con la mano izquierda su vestidura, mientras que con la derecha inclina su regadera en actitud de regar una bellissima azucena: detrás del árbol como quien espía, aparece San Joaquín con un semblante radiante de gozo, contemplando extático á la encantadora Hija y á la hermosa Madre. Un rayo de luz que se desprende de lo alto y que blandamente ilumina la cabeza de la Madre y de la Hija, completa la escena más poética y fascinadora. Este cuadro está reproducido en mosaico en la Basílica de Loreto, en la capilla dedicada á la Santa, en su altar mayor.

OCTAVA LECTURA

LA MUJER VIUDA.

VIVIR en una época y no participar de las ideas de la época, sería lo mismo que repetir el portento

que presenciaron los habitantes de Babilonia en los tres jóvenes que estuvieron en un horno ardiendo, sin lesión ninguna, en tiempo del rey Nabucodonosor. Y es que nuestro corazón, delicada planta que vive bajo la influencia de la atmósfera que la rodea, debiendo alimentarse con las gotas del rocío de la gracia que se desprenden del cielo para él, se alimenta con las inspiraciones del placer, del deleite y de los bienes que el tiempo destruye y el viento disipa. Y es que nuestro entendimiento, terso espejo donde se debía reflejar la pura imagen de la virtud, generalmente refleja la ilusión y encanto de los objetos terrenos. Y es que todo nuestro sér que fue formado para Dios, se ha separado de su senda legítima. Como el cristianismo y sólo el cristianismo puede contener al hombre en los legítimos límites del honor, del deber y de la virtud, por esto es que él y nada más que él puede efectuar, en sus verdaderos seguidores, este portentoso fenómeno.

Las doctrinas materialistas que desde la renacimiento hasta nuestros días han desarrollado de una manera prodigiosa en todas las clases sociales, de tal manera han materializado al hombre, que hoy día, casi no somos más que hombres de número, del tanto por ciento: todo se ha convertido en plata y en oro y el presente siglo se debe llamar, con verdad, el “siglo de los metales” y no como le llaman el siglo de las luces, pues con este nombre sólo se le puede llamar por ironía.

Desde el siglo diez y seis, habiendo invadido el paganismo la instrucción, sólo se ha pensado en hacer del hombre un sér rebelado contra su Dios, rebelándole contra el poder eclesiástico, y contra el poder civil, derribando los tronos. Bajo el pretexto de emancipar el Estado del yugo de la Iglesia, se ha querido arrojar del Estado el principio cristiano, y reemplazarlo con el principio pagano. Por esto se ha querido formar la religión con la mitología, la política con la

historia griega y romana, y las leyes con Maquiavelo. Y como el principio cristiano sólo estaba representado en el Estado por el Sacerdote, y sostenido por la mujer, se ha intimado bruscamente al Sacerdote que se retire á la sacristía, y se ha encerrado á la mujer en la sala ó en el retrete, á pesar de hacerle grandes cortesías, pero sin dejarla salir, á no ser que sea para ir al baile ó al teatro. Mas como lo prueba la experiencia diaria, en lo mismo en que se peca, en lo mismo se recibe el castigo y que ninguno cosecha sino lo que ha sembrado, de tales principios se ha seguido que paganizando la instrucción, se ha paganizado la sociedad y por consiguiente el poder; que retirando al Sacerdote cristiano, el protestantismo le ha reemplazado; y que encerrando á la mujer, con toda libertad y sin freno ninguno, se desmoraliza á los pueblos: pero desmoralizar á los pueblos, encerrar á la mujer y retirar al Sacerdote, no es más que arrojar á la sociedad entera en un abismo de males estableciendo la rebelión bajo todo concepto, bajo todos sentidos. Y como ésta y no otra es la conducta que se observa, ya no se puede vivir sin rebelión y sin guerra: rebelión y guerra contra virtud, piedad, instrucción y religión de la mujer: rebelión y guerra contra el Sacerdote y contra el poder eclesiástico: rebelión y guerra contra el Estado: la guerra y la rebelión en todo y por todo. Ahora mismo que escribo estas líneas ya se oye ese ruido aterrador de la desoladora guerra, y los desgraciados pueblos del Salvador y de Guatemala se preparan para absorber á grandes tragos la amarga copa que la muerte les ofrece con su descarnada mano. ¡Oh situación! ¡Siempre zozobras: siempre temores: siempre malestar: siempre guerras civiles: siempre guerras fratricidas: siempre sangre: siempre muerte! ¡Hasta cuando verán su fin tan desgraciados como funestos males!

¡No he podido menos que contagiarme de las ideas de la época! Mas protesto con todas las fuer-

zas de mi alma, como siempre he protestado, contra todas las ideas extraviadas y contra todos los errores de la época: sigo la doctrina de la Iglesia católica, apostólica y romana, apruebo todo lo que ella aprueba y condeno todo lo que ella condena. En este sentido puedo asegurar que no me he contagiado de la época, ni lo permita Dios nuestro Señor. El contagio de que he hecho mención, consiste sólo en las cuatro palabras que he puesto sobre actualidad, contra mi costumbre, pues jamás me gusta ocupar mi tiempo en esta materia. Si las he puesto, ha sido sólo con el objeto de que me sirvan de introducción, pues es claro que tratando de la mujer, considerada como viuda, no se puede hacer á un lado la idea de la guerra, azote terrible, que es el que más viudas produce, y como mi objeto es ilustrar á la mujer y por medio de ella moralizar á los pueblos y por la moralización establecer y consolidar el gobierno civil y el gobierno eclesiástico, no se debe extrañar semejante digresión. Esto supuesto, entro en materia.

San Gerónimo, absorto por sus grandes trabajos en la versión y en los comentarios de los libros santos; distraído por sus combates diarios con los herejes, y por las consultas que, como el oráculo viviente del mundo cristiano, se le hacían de las tres partes del globo, supo encontrar el tiempo suficiente para dejarnos los más hermosos y agraciados cuadros sobre los diversos estados en que la mujer se puede encontrar. Según su mente, no hay tiempo más bien empleado, ni trabajo más provechoso, que el que se emplea en instruir, perfeccionar y hacer que la mujer sea eminentemente cristiana. 'A este admirable genio debemos estas bellísimas palabras, donde la poesía y la exactitud se disputan la preferencia: *La pálida violeta de la viudez se enlaza admirablemente con la cándida azucena de la virginidad y las rosas del martirio cristiano.* Y es por-

que la Santa viudedad es una segunda virginidad, y muchas veces, bajo cierto aspecto, es dice San Ambrosio, aun más meritoria que la virginidad misma, porque la castidad de la viuda es más laboriosa que la de la virgen. *Laboriosas castitas*. La tímida virgen, con sus mejillas encendidas y sus ojos bajos por el santo pudor, como una brillante luz si se la expone al viento libre, lleva peligro de ser apagada, ó al menos de ser precipitada en su mismo combustible: no así la santa viudedad. Ella con la prudencia y el valor de los años, con su vestido de luto, se puede presentar en todas partes y hablar con franqueza: la posición que ocupa en la sociedad le libra sus garantías, y la expedición para ejecutar el bien la acompaña por todas partes. Las vírgenes la buscan y solicitan y bajo su sombra benéfica no tienen peligro: en el corazón de la viuda se depositan los secretos y las grandes confianzas: el casado la consulta; la elección de estado se pone en sus manos; el anciano la oye con gusto; la sociedad la respeta; el Sacerdote la constituye su auxiliadora y él mismo Jesucristo la escoge como á un apóstol. Bella, encantadora, es la azucena, mas su aroma tan luégo como se marchita se extingue y de su belleza no queda más que un triste recuerdo; no así la violeta, su color pálido no muere y si muere en su muerte su aroma se fortifica y se perfecciona, y seca ó fresca, siempre es un magnífico fondo, donde realza la belleza de la azucena. Si el martirio es una rosa tan hermosa como aromática, su existencia es de poca duración; no así la santa viudedad porque ella misma es un prolongado martirio. De este género de martirio nos habla San Ambrosio cuando nos dice: *En el secreto de las paredes domésticas, diariamente se efectúa un martirio, sin ruido ni publicidad: es el martirio del alma, que muchas veces es más cruel y más terrible que el del corazón*. La viuda tiene sus amarguras, la viuda come el pan de las lágrimas: la

viuda ha perdido sus ilusiones y encantos, y muerta al placer viviendo aún, oculta su vida en Cristo Jesús, en Dios y con el apóstol puede exclamar: de hoy en adelante, yo no seré mas que *el buen olor de Jesús*. Pensó pues muy bien y dijo con mucha propiedad San Gerónimo, que perfectamente se enlazan con la violeta, la azucena y la rosa.

Yo me complazco en contemplar á la viuda, veo en ella no sé que de simpático y agraciado: y si he de hablar con propiedad, veo y leo en la viuda algo de misterioso, que habla á mi corazón de una manera muy elocuente. A la cabecera de la cama de su moribundo esposo, su presencia es imponente; mientras que solícita y cuidadosa agota cuanto recurso, tiene disponible su amante corazón, para aliviar las penas y dolores, la desolación y tristeza del objeto á quienes tanto ha amado, reprime los profundos suspiros que quisieran salir de la habitación de su pecho, y si las abundantes lágrimas no corren con libertad, es porque una fuerza oculta la sabe sostener: disimula sus lágrimas y si les concede alguna expansión lo hace retirándose de su esposo para no atormentarle más. Con el dolor más acerbo, firme y constante, como la fé y la esperanza, entre sus brazos exhala su esposo, su última aspiración; y aquella frente cubierta de un sudor frío, se ve regada con un torrente de lágrimas. ¡Ay quién cierra esos apagados ojos! ¡Quién cierra esa boca lívida de la cual la palabra ha huído! Las finas manos de la mujer ejecutan estos oficios: ellas arreglan esos mortales despojos: ellas los cubren de flores: ellas los riegan sobre el sepulcro: ellas los reunen y formando melancólicas guirnaldas y flexibles palmas los suspenden sobre los bordes de la mansión de la muerte: ellas en fin velarán por su honor y guardarán su memoria con el más profundo respeto. ¡Qué martirio! ¡Qué poesía!

Si en semejantes casos se notan algunos ras-

gos de vehemencia y desesperación, no deben ser reprendidos: es la naturaleza que así se externa y que en sus lejítimas manifestaciones no puede ser coartada. Mas dejad que pasen los primeros momentos, dejad que se calmen las impresiones primeras y entonces veréis lo que hay en la realidad. Veréis la noble expresión de la razón, de la religión, que habla en la viuda y por la viuda.

La abnegación que acompañó á la mujer durante su matrimonio: la abnegación que la asistió en la enfermedad y en la muerte de su esposo, desde ese día será su compañera inseparable durante lo que le reste de vida

Aun cuando los individuos de mi sexo se resientan de ello, lo he de decir con franqueza: el hombre nada entiende de abnegación. La abnegación es la ciencia particular, el sentimiento, la necesidad propia de la mujer. En efecto, Dios crió á la mujer para que ayudase al hombre: y ayudar, para el sér inteligente, es someterse á la voluntad ajena. Siendo, pues, la abnegación, según los desig-nios de Dios, el destino especial de la mujer, á la mujer en particular es á quien ha dado Dios la inteligencia, el instinto y la habilidad de practicarla. El hombre debe también someterse, y en efecto el será sumiso si es cristiano. Pero la sumisión en el hombre tiene algo de ruda, de exagerada y de desagradable, que se parece algo á la fuerza; en efecto, parece que en el hombre la sumisión misma no es otra cosa que la dominación. Por el contrario, en la mujer la sumisión tiene algo de delicado, de exquisito y de encantador, que se parece mucho á la gracia. No parece sino que en la mujer aun la dominacion misma no es otra cosa que la sumisión. Semejante á la acción de la gracia de Dios, que es su origen, la sumisión de la mujer atrae cediendo, y arrastra acariciando; domina, pero sin violentar; obtiene los resultados de la

fuerza, pero con las armas de la dulzura y de la suavidad.

Libre la mujer de la ley del marido queda expedida para la educación de los hijos, si le han quedado; para las cosas que son del servicio de Dios. Según el Apóstol San Pablo, debe contentarse con las vestiduras de la viudedad, abstenerse de las diversiones, de los pasatiempos y entretenciones: debe ser constante en la oración y en la meditación; entregarse á la lectura de los libros santos. Su tiempo debe dividirlo en el bien de la familia y en su aprovechamiento espiritual, no olvidando que debe ser útil á la sociedad después de serlo y siéndolo á su propia familia; porque escrito está: *Que el que no cuida del buen gobierno de su familia, falta á la fe y es peor que un pagano.* Por tanto su principal cuidado ha de ser educar á sus hijos y enseñarles con la palabra y más particularmente con el ejemplo, el camino de la salvación: debe enseñarles la obediencia y respeto con los que, ademas de los naturales, deben ser contados en el número de los padres: el amor y respeto á sus semejantes: la observancia de la ley santa del Señor y los preceptos de nuestra Madre la Santa Iglesia. Con su buen ejemplo, con sus consejos y exhortaciones, debe procurar que la paz reine en las familias; que se destruya el desgraciado vicio de la murmuración y la calumnia, que se destruyan los odios y las enemistades, que se respete la ajena propiedad, y en una palabra: que Dios sea amado, honrado y respetado de todos y que la Iglesia sea acatada, obedecida y reverenciada. Esta clase de viudas, son las que deben ser honradas y respetadas, como lo manda el Apóstol, cuando dice: *Viudas honora.....*

Siguiendo la costumbre de la Iglesia, debemos contar en el número de las viudas, á la mujer penitente; ó como la llama San Ambrosio. *Virgen caída.* Pues aunque en realidad no le corresponde el

nombre de viuda, tiene cierta relación y analogía con este noble estado. Mas como el número de vírgenes caídas ó mujeres arrepentidas, entre nosotros, es tan abundante, que hasta nos causa pudor el decirlo, me he propuesto dedicarles unas cuantas palabras en mi última lectura. Dejémoslas, pues, y concluyamos la que hemos tratado hasta el presente.

Mas ¡oh desgracia! son tan raras las verdaderas viudas que ya se puede preguntar con el sabio: *¿Quién encontrará esta mujer fuerte?* Viudas que vuelvan á los quince años, no por sus gracias y hermosura, sino por sus pretensiones y por la vida disipada que observan, se ven con arta frecuencia. Viudas que olviden la grata memoria de sus esposos y deshonren sus huesos; que bajo el negro ropaje, que sólo llevan por compromiso y por no ser el blanco de las conversaciones y de la crítica de los parientes y amigos y de los conocidos, pero que en lo interior y en realidad de verdad detestan todas estas cosas, las vemos por todas partes: y estas viudas son la peor enfermedad de la sociedad, el escándalo de las gentes, la destrucción de la familia y el peor y más funesto azote para los hijos; semejantes viudas más valiera que no lo fuesen: esto es tan frecuente que más no puede ser. De ellas, pues, no se reporta ninguna utilidad, sino muchísimos daños. La Iglesia misma que es tan benigna, no ha podido ver con indiferencia á esta clase de viudas y ha sido tal su celo, que al hombre que se enlaza con una de ellas, le ha señalado con irregularidad, para el caso de que desee recibir el Sacramento del Orden, llamándole: *Bigamo*, aunque sea su mujer primera.

Dadme viudas virtuosas; dadme viudas tales como las describe el Apóstol, y la Iglesia las busca y apetece; dadme viudas que merezcan el honor y la gloria y yo os daré una generación bendecida. Pues si Horacio ha dicho, siendo pagano: *Los fuertes y los buenos nacen de los fuertes y de los buenos*, la Escri-

tura, muchos siglos antes que él, tiene afirmado:
La generación de los hombres rectos será bendecida.

¡Oh Dios mio! ¡Benedicid á las santas viudas y
aumentad su glorioso número!

§ VIII.—*El tributo de la Humildad.*

Nada hay estable sobre la tierra, y cual las olas de un rio, la diversidad de acontecimientos y de posiciones de que consta la vida, pasan con igual rapidez y de su existencia no dejan mas que un recuerdo, una triste memoria. La máxima, *cada día muero*, del profeta David, es una verdad de actualidad para cada uno de nosotros. ¿Dónde está nuestra infancia? Murió. ¿Dónde nuestra juventud? También murió. ¿Dónde están nuestras afecciones, dónde nuestras ilusiones? Murieron. Sí, todo ha muerto, y este mismo presente hoy palpitante de vida, sin duda que morirá. Pero aunque igualmente mueran la felicidad y la desgracia, el placer y el dolor, yo no sé que tienen las cosas adversas respecto al tiempo en que deben morir; siempre se sienten más prolongadas y de una duración insufrible. Por el contrario, la felicidad y el placer siempre son breves y su duración por mucha que sea siempre parece un instante. Es por demás: la vida siempre debe ser un prolongado martirio, una muerte viviente. Así sucedía á la venturosa madre de María.

Apenas había pasado la memoria de la esterilidad; apenas se había borrado la idea funesta de la afrenta é ignominia, cuando nuevas penas y amarguras nuevas se presentan. Tres años de felicidad y de gloria que habían pasado, como el día de ayer, como los agraciados crepúsculos de la tarde que preceden á la oscura noche, causaban un tormento indecible á estos amantes padres. En el fervor entusiasta de su plegaria, Ana había ofrecido que el fruto de bendición que el cielo le concediese le ofrecería á Dios

en el servicio del templo. Joaquín, según se cree, había confirmado el mismo compromiso, y este voto sagrado con que se encontraban ligados los dos favorecidos ancianos, instando á su cumplimiento, ya se hacía sentir con todo su peso, con toda su amargura y con todas las consecuencias que le debían seguir. ¡Qué compromiso! Qué pena, qué tormento, qué amargura! ¡Cómo privarse estos consortes de la luz de sus ojos tocando ya los bordes del frío sepulcro! Separarse de su hermosísima y agraciadísima hija: carecer de su sonrisa, de sus caricias, de sus inocentes recreaciones y de los encantos de su presencia: ¡qué imposible! No estrechar entre sus brazos á su amada hija y sentir en sus agitados corazones las tranquilas pulsaciones del inocente de su hija: no escuchar la suavidad de su voz argentina: ¡qué amargo! ¿Sobre qué frente imprimirán el beso paternal? ¿Quién en retorno con sus labios de rosa corresponderá este amoroso beso sobre sus rugosas mejillas? ¡Ah! la azucena regada por las manos virginales, se secará: el mirto ya no dará sus flores, el lirio se marchitará y la rosa aún en botón, sobre su tallo se inclinará: Joaquín y Ana bajarán al sepulcro. Pero si la niña no cuenta mas que sólo tres años de edad y por lo mismo es cuando mas necesita del apoyo de sus padres, de sus caricias y de sus esmeros: ¿por qué no retardar el cumplimiento del voto? Si ellos no pueden vivir sin la presencia de su hija, y si según su edad, ya no pueden por mucho tiempo existir: ¿por qué precipitar las cosas, violentar el martirio y precisarse para bajar al sepulcro? Así pensaría la sabiduría humana, así hablaría la prudencia de la carne. Mas no pensaron, ni hablaron de esta manera la sabiduría y la prudencia divina; pues como afirma San Ambrosio: *La gracia del Espíritu Santo no conoce ni comprende la tardanza, ni la negligencia de ningun género.* Con el corazón partido de dolor, los ojos arrasados de lágrimas, entre suspiros y sollo-

zos, con más amargura y dolor que Abraham cuando sube al monte Moria donde debía sacrificar á su hijo Isaac, ellos mismos conducen á su amada Hija al templo de Jerusalem, cuya posición geográfica es inmediata al mismo monte que Abraham regara con sus lágrimas é hiciera estremecer con sus tristes ayes y prolongados lamentos; y entregándosela al sacerdote, fue consagrada á Dios aquella criatura que tan singularmente había nacido sólo para él. Jamás se había ofrecido en el templo ofrenda tan preciosa ni víctima tan pura.

Fue desde luégo recibida la santísima Niña para el ministerio del templo, y colocada entre las vírgenes y las viudas que vivían dentro ó inmediatas al templo en un cuarto separado, para servir en sus correspondientes oficios bajo las órdenes é inspección de los sacerdotes.

No pudiendo Santa Ana y San Joaquín alejarse de una Hija tan querida, que era todo su consuelo, se vinieron á vivir á Jerusalem en una casa cercana al mismo templo. San Joaquín sobrevivió poco al sacrificio que habían hecho de su Hija, y se dice que pocos días después murió dulcemente entre los brazos de Señora Santa Ana, lleno de días y merecimientos, á los ochenta años de su edad.

Ponderar los esmeros y exquisitos cuidados con que el venerable anciano fue asistido por su santa esposa en sus últimos días, es por demás. Que las bondadosas manos que le habían servido con tanto amor como esmero, cerrarían sus ojos después de muerto y sobre su tumba pondrían la primera corona y la palma primera, es innegable. Que el dolor y el más profundo pesar traspasaron el corazón de la amante esposa y sus irremediables lágrimas humedecieron la sepulcral tierra; no admite ninguna duda. Pero al mismo tiempo; qué calma, qué resignación, qué conformidad con la santísima voluntad de Dios! ¡Nada de gritos, nada de lamentos, de contorsiones y exce-

sos! La palabra del patriarca de Hus, *Dios me lo dio, Dios me lo quitó, sea por todo bendito*, era la que se repetía por los labios de la santa viuda.

Aunque no refiere la historia los pormenores de la manera de vivir, que nuestra santa observó durante su estado de viudez, dice lo bastante para nuestra instrucción y edificación.

NOVENA LECTURA

LA VIRGEN CAÍDA Y LA MUJER PIAFOSA.

PONIENDO al frente de esta última lectura la simpática palabra virgen, con el aditamento de caída, se podía creer que trataríamos de la mujer primera á quien convienen con toda propiedad las referidas palabras; pues ella fue la única que siendo virgen y virgen en un todo singular, por su desobediencia á la ley de su Dios, voluntaria y espontáneamente, se dejó caer, se derribó, de ese magnífico pedestal en que fuera colocada, y de esta manera, caída, sin dejar de ser virgen, es en realidad, la virgen caída. Mas este fenómeno único en la historia de la humanidad, no será nuestro objeto, es otra clase de vírgenes caídas de las que ahora debemos tratar.

Bajo la influencia de los climas intertropicales, donde reina una constante primavera, y donde los frutos y las flores se unen y enlazan con los vínculos más estrechos de amistad y de amor, la especie humana crece y desarrolla de la manera más activa y precoz: cual vistosa y agraciada mariposa, apenas salida del sueño de inmóvil crisálida, sólo tiene tiempo para lucir sus vivos colores por las regiones atmosféricas volando inconstantemente, posar por un rato en las verdes praderas cubiertas de flores dando por

resultado los más caprichosos matices, y de buscar durante los ardores del sol de medio día, una jugosa planta, un arbusto lleno de vida, ó un vistoso retoño donde perpetuar su memoria por la conservación de su especie.

La misteriosa escala del progreso que tocando por el un extremo en la tierra con el otro penetra hasta el cielo y eternamente posa en el trono de Dios, de donde viene y á donde va todo progreso; es el blanco de las tendencias y aspiraciones de toda la humanidad; y las naciones todas hacen los más grandes esfuerzos por avanzar y tocar con su mano el último término, el último escalón. Cuál de las naciones civilizadas va á la vanguardia, no es éste el lugar de decirlo: cuál de ellas reúne las mayores probabilidades de conseguirlo, no es éste el lugar de ventilarlo: que necesariamente deben tener algún orden de preeminencia en su posición, es inconcuso; porque la escala en su latitud no guarda proporción con su longitud; dos naciones no la pueden subir á la par: que no es posible permanecer estacionariamente en un mismo puesto, es un hecho fuera de toda duda; porque la fuerza impulsiva desde el arranque hasta el medio y del medio hasta el fin, siempre es la misma y no admite la menor debilidad: si las naciones no quieren subir, esta fuerza las impele y no las puede abandonar si no es que se desprendan y por el mismo hecho se arrojen en el abismo: que Centro-América es, ó puede ser una nación de alta importancia, y que por su situación geográfica está llamada al desempeño de un interesante papel, en la noble emulación progresiva, es manifiesto; no puede ser la excepción de esa ley metafísicamente universal. Mas ¡oh desgracia! á pesar de sus elementos, se encuentra sumamente atrasada, y si sube algunos escalones es con gran trabajo y fatiga. La educación está sumamente descuidada y la poca que se da aun no se atreve á salir de la infancia de la antigua. Sobre todo, la educación de la mu-

jer no sólo está descuidada sino abandonada: este es el gran pecado capital de la actualidad y á consecuencia de este crimen de lesa sociedad, la mujer no comprende sus deberes ni sus obligaciones, no se sabe respetar, ni apreciar el lugar que debe ocupar en toda sociedad que sea culta y civilizada. Pero como la mujer, aunque les pese á los hombres, es en toda sociedad, lo que el punto céntrico en una circunferencia dada, lo que es la raíz para el árbol, la fuente para el río, despreciando su ilustración y abandonando su enseñanza, sin pensarlo, se retrasa el progreso de la sociedad, y se la impele á que se arroje al abismo de la ignorancia, y de allí al salvajismo: mas esto no es subir; esto se llama bajar. ¡Hasta cuándo se conocerá la gran importancia de la mujer! ¡Hasta cuándo se comprenderá prácticamente que la educación, ilustración y civilización de la mujer es el único medio de hacer progresar á la sociedad!

Si á estos antecedentes agregamos la ignorancia en materia de religión, tendremos aun mayor seguridad de un consiguiente tan cierto que será irreformable. En efecto, si con ojos imparciales fijamos nuestra mirada sobre esta materia, no podremos menos que sorprendernos. Muy feliz será la mujer si le enseñan un poco de catecismo, que olvida apenas lo acaba de aprender, á deletrear algunos libros piadosos y algunas veces á decorarlos. Generalmente, la mujer carece del conocimiento histórico, del conocimiento racional y aun del conocimiento material del cristianismo: aprende en la infancia algunas oraciones, mas casi no comprende lo que ellas significan: asiste por costumbre á los actos de religión ó por evitar el que se note su descuido; mas no entiende los sagrados misterios, ni pudiendo saber el objeto y fin de los ritos y ceremonias en la celebración de los divinos oficios, no tiene gusto ni placer en nada de esto, ni es posible que reporte alguna utilidad. Como sucede muchas veces, ni su propio idioma com-

prende, y los celosos sacerdotes que hacen los mayores esfuerzos por instruir á sus pueblos por medio de la predicación, tienen la dura necesidad de emplear una locución baja y tal vez con barbarismos y solecismos, so pena de no ser entendidos. . . . ¡Qué fatalidad! ¡La educación, á principios del presente siglo, no obstante sus defectos, bajo el punto de vista religioso, era mayor!

Ahora bien: desarrollando la joven virgen, de una manera tan precoz, bajo la influencia benigna del clima; apareciendo en ella las señales de la pubertad antes que la razón haya desarrollado por completo; apareciendo y sintiendo el ardoroso fuego de las pasiones, cuando hay menos juicio y cuando la imaginación es más viva y exaltada; llena de gracias y de simpatías, cual bella flor acabada de reventar, la joven virgen sin conocimiento, sin juicio, ni reflexión, sin prudencia y con el vano deseo de agradar y parecer bien, como es muy natural, no hay duda que corre el más inminente peligro. El atraso en el progreso, que hace que los jóvenes mancebos sean más atrevidos y audaces, es un nuevo peligro: no siendo ni portándose como verdaderos caballeros, no respetan al bello sexo, cometen los mayores excesos y no hacen caso de las consideraciones sociales; tienen por lujo y por estilo de moda el galantear, y bajo este triste respecto se agotan las frases más halagüeñas, se emplean las mayores ofertas, se tienden todos los lazos, se usan todos los artificios, se hacen algunos sacrificios y se aparenta el más sincero amor, y bajo este puro y hermoso manto se ocultan los más perversos designios. ¡Pobre virgen! ¡inocente é incauta paloma! ¡cuántas asechanzas, cuántos lazos! Las victoriosas armas con que esta víctima se podría libertar y triunfar de sus galantes adversarios serían la instrucción, el pudor y la sólida religión: mas no teniendo instrucción ¿qué podrá hacer? Careciendo del necesario conocimiento de la religión que es el

que ennoblece á la joven, que le da á conocer sus deberes, su posición y la misión que está llamada á ejercer sobre la tierra ¿cómo podrá tener una verdadera idea del santo pudor, de ese pudor que tanto agracia y embellece á la virgen y que es como su ángel de guarda en los peligros, en las asechanzas y en los combates de las feas pasiones? ¿Cómo podrá tener vigor y esa santa firmeza de la virgen cristiana, cuando de tal no tiene mas que el nombre? ¡Pobre virgen! Pero tiene padres que velen por ella y la defiendan de semejantes peligros; mas ¡ay! son muchas las jóvenes que no tienen mas que madre, su padre no es conocido y ellas no tienen el placer de llevar su apellido, y esta madre que hace las veces de padre, si no ha podido educar, ó hacer que sus hijas se eduquen, por su pobreza y por sus demás circunstancias ¿cómo podrá defenderlas, cuidarlas y velar siempre por ellas? La que no comprende el peligro, y tal vez ella misma es una desgraciada víctima ¿qué podrá hacer por sus ignorantes é inexpertas hijas? Mas dado que tengan sus padres, siendo éstos tan escasos en sus conocimientos y sobre todo con casi ningún conocimiento de religión y muchas veces careciendo de temor de Dios ¿de qué podrán servir á sus hijas? ¡Pobre virgen! La embriaguez cada día toma mayor incremento y los jóvenes se entregan á este vicio desmoralizador por antonomasia, con un entusiasmo que asusta: mas del licor San Jerónimo ha dicho: *juventud y licor, son dos incendios, cuya llama es la lujuria*: y los jóvenes con esta ardiente y abrasadora llama ¿que podrán hacer? Si la llama natural no existe sin combustible y el que llega á caer bajo su dominio lo destruye y consume ¿qué harán los jóvenes agitados por esta llama? ¡Pobre virgen!

En fin: ¡qué doloroso es decirlo! Este conjunto de enemigos luchando con esta pobre criatura que no se ha prevenido con las armas defensivas, y que,

semejante á la incauta y curiosa palomilla, se alucina con la beldad de la luz de una vela, tanto pasa sobre ella que al fin se chamusca, así y así á la virgen imprudente é incauta. ¡Cayó la virgen!

Y entre los arrebatos violentos que muchas veces se ven fuera del matrimonio y á despecho del matrimonio; entre esos arrebatos de una pasión ciega, se ha prostituído el nombre sagrado del amor: mas ¡ay! todo son, menos amor. El amor verdadero no es otra cosa, *que el gozo que siente el alma en la felicidad de otros.* El corazón sale en cierto modo de sí mismo para esparcirse sobre los demás, y hace de la felicidad de otros su propia felicidad; y de aquí nace la abnegación, que es una consecuencia necesaria y una prueba de él. Mas en el corazón de un joven y en el corazón de una virgen que aman fuera de las leyes del pudor, nada hay semejante á esto. Desde el momento del desgraciado triunfo, el hombre será un *tirano*, un *verdugo*, que ha sacrificado á una incauta é imprudente víctima; y la virgen con una horrible herida sobre su frente, podrá sanar, es verdad, mas para siempre llevará la cicatriz y ante todos presentará la señal de su *afrenta é ignominia.*

¡Oh desventurada criatura! ¡Habéis imitado á María Egipcíaca y á Margarita de Cortona! Pues bien: ahora recuerdo las célebres palabras que el gran San Ambrosio dijo á Constantino, en la catedral de Milán, después de la matanza de Tesalónica, cuando queriendo entrar en el templo se le impidió, y alegando que David había sido delincuente y que no obstante no se le había hecho igual prohibición, oyó: es verdad; *pero si le habéis seguido delincuente seguidle penitente:* así estas infelices criaturas. Si habéis imitado á María Egipciana en su vida de prostitución y á Margarita de Cortona en los doce años que vivió en pública malversación; imitadlas en la reforma de vida, en la penitencia y en la santidad.

Estos ejemplares se ponen á vuestra vista para que no desconfiéis: con la gracia de Dios podréis lo que ellas pudieron. La reforma de vuestra vida no es imposible y puesto que Dios os llama, no os hagáis sordas, él os dará todos los auxilios necesarios: y una vez reformadas, una vez penitentes, desempeñaréis la gran misión á que el mismo Dios os tiene designadas para bien de vuestras almas, utilidad de la Religión, de la Iglesia y de la sociedad.

Cuando una joven de éstas se haya convertido, la Iglesia, y por medio de ella Jesucristo, la estrechará entre sus maternales brazos y la contará entre las violetas que junto con los lirios y las rosas formarán su corona. Esta mujer entrará en la senda de la virtud y perfección y adornándose con todas las virtudes cristianas dará principio al buen desempeño de su misión moralizadora. Desengañémonos, nunca la mujer es más importante que cuando es verdaderamente piadosa; entonces desarrolla todas sus bellas cualidades y nada le es comparable.

Si queréis convencersos más y más de que la sensibilidad del corazón, la ternura, el amor y la caridad se hallan en la mujer en razón directa de su piedad, estudiadla en el seno de la familia, donde ella ejerce su principal influencia, y veréis que la esposa más amante de su marido es la que es más piadosa, que la madre más amante de sus hijos es la que es más virtuosa; que la hermana que ama á sus hermanos con un amor sin límites, y que la tía que ama á sus sobrinos más que si fuesen sus hijos, es la que ha renunciado al matrimonio para vivir entregada á la piedad. Estas piadosas criaturas son las que tienen para con la familia una sensibilidad exquisita, y se imponen las mayores privaciones para hacer su felicidad. Con su palabra y con su ejemplo, edifican el santo hogar, hacen germinar las puras doctrinas: con industriosa gracia, evitan para los suyos el contagio funesto de los malos ejemplos;

con ojo previsor adivinan los males y con prudencia preparan los medios para preservarlos: con las caricias hacia los niños, se insinúan en las familias, toman parte en su educación, y cual en otro tiempo. San Vicente de Paul y San José Calazans, enseñándoles las primeras oraciones y los rudimentos de la religión, les aficionan á la obediencia á los superiores, al amor y respeto á las autoridades, al celo por el bien de los prójimos y á la defensa por los derechos de la Iglesia.

Por desgracia, en nuestro siglo y en nuestra sociedad la incredulidad, la impiedad y el indiferentismo, después de molestar hasta el fastidio con la palabra *fanatismo*, con esa palabra de moda, de buen gusto (desgraciado), y que ya era necesario que no la pronunciasen, porque es dar á la gente sensata repetidas dosis de tártaro ó de hipecacuana, nos vienen con estas otras palabras: *el catolicismo es la religión de las mujeres*; pero, en cierto sentido, este sarcasmo, de mal gusto, ó más bien esta estúpida blasfemia, contiene una grande verdad, porque el catolicismo es, en efecto, la única religión amiga y protectora de la mujer; la única religión que ha vengado, rehabilitado, emancipado y ennoblecido á la mujer; la única religión que ha aprovechado de una manera especial á las mujeres. El catolicismo rescató al hombre de una sola especie de esclavitud, de la esclavitud del pecado; mas en cuanto á vosotras, mujeres, os rescató de dos especies de esclavitudes: de la esclavitud del pecado, y de la esclavitud, no menos horrible del hombre, colocándoos bajo la protección inmediata de Dios. No os enfadéis, pues, ¡oh piadosas Señoras! de semejantes palabras, en lugar de injuriaros os alaban, y en ellas mismas encontráis vuestra mejor apología. Tendréis el gusto y el indecible placer de que la verdadera religión os pertenece: sí, os pertenece, esta religión pura, santa é inmaculada; esta religión que ha civili-

zado, civiliza y civilizará al mundo, aunque sea á pesar de vuestros adversarios: os pertenece esta religión que ha domado á los tiranos, que ha vencido á los perseguidores; esta religión á quien tanto deben la historia, las ciencias y las artes. . . .

Pero si esta religión os pertenece, amadla; practicad sus virtudes; estudiadla á fondo, y defendedla de sus adversarios que son los vuestrós. Atacar al catolicismo es atacar á la mujer: destruirlo es destruirlas. Vuestros intereses están ligados con los intereses del catolicismo, y el terreno que él pierda lo perderéis vosotras. Hoy que se conjuran contra esta religión santa todos los poderes humanos y se cumple lo que el profeta David ha dicho: *los Principes (los poderes) se han puesto de acuerdo para perseguir al Señor y para perseguir á su Cristo;* (salm. 2.-2.) es necesario estar alerta, y resistir con fortaleza. En efecto; la indiferencia religiosa de los gobiernos, la exclaustración de las Comunidades de religiosos y de religiosas, el destierro y expatriación de los Obispos y el Clero, las leyes contra la inmunidad eclesiástica, la plena libertad con que circulan los libros obscenos é impíos, el abuso de la prensa y la absoluta falta de libertad para defender los derechos é inmunidades eclesiásticas: ¿qué otra cosa son que el convenio de los poderes contra la religión sagrada? Pues bien, si tenéis gratitud y reconocimiento, si os respetáis y os amáis, si no queréis perder la elevada posición en que os encontráis, defended vuestra religión y no permitáis, ya no diré oficialmente, pero ni aun particularmente, el que sea desterrada; porque en cambio os vendrán las cadenas y el yugo.

Mujeres cristianas, mujeres católicas, verdaderas hijas de la Iglesia, oíd esto: la Iglesia, en un tiempo no muy lejano, podrá tener una necesidad especial de vosotras. Vosotras podréis ser llamadas en auxilio del cristianismo, expuesto á terribles pruebas, para salvarle y salvar á Centro-América. Pero

estad persuadidas de que no podréis cumplir esta misión, la más grande, la más honrosa y la más fructífera, después de la que fue confiada á los primeros Apóstoles, á menos que no seáis puras y eminentemente piadosas. Vuestro buen sentido y vuestro corazón os dirán lo demás. Seré muy premiado por este pequeño trabajo si os dignáis honrarme con vuestra atenta lectura.

§ IX. — *El seno de Abrahám.*

Libre de la ley del marido, como dice el apóstol, ya no pensó más que en ser toda para Dios y en hacerse cada vez más agradable á sus divinos ojos. Íntimamente convencida de que no es posible gozar de las caricias y de las recreaciones humanas, **sin perjuicio** de los gozos y delectaciones espirituales; **alejándose** en un todo del bullicio del mundo, **renunciando** á todo placer, abandonando toda relación, **toda distracción** y hasta la más inocente expansión, **con todo entusiasmo** buscaba á su Dios en el retiro del templo: ahí pasaba los días, y asistiendo con el más profundo recogimiento á los sacrificios de la mañana y la tarde, con el humo del incienso, el perfume de las víctimas y los melodiosos acentos de la salmodia sagrada, elevaba al cielo su corazón, abría sus labios y del profundo de su amante pecho se exalaba su ardiente plegaria. ¡Qué momentos, qué horas tan placenteras las que pasaba bajo el abrigo del templo! David con el arpa en la mano acompañándose en sus inspirados acentos, se olvidaba de las glorias de sus combates, de las aclamaciones de su pueblo y de las grandezas de su reino, y esta santa viuda, haciendo eto á su padre, entre las grandezas del templo que él no vió, se extasiaba y de tal manera se enardecía que se encumbraba hasta lo más elevado del cielo y se olvidaba hasta de que tenía cuerpo. Si alguna vez habéis experimentado la consolación espiritual y esos mo-

mentos de unción y devoción que Dios algunas veces concede á las almas que ama y que le aman, podréis conjeturar, aunque imperfectamente, lo que pasaría en el alma de esta admirable santa. Si el esclarecido patriarca San Francisco de Asis, pasaba los días enteros dulcemente encantado con estas sencillas palabras, legítima expresión de su elevado y seráfico espíritu: *¡Dios mío para mi eres todas las cosas!*: y si San Bernardo tiernamente se quejaba de la noche porque pasaba con tanta velocidad, pues en lo mejor de su meditación le sorprendían los rayos del sol, ¿qué sería en nuestro santa cuya inteligencia Dios ilustraba y cuyo corazón Dios encendía? ¿Qué sería de esta privilegiada criatura que en un todo le pertenecía; de esta criatura singularmente escogida para ser la madre de la madre de Dios hecho hombre? Si un afectuoso saludo que se dirija á María, basta, según San Bernardino de Sena, para que ella nos resalude en el cielo: *¡Qué gracias, qué dones no alcanzaría la que fue templo, por el espacio de nueve meses, de esa misteriosa Arca de la alianza que contendría al verdadero maná, al mismo Dios! ¡Quién podrá alcanzar la singularidad de los favores y de las gracias que obtendría la que estaba eternamente, predestinada para ser la digna abuela de Jesús!* ¡Ah! de este portento de la gracia se debe decir lo que dijo el apóstol San Pablo de su rapto hasta el tercer cielo: *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni la lengua puede expresar semejantes cosas.* Callémonos, pues, y que el religioso silencio respete semejantes misterios. Pero no callemos una de las circunstancias más excepcionales, que caracterizó el último período de la vida de nuestra Santa.

Creciendo su amada hija en sabiduría, en virtud y en todo género de perfecciones, al paso que iba creciendo en edad, con su estrecha é íntima comunicació ella también iba elevándose en la región de la perfección, como el afortunado árbol que vegeta en el

valle inmediato á la corriente del agua. Los dos corazones que animaba un mismo espíritu se entendían perfectamente, y la mirada ardiente de la venturosa madre sobre la frente pura de la inmaculada hija, y la mirada de la hija sobre la santa madre, formaban la locución de los espíritus y viviendo en el suelo se hablaban como se hablan los ángeles en el cielo. Y ¡cuántas veces de los encantos de estas sublimes locuciones y de la reciprocidad de estas insinuantes miradas, cual los cuerpos magnetizados, instantáneamente se atraían, y estrechándose entre sus brazos la madre y la hija, padecían los raptos y los suaves deliquios del más puro y ardiente amor! Sólo Dios sabe todo lo que pasaba por estas almas y puesto que El no quiso que se revelase, que nuestra pluma no exprese más congruencias ni congeturas.

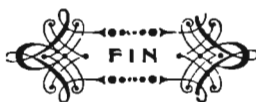
Este astro de santidad, este sol de excelentes virtudes, debía llegar á su ocaso para nacer á regiones más venturosas. La que había iluminado al mundo con el ejemplo y le había regocijado con su presencia, debía bajar al seno de Abraham para iluminarle y regocijarle con la nueva feliz de la no lejana aparición del Mesías. Aceptando, pues, con la calma y resignación del justo la noticia de la conclusión de sus días; abrasado su corazón en el incendio del amor divino; confortada con la presencia de su hija y entre sus puros brazos, entregó el alma á su criador á los setenta y nueve años de su edad...

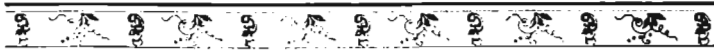
Su alma bendita acompañada de los santos ángeles, con presuroso vuelo abandonó el lugar de las lágrimas y entró al misterioso seno del padre de los creyentes, donde esperaban todos los justos del testamento antiguo la redención del mundo y por la redención la apertura del cielo hasta entonces cerrado. La aparición de esta verdadera israelita produjo en ese lugar el mismo efecto que la aurora al anunciar el día. ¡Qué de plácemes, qué de alegrías, qué de regocijos y de felicitaciones....

Los mortales despojos de ese magnífico templo donde había morado una alma tan pura, fueron colocados junto á su esposo San Joaquín Llama la iglesia *dulce sueño* á la muerte de Santa Ana, para dar á entender la tranquilidad con que espiró.

Muchos años después trasladaron los fieles sus reliquias á la iglesia del sepulcro de la santísima Virgen en el valle de Josafat, donde hoy se registra el de Señora Santa Ana en una capilla.

“La ciudad de Apt en Provenza, tan célebre por su antigüedad, y hecha colonia romana por Julio César, se gloria de poseer muchos años há el cuerpo de Santa Ana, que San Auspicio, su primer obispo, trajo de Oriente, y en el año de 772 trasladó á la Catedral el obispo Magnérico. El gran concurso de peregrinos á venerar su sepulcro, que trae de todas partes la devoción á esta gran Santa, y las singulares gracias que se reciben en él por su poderosa intercesión, acreditan visiblemente lo mucho que puede con Dios, y cuán grata le es la piedad de los que acuden á honrar reverentemente sus reliquias.” (P. Croisset en la vida).





NOVENA

DE LA GLORIOSA

SEÑORA SANTA ANA,

PARA PEDIR EL REMEDIO DE LAS NECESIDADES PÚBLICAS Y PRIVADAS; Y PRINCIPALMENTE PARA QUE LAS SEÑORAS SE PROPONGAN LA IMITACIÓN DE SUS HEROICAS VIRTUDES.

ACTO DE CONTRICION.

DIOS mío: ¿qué es lo que he hecho? Apartándome de la observancia de vuestras divinas leyes y de mis sagrados deberes, me he rebelado contra vos mismo. ¡Insensata! Entre el bullicio del mundo y el ruido de mis pasiones, yo me figuraba que vuestra vista era lejos de mí, que libremente podía ofenderos. Mas ¡ay! no era así: á donde quiera que dirigiera mis pasos, vos erais conmigo y en la imposibilidad de apartarme de vuestra presencia mi delito se agravaba, pues á la injuria de ofenderos se agrava el ser

delante de vuestros puros ojos. Semejantes crímenes hoy se agrupan en mi mente: su gravedad despedaza mi corazón y su multitud me asusta y espanta. Si pudiera huír, yo huyera: ¿pero á dónde? Dios mío: ¿qué hago? Dejadme para jamás: descargad sobre mí el azote de vuestra justicia, y entregadme al suplicio que bien merezco. Haced que los elementos se rebelen contra mí y que los hombres y aun las furias del averno descarguen sobre mí sus desapiadados golpes y sacien sus crueles venganzas. Alzad, sí, alzad vuestra mirada y que vuestros ojos no miren más á esta infeliz. Mas antes: ¿quién me formó y puso sobre mí su santa mano para conservarme? ¿Quién conoce mejor el barro de que fuí formada y la fragilidad que me es característica? Y sobre todo: ¿quién me llama en este instante; quién me inspira en este momento? Estos sentimientos vienen de vuestra misericordia y estos desengaños vienen de vuestro amor. El que afirmó que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva: el que dijo de la manera más terminante, que jamás podrá despreciar el corazón contrito y humillado: ¿qué otra cosa quiere que entienda, sino que me espera con los brazos abiertos? Lloro, pues, mis pecados con toda la amargura de mi alma, y puesto que vos me llamáis inspirándome tan consoladoras esperanzas, á vuestros piés, como en otro tiempo la Magdalena, siempre los lloraré, y mis lágrimas humedecerán mi pan y serán mi consuelo en la soledad de la noche. Ya no más placeres, ya no más pasatiempos y entretenciones: detesto todo lo que me aparte de mi único bien y acepto con toda voluntad cuanto con él me aproxime, junte y enlace. Señor, soy vuestra: ¿qué queréis que haga? Os ofrezco confesarme, enmendarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Mas como yo no merezco estas gracias, interpongo el poderoso valimiento de mi Potectora, de mi bondadosa Madre, Señora Santa

Ana. — Bajo semejante amparo y protección estoy cierta de que me oiréis y de que me habéis de dar todas las gracias que necesito, principalmente, la gracia final, y de esta manera sea vuestra por toda la eternidad. — Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

GLORIOSÍSIMA Señora Santa Ana, bello ideal de la omnipotencia del Padre, obra digna de la sabiduría del Hijo, y digno objeto de las complacencias del Espíritu Santo; yo te amo y me lleno de un santo entusiasmo al contemplar tus grandezas. ¿Qué lengua habrá que pueda expresar las gracias y singulares dones con que Dios se dignó enriquecer vuestra pura alma? ¿qué entendimiento habrá que pueda alcanzar hasta donde se eleva vuestra gloria con relación á vuestros merecimientos? Madre de la Santísima Virgen, sois el glorioso templo en que descansó la venturosa arca donde se ocultaba el maná de la gracia de la redención por espacio de nueve meses. Oh! santuario de la divina misericordia! Bajo el abrigo de vuestras bóvedas y en la soledad de vuestro reclinatorio se efectuó, por la previsión de los méritos del Redentor, el gran misterio, el misterio consolador de la Concepción inmaculada. Y semejantes gracias ¿no nos prueban lo mucho que Dios os amó? Y las admirables virtudes que ejercitasteis durante vuestra permanencia sobre la tierra: ¿no nos manifiestan vuestro ardiente amor hacia el Señor? Os felicito pues, por todas vuestras grandezas, y me felicito á mí misma; porque este es un nuevo consuelo que alienta más mi esperanza. Vuestro valimiento en el cielo es inmenso, y los beneficios que podéis alcanzar para vuestras hijas son sin número. Con esta confianza yo me arrojo en vuestra presencia y espero que me obtendréis lo que especialmente os suplico. Pro-

bad que me amáis favoreciéndome que yo os probaré la sinceridad de mi amor, imitando vuestras virtudes; y de esta santa reciprocidad vendrá, el que vuestros cultos se aumenten, que mi alma se santifique, y que el artículo de la Comunión de los Santos quede puesto en ejecución. Así lo espero, madre amorosa, y con este doble objeto os dedico y consagro el presente novenario.

Se rezan tres Ave Marias en honra de las letras de que consta su gracioso nombre, y se concluye la tercera con Gloria etc.

DIA PRIMERO

PREDESTINACIÓN.

TRATÁNDOSE de las gracias y privilegios que se conceden á alguna persona en particular, se debe asentar por regla general, según el sentir de San Bernardino de Sena, que cuando Dios elige á esta persona para algún fin especial ó para algún elevado estado le concede todas las gracias y dones que son necesarios para el buen desempeño del fin ó ministerio á que está especialmente destinada, y con este mismo objeto le concede todas las prerogativas, excepciones y privilegios, de una manera tan abundante y copiosa, que no sólo desempeñe perfectamente su cometido mas también que lo desempeñe con facilidad, expedición, gloria y honor. Faltar esta sabia y prudente economía de la Providencia divina, sería nada menos que hacer fracasar los más importantes designios en el gobierno del mundo, y hacer que sus obras más excelentes no pasaran á la ejecución. Mas ¿cómo aceptar una suposición que una vez aceptada daría por consecuencia los más terribles absurdos? El dogma católico consecuente con esta doctrina nos enseña que todos y cada uno

de los hijos de Adán tienen su misión fija y determinada y, por consiguiente, todas las gracias y dones que son necesarias para la consecución de esta misma misión. Ahora bien: la dichosísima Señora Santa Ana destinada por Dios desde toda la eternidad para ser la Madre de la que había de serlo del mismo Dios en la plenitud de los tiempos: ¿de cuántas gracias, dones, privilegios y prerogativas no sería adornada? Si Jeremías porque había de ser el gran predicador y el gran defensor de la honra y gloria de Dios, fue santificado en el vientre materno, dotado de un carácter incontrastable, de una elocuencia victoriosa, de un celo ardiente y de una vida irreprochable: ¿qué no haría Dios con ese templo viviente, donde debía morar la santísima Virgen por nueve meses; con ese santuario de la Beatísima Trinidad, donde debía efectuarse el misterio de la Concepción inmaculada, prueba inconcusa del pecado original, llave de los misterios de la Encarnación y Redención? Si San Juan Bautista por la presencia de María, que llevaba en sí misma al Verbo divino, da saltos de gozo antes de nacer, es llenado del Espíritu Santo, santificado en el mismo instante, y su santa madre, como depositaria de este tesoro, recibe aumentos de gracia y el don de profecía: ¿qué sería de esta admirable criatura que á la Madre de Dios tendría por Hija y al mismo Dios por segundo Hijo? ¡Ah! quédate, alma mía, dulcemente absorta en este misterioso abismo; y si despiertas de tan dulce sueño, que sea para exclamar: ¡Qué admirable es Dios en sus santos! Esta es la obra de Dios; luego es toda perfecta; luego no queda más que desear: es toda hermosa y perfecta. Y si queréis volver á vuestro sueño de amor, entrad en pormenores y figuraos todas las virtudes, todas las gracias y dones sobrenaturales y veréis que todo, todo, se encuentra en vuestra Madre y Protectora. Os felicito, ¡oh señora Santa Ana! y os doy el parabién de vuestra dichosísima predestinación, y por

esta vuestra incomparable grandeza, humildemente os suplico que interpongáis vuestro poderoso valimiento, para que obtenga lo que especialmente os pido en esta novena y la gracia de cooperar con mis obras al buen logro de mi eterna predestinación.

Se hace la petición con una breve pausa y concluye con los gozos puestos al fin y la siguiente—

ORACIÓN.

Dios eterno é inmenso, que me habéis predestinado para la gracia y para la gloria, no permitáis que yo me aparte de la senda que me traza vuestra santísima voluntad. Si el mundo, el demonio y la carne me tienden sus lazos para perderme, que vuestra gracia me dé luz y conocimiento para defenderme y triunfar de estos mis enemigos. Y como tenéis dicho que todos los predestinados deben ser conformes con la imagen de Nuestro Señor Jesucristo: os suplico con todo mi corazón, por los mismos méritos de mi adorable Redentor y el poderoso valimiento de la Señora Santa Ana, que yo copie en mí esta imagen perfectamente, para que siendo vuestra en el tiempo, lo sea por toda la eternidad.

DIA SEGUNDO

VIRGINIDAD.

QUISIERA hablar de la santa virginidad y decir unas cuantas palabras de esta bellísima virtud de las virtudes: pero ¿quién podrá hablar debidamente de esta flor aromática, de esta expresión sublime del genio cristiano, de este fruto del espíritu de Jesucristo, de esta palabra de Dios? Quisiera decir lo que es esta poética y encantadora virtud que hace de los ángeles vírgenes y de las vírgenes ángeles: pero ¿qué no

es esta interesantísima virtud? Ella es la palabra práctica de la fe, la prueba de la esperanza y la caridad llevada hasta el sacrificio: ella es la prudencia en los combates de la carne, la fortaleza en la más noble empresa, la templanza hasta el heroísmo: ella es el lustre de todas las virtudes, el imán de las almas esforzadas, la inventora de las ciencias y las artes, la creadora de los pensamientos más fecundos y de las ideas más importantes: ella es la emulación de los espíritus celestiales, los encantos y delicias de todo un Dios. ¡Oh bellísima, sublime, encantadora virtud! Tú eres en el cristianismo, lo que el aroma en las flores, el verdor en los prados, el genio en los hombres y el sol en los cielos. Vos sois la virtud por excelencia y en tanto grado, que cual misteriosa ave no hallando donde formar vuestro nido en la tierra, os remontasteis hasta el cielo y le pusisteis con asombro de los más elevados espíritus, en el trono del mismo Dios. Esta admirable virtud, con todos sus encantos y atractivos, de tal manera cautivó la pura alma de Señora Santa Ana, que fue su ideal más bello, su ilusión más placentera y el sueño de oro más halagüeño. ¡Oh y qué feliz hubiera sido si por toda su vida la hubiera poseído! Sabiendo que esta delicadísima virtud es como el espejo, que con sólo el aliento se empaña, en su conservación empleó los mayores cuidados y esmeros. La gracia y la naturaleza parece que se habían puesto de acuerdo en la formación de esta criatura: bella sobre manera, agraciada, simpática, ilustrada é inteligente, era el asombro de cuantos tenían la felicidad de conocerla. Mas en tanta gracia y belleza tanta ¡oh y qué compostura, qué modestia en todas sus acciones, qué guarda en todos sus sentidos! ¡Ah, sus ojos siempre eran en el suelo mientras que su corazón descansaba en el cielo! ¡Qué pudor, qué mesura! Mas ¡ay! causa vergüenza el decirlo. ¿Es esta la conducta que observan nuestras jóvenes? ¿Es esta la conducta de muchas

almas que se llaman cristianas, modestas y recatadas? ¡Oh Madre y Protectora mía! Deseo ardientemente imitaros en esta virtud; impetrad para nós esta gracia, junto con el especial favor que os pido en esta novena.

La petición como el día primero.

ORACIÓN.

Señor mío Jesucristo, amador de la santa virginidad y sembrador misterioso de los pensamientos castos, que con dispensación admirable quisisteis nacer de una virgen purísima, y que esta virgen tuviese por madre á Señora Santa Ana, que en el tiempo de su virginidad fue la emulación de los ángeles y el objeto de vuestras complacencias, humildemente os suplico, por sus merecimientos y los de vuestra purísima Madre, que me concedáis la pureza de alma y cuerpo y de esta manera sea agradable á vuestros divinos ojos.—Amén.

DIA TERCERO

ELECCIÓN DE ESTADO.

NO hay cosa más importante, ni de más trascendencia en la vida, que la elección de estado; mas tampoco hay cosa más descuidada, ni que menos se piense: generalmente se deja al tiempo y al giro que tomen las circunstancias del mismo tiempo. Todos saben que el estado es la clave de los más grandes acontecimientos de la vida, y que de él por consecuencia necesaria pende la felicidad ó infelicidad, la ventura ó la desgracia; mas á pesar de todo esto se tiene por tiempo perdido el que se emplea en consultar, reflexionar: si hay alguna consulta, es con la

voz desentonada de la pasión : si hay alguna meditación, es con el consejero fatal del interés ; y si hay alguna reflexión, es la que desea poner de acuerdo á la pasión y al interés. De este proceder, harto frecuente, se originan tantas equivocaciones y tantas desgracias y el que á cada rato se quiera botar la cruz que pesa sobre los hombros, no ignorando que, como dice Tomás de Kempis : *El que bota la cruz que debe llevar y desgraciadamente la quiebra, Dios se la pone de nuevo y se la suelda con otra más pesada.* Ciertamente, no pensaba, ni procedía de esta manera la gloriosa descendiente de Abraham, Isaac y Jacob, la tímida y extraordinaria Virgen Señora Santa Ana. — Cuando sus padres le avisan que es necesario el que elija entre todos los jóvenes que pretenden su mano, el que más le convenga para su felicidad espiritual y temporal, con el pudor en las mejillas y las lágrimas en los ojos, deja oír estas instructivas palabras : “ Mi Dios sabe lo que más me conviene, y vosotros comprendéis mejor, por vuestro amor, prudencia y experiencia, lo que sea más acertado para vuestra última hija. Dadme tiempo para consultarlo bien con mi Dios en el retiro de la oración ; vuestra elección será la mía porque vosotros no habéis de querer en todo mas que hacer la voluntad santísima de nuestro Dios.”— ¡Qué palabras ! ¡Qué sentimientos ! ¿ Son estas las disposiciones en que se encuentran las vírgenes ? ¿ Son los sentimientos de las jóvenes que eligen el santo estado del matrimonio ? ¡ Oh vírgenes, aprended ! ¡ Oh jóvenes, imitad esta sabia y prudente conducta ! Y Vos, ¡oh! esclarecida madre de María, por vuestra virginidad, por vuestra resignación completa en las manos de Dios, mediante la voluntad de vuestros virtuosos padres ; por todas vuestras admirables virtudes en el estado de Virgen, os pedimos nos concedáis la gracia que necesitamos para imitaros y el consuelo de ver remediada la necesidad especial que

nos atormenta, pues con este objeto acudimos á Vos en este novenario.

La petición como el día primero.

ORACIÓN.

Omnipotente Dios de mi corazón, enseñadme á hacer en todo y por todo vuestra santísima voluntad, y puesto que me ordenáis el que os sirva en el estado á que me habéis llamado y en el cual yo me encuentro, dadme todos los auxilios necesarios para ejecutarlo de esta manera. Si por culpa mía me equivoqué en la elección de estado, ó he perdido el espíritu de él, á vuestros piés, con el mayor rendimiento os pido, que me perdonéis la falta y me concedáis la gracia de recuperar mi espíritu: hazlo así, Dios mío, por los méritos de Señora Santa Ana y por la sangre de nuestro Señor Jesucristo que contigo vive y reina por los siglos de los siglos. — Amén.

DIA CUARTO

EL MATRIMONIO.

EN la vida hay momentos tan sagrados y solemnes que su memoria jamás se borra; entre éstos, sin duda se debe contar el momento en que resolviéndose á un estado, se fija la voluntad de una manera permanente y se abre la senda de un nuevo destino. El hombre primero, cuando comprendió el gran designio de Dios, fija la vista en la virgen primera, y con el acento de la profecía, el júbilo del amor y el énfasis de la fruición que está por venir, exclama con entusiasmo: *He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne: por esto, por el matrimonio, dejará el hombre al padre y á la madre y se unirá á su*

mujer y serán dos en una carne. Y esta palabra que todos los siglos han repetido y repetirán hasta la consumación de los tiempos, es la que se repite en el momento en que cada hombre se une y enlaza con su mujer, Y ¡misterio admirable! Este gran acontecimiento de la vida, por su institución y por su significación, es el gran Sacramento que representa la unión y eterno desposorio de Jesucristo con la Iglesia, y que á las personas católicas que le reciben, les confiere todas las gracias y dones, que les son necesarias para el buen desempeño de su importante misión. Mas para recibir este Sacramento ¿cuánta no deberá ser la disposición y preparación? Semejante necesidad, perfectamente, la había comprendido el varón más virtuoso, Señor San Joaquín, y la Virgen más admirable y santa, Señora Santa Ana. Con oración y ayunos se preparaban para recibir el gran Sacramento: sus almas puras no se fijaban en el deleite, ni entraba en sus designios el frío interés. En todas sus acciones veían á Dios y hacerse á sus ojos aceptos era toda su aspiración. La moda ni la vanidad ocupaban sus pensamientos, ni mucho menos se cuidaban de la externa solemnidad. Complaciéndose Dios en estas almas tan puras que tan perfectamente se disponían y preparaban, allá en el cielo, en el Solio de su divinidad, bendecía y ratificaba, lo que en la tierra por su Ministro era bendecido y ratificado. ¿Son éstas las disposiciones con que las vírgenes contraen su matrimonio? ¿Son éstos los designios que ocupan su corazón? ¡Ah! no puedo menos que confundirme y humillarme. Pero todavía es tiempo: si no he tomado estado puedo imitar este ejemplo, y si ya le tomé corregiré los defectos en la parte que pueda: así lo espero mediante vuestra protección, ¡Oh protectora mía! lo mismo que el socorro de mi especial necesidad, pues con este doble objeto os consagro el presente novenario,

La petición como el día primero.

ORACIÓN.

Santísimos esposos, fragantes lirios de perfección enlazados de tal manera que formáis una sola guirnalda, astros brillantes abrasados en el amor divino con cuyas luces ilustráis al mundo: os felicito por vuestra feliz unión y llena del más puro entusiasmo, para siempre cantaré vuestras glorias. Mas por las bendiciones que el señor os concedió, por la felicidad de vuestra unión, dad á conocer á las vírgenes la manera en que deben tomar estado y á las casadas la gracia de ser fieles y santificarse en su matrimonio. Ámen.

QUINTO DIA.

LA PRUEBA.

POR más feliz que sea la vida de ciertas personas, no les han de faltar penas y amarguras. El que sirve á Dios de todo corazón, sufre combates contra los enemigos del alma, sequedades amarguísimas y desolaciones trístimas. El que sirve al mundo, al demonio y á la carne, sufre persecuciones, afrentas, desengaños, enfermedades, fastidios y tristezas; mas sirviendo á Dios, en esos combates se tiene el testimonio de la buena conciencia, la calma y la paz del corazón; y sirviendo á los enemigos del alma, la conciencia es el peor verdugo, no hay calma ni sosiego, ni se puede tener paz. Sobre todo, el que sirve á Dios tiene la esperanza cierta de que sufre por Dios y que Él le debe premiar con la corona inmortal; mas el que sirve á los enemigos de Dios, que son los del alma, no tiene el apoyo de la santa esperanza, se aburre, se desespera y por premio no tendrá más que el eterno suplicio. El ga-

lardón se debe recibir de aquel Señor á quien se sirve. Dios es justísimo remunerador y á cada uno dará conforme á sus obras. Pues bien, las dos almas más justas, los dos esposos más santos, no se exceptuaron de la ley universal. Pasaron los primeros meses de su santo matrimonio, pasaron los primeros años y no aparece la menor señal de que el cielo les bendiga con una expresión de su mutuo amor. ¡Oh y qué desconsuelo! Señor San Joaquín ofrecía sacrificios, y en el monte santo, entre lágrimas y suspiros, con ardientes plegarias pedía á su Dios que le concediese el fruto de bendición en su matrimonio. Señora Santa Ana oraba en el huerto y en los fervores de su oración, oprimida por el dolor, la pena y la amargura, hacía oír á los cielos la voz de sus clamores: dadme un hijo, decía, para borrar de mi frente la triste nota de infamia, de afrenta é ignominia que siempre lleva consigo la esterilidad en las hijas de mi nación y en las vírgenes de mi pueblo. Mas ¡ay! el cielo se hacía sordo y Dios parece que no escuchaba estos lamentos. ¡Pobres esposos! Os compadezco y tomo parte en vuestra amargura y en vuestro desconsuelo. Orad: seguid orando, que la fiel y firme esperanza todo lo alcánza. Entre tanto, en su casita de Nazareth, mientras su santo esposo continuaba en sus peticiones, ella también orando se entregaba al ejercicio de las obras de misericordia, principalmente al socorro del pobre, no obstante su pobreza. ¡Alma mía! ¿Cuál es la conducta que observas en tus tribulaciones? ¿Buscas el consuelo en la oración y en las obras de misericordia? ¿Refrenas tu lengua y le prohibes sus perjudiciales desahogos? Pero ¡oh desgracia! primero era el que sirvieras á Dios. ¡Pobres almas! Sirviendo á los enemigos de Dios ¿qué consuelo podéis esperar? . . . De hoy en adelante abriré mis ojos, sufriré por Dios y tendré paciencia; así lo espero conseguir por vuestro poderoso valimiento amada

protectora mía. No os olvidéis de mi necesidad especial. Ved mi fe y esperanza al ofrecer os este novenario.

La petición como el día primero.

ORACIÓN.

Gloriosísima Señora Santa Ana, yo soy uno de los pobrecitos que á las puertas de vuestra casa en Nazareth, os pedían una limosna: y ¿negaréis un socorro al que os lo pide con perseverancia? Cuando eras pobre no dejasteis de socorrer al necesitado y ahora que rica en el cielo, vales y puedes tanto ¿me dejaréis sin consuelo? No: no es posible. Os pido, pues, y os suplico por vuestro santísimo y amado Esposo, la necesaria limosna de la fe, de la esperanza y de la caridad; la limosna de la paciencia y resignación; la limosna de la conformidad con la voluntad de mi Dios y Señor. No me dejéis sin consuelo, principalmente hoy que os invoca con humildad vuestra pobre hija. Amén.

DIA SEXTO

EL PREMIO.

SABED que ninguno ha esperado en el Señor que no haya sido socorrido. Mas la esperanza que Dios corona es la que se funda en la fe que se prueba por las obras, en la humildad constante y en la perseverancia que no se desalienta: por esto decía Jesucristo, *por su apóstol Santiago*, se pide y no se recibe, *porque no se pide debidamente*. Las paces y oraciones de los más santos esposos tenían todas las condiciones necesarias, así es que fueron oídas. Bien podemos piadosamente figurarnos que el arcángel

San Gabriel baja del cielo, y de parte de Dios les asegura que lograrán el objeto de sus deseos dando á luz una hija que será la alegría del mundo y el regocijo de los cortesanos celestes; una hija que ennoblecera á la humanidad entera, y que juntando al cielo con la tierra, á Dios con el hombre, establecerá la paz y la justicia: una hija que Dios destina para que sea su digna Madre: dice el parainfo divino; se creen sus palabras, y regresa á los cielos para dar cuenta de su embajada. ¡Oh momento solemne! Se abren los cielos de los cielos: millares de ángeles, de arcángeles, de tronos, de dominaciones, de principados, de potestades, de virtudes, de querubines y serafines, forman agraciados y magníficos escuadrones: el Padre Eterno, bendice á su amada Hija; el Verbo, Dios como el Padre, bendice á su pura Madre; y el Espíritu Santo, Dios como el Padre y el Hijo, bendice á su Esposa. En este momento Señora Santa Ana es un Templo sublime, un Santuario admirable, el Reclinitorio de la Beatísima Trinidad y á expensas del poder, á esfuerzos de la sabiduría y á esmeros del amor en ella y por ella, se efectúa el gran Misterio, la pura y limpia Concepción de María. ¡Oh dichosísima Señora Santa Ana! ¡María es vuestra hija! ¡Cuánto honor! ¡Cuánta gloria! Quédate, alma mía, dulcemente abismada en la contemplación de este Misterio. Gózate y regocíjate en tanta grandeza. . . . Venturosos padres, os felicito, me entusiasmo con vosotros. Os doy el parabién y la enhorabuena. ¡Bendito Dios para siempre que así premió vuestra paciencia y humildad, vuestros sufrimientos, vuestras obras de misericordia y vuestra perseverancia! Mas no os olvidéis de esta vuestra hija que con vuestro amparo y protección espera imitaros en vuestra manera de pedir y el favor especial que os pido en esta novena, si así conviene para honra y gloria de Dios.

La petición como el día primero.

ORACIÓN.

¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á Vos! ¡Oh Dios infinitamente santo, misericordioso y sabio! que quisisteis que María fuese inmaculada para preparar una digna habitación á vuestro hijo unigénito, y que esta felicísima criatura naciese de la más venturosa de todas las madres, para lo cual la preparasteis con todas las gracias y dones que á tal dignidad y á tal ministerio convenían. Yo os suplico por esta predilección que me concedáis la gracia de tener un corazón puro y limpio, por nuestro Señor Jesucristo. Amen.

DIA SÉPTIMO

LA VÍCTIMA.

TODO lo hemos recibido de las manos de Dios y nada hay entre nosotros que no pertenezca á su divina Majestad. Cuando consideramos esta importante verdad nos parece muy racional y muy justa, y nos complacemos en manifestar con nuestras palabras la convicción que anima á nuestro interior, y en efecto, ¿qué tiene el hombre que no lo haya recibido? Y si lo ha recibido ¿por qué se gloria como si no lo hubiese recibido? Por esto la santa Escritura pone en nuestros labios estas palabras: *Señor, todas las cosas son vuestras y lo que hemos recibido de vuestras manos es lo que os ofrecemos.* Íntimamente convencido de estas verdades, Señor San Joaquín y Señora Santa Ana, entregan á Dios el fruto bendito que de sus manos habían recibido. Pero, ¡oh qué pena, qué amargura! ¿Cómo privarse estos consortes de la luz de sus ojos tocando ya á los

bordes del sepulcro? ¿Separarse de su hermosísima y agraciadísima hija, carecer de su sonrisa, de sus caricias y de los encantos de su presencia? ¡Qué amargo! No estrechar entre sus brazos á su amada hija. . . . ¡Qué tormento! Pero si la niña no cuenta más que tres años, si ellos no pueden vivir sin su tesoro ¿por qué apresurar semejante martirio? ¿Por qué violentar el tiempo en que deben ofrecer esta víctima de sus amantes corazones? ¡Ay! no piensa así la sabiduría que baja del cielo, no piensa de esta manera el alma que verdaderamente ama á su Dios. En efecto, á pesar de su pena, de su amargura y de su profundo dolor, con suspiros, sollozos y lágrimas se dirigen al templo de Jerusalem y allí consagran, ofrecen y entregan á su amada hija. ¡Oh sacrificio! ¡Oh víctima! . . . Alma mía ¿qué es lo que tú ofreces á tu Dios? ¿Cuál es la conducta que observas cuando Dios te exige algún sacrificio, alguna privación? ¿Cómo has probado á Dios que le ámas, cuando nada haces por su amor? ¡Me confundo y avergüenzo! Auxiliado por vuestra gracia, que espero conseguir por las súplicas de mi bondadosa protectora, espero tener más mortificación y ofreceros el agradable sacrificio de la observancia de vuestros mandamientos. Sí, Dios mío, dadme vuestra gracia y concededme el favor especial que os pido en esta novena.

La petición como el día primero.

ORACIÓN

Amado Jesús del alma mía, ¿qué queréis que haga? ¿Cuál es la víctima que queréis que os ofrezca? Siendo mi deseo hacer en todo y por todo vuestra santísima voluntad, dispuesta y preparada estoy para que me ordenéis lo que más os agrade; no importa que sea lo que más amo, lo que más me deleita y lo que más falta me hace, pues por mucho

que sea, nunca será un objeto más amable, más delectable ni más interesante que lo que fue María para sus santísimos padres. Mandad, pues, Señor, que vuestra sierva oye, y dadme vuestra gracia para que así lo ejecute.—Amen.

DIA OCTAVO

LA SANTA VIUDA.

DAVID amargamente lloraba la muerte de un hijo ingrato y no admitía consuelo: es muy natural, son los hijos una porción del propio ser. Jacob se mostraba inconsolable con la pérdida de su amado José y en el exceso de su dolor, de su pena y de su amargura, era tanto lo que lloraba, que creyó que entre sus lamentos, suspiros y lágrimas, bajaría al sepulcro: no era reprehensible, son los hijos un bien, y si son virtuosos son un inestimable tesoro. Mas estos padres en sus grandes pesares como no cambiaban de estado, tampoco mudaban de nombre; no así la desconsolada Noemi. Esta pobre israelita habiendo perdido á su esposo, se encuentra tan abatida, tan desconsolada y su dolor y su amargura le causa tal impresión que, pálida y desfigurada, pide á sus compatriotas que no la llamen más por su nombre antiguo, Noemi, que quiere decir *hermosa*, sino simplemente, *la mujer desgraciada, la amarga viuda, Amara*. Y esta conducta parece tan natural que ninguno le pone obstáculo y bajo este nombre la conocen sus compatriotas. Tal era la situación de la Señora Santa Ana. Después de haber ofrecido á su santísima Hija y presentádola en el Templo, un memorable día, el compañero de su juventud, el angel que la guardaba, el esposo que Dios le diera y que amaba con tanto entusiasmo como ternura, el amigo

fiel en que depositaba sus más íntimas confidencias, se presenta con todos los síntomas que denotan la cesación de la vida y la aproximación de la muerte. ¡Pobre esposa, dejarás de serlo! Señor San Joaquín, entre sus brazos duerme el sueño de los justos, espira en el Señor, muere al tiempo para vivir en la eternidad. ¡Preciosa muerte entre tales brazos! Sus lágrimas irremediables humedecen el santo cadáver: y ella cubierta de luto, según la costumbre de su nación, entrega al sepulcro su precioso tesoro. Mas ¡ay! ¿dónde están los lamentos? ¿Dónde los gritos del dolor, los movimientos convulsos, las exclamaciones y las señales del abandono? Con asombro de todos los circunstantes, sólo se oyen estas sublimes palabras: *Dios me lo dió, Dios me lo quitó, por todo bendito sea su santo nombre.* ¡Qué calma! ¡Qué paciencia! ¡Qué resignación y conformidad con la santísima voluntad de Dios! ¿Es esta la conducta que yo observo en mis pesares, en mis penas y en mis amarguras? Dios mío: yo quiero aprender esta enseñanza. Por esa muerte preciosa, por esa paciencia y resignación, os suplico la gracia de vivir santamente, de sufrir con entera conformidad y de conseguir lo que especialmente pido en esta novena, si es para bien y salvación de mi alma. — Amen.

La petición como el día primero.

ORACIÓN.

Madre y Protectora mía, Señora Santa Ana: por el dolor que sentisteis en la separación de vuestra amada Hija; por vuestro pesar en la muerte de vuestro amado Esposo; por los desconsuelos que experimentasteis en vuestra amarga viudedad, dadme una buena y santa muerte. Yo quiero morir con todos los sacramentos y con todos los auxilios necesarios: ardientemente deseo que mi última mirada sea á vuestra Imagen y mi postrer palabra Jesús,

María, José, Joaquín y Ana. No me neguéis este favor pues redundará en gloria de Dios y aumento de vuestros cultos. Amen.

DIA NOVENO

MUERTE PRECIOSA.

LA Santa Viuda, cuya vida inocente é inmaculada jamás había experimentado el menor contratiempo que retardase los vuelos de su elevado espíritu, se entregaba tranquilamente al ejercicio de todas las virtudes al fin de sus días. Los ratos que no pasaba en el Templo, donde tenía todas sus delicias, los entregaba á la labor de manos y al ejercicio de las tareas domésticas. Jamás se le encontró ociosa, ni ocupada en vanas conversaciones ó visitas inútiles. La que había sido el modelo de las vírgenes, el ejemplar de las casadas, era el ideal más perfecto y acabado de las santas viudas. No había virtud que en ella no se encontrase, ni perfección de que no fuese un perfecto tipo. Como disfrutaba de la incomparable felicidad de gozar muchas veces de las vistas y conversación de María, no hay lengua humana, ni inteligencia angélica, que pueda decir ó comprender, hasta donde se elevaba esta admirable santa en las regiones de la perfección. Abrasado su corazón en los incendios del amor divino, desfallecía de amor y con frecuencia padecía los mas suaves deliquios, los éxtasis y los raptos mas admirables. Su conversación era en el cielo ó en las cosas del cielo. Sólo Dios sabe lo que pasaba por esta dichosísima alma y puesto que él no ha querido revelarlo, veneremos este secreto con el mas respetuoso silencio. Mas ¡ay! como es la vida es la muerte, y lo que se siembra, eso mismo se cosecha! La felicísima Señora Santa Ana, llena de días y merecimientos, conforta-

da con la presencia de su Hija y entre sus puros brazos, entregó su bendita alma al Criador. . . . Y nosotros ¿cómo moriremos? ¿Queréis saberlo? Consultad vuestras obras: ved el empleo que habéis hecho del tiempo y de las potencias y sentidos; ved si habéis cooperado á las gracias y llamamientos divinos; ved vuestra vida. Desengañémonos: Dios es justo; y sería injusto, si igual fuera la suerte, la muerte, del justo y del pecador: y sería injusto, si el que ha vivido entregado á los placeres y entretenções, á la hora de la muerte tuviera la misma felicidad que el justo que ha vivido mortificado y lleno de privaciones: y sería injusto si indistintamente coronase á sus amigos que á sus enemigos. No, Dios mío; no hacéis de esta manera: sois justísimo y á cada uno daréis conforme á sus obras. . . . Quiero, pues, la muerte del justo, y para esto hoy mismo me resuelvo á la mudanza de vida, á la reforma de mis costumbres. Fortificad, Señor, estas santas resoluciones. Esta mudanza será obra de vuestra gracia. Y ¿me negaréis semejante beneficio? Interponed, ¡oh Madre mfa, vuestro poderoso valimiento!: que no se diga que hubo un desgraciado que os invocó y que quedó sin consuelo: que no se diga que sois sorda á nuestros llamamientos, ó indiferente á nuestras necesidades. Hoy termino esta novena, pues que hoy experimente vuestra protección y la influencia de vuestro valimiento, recibiendo la gracia de vivir santamente y el remedio de mi necesidad especial.—Amen.

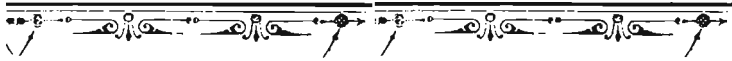
La petición como el día primero.

ORACIÓN. (1)

Dios te salve María, llena eres de gracia. El

(1) El P. Engly. . . . trae esta oración y afirma que la Santidad de Alejandro VI concedió treinta mil años de indulgencia á los que rezaren delante de la Imagen de Señora Santa Ana. Récese, pues, con toda atención y con la intención de ganar estas indulgencias.

Señor es contigo: vuestra gracia esté conmigo. Bendita eres entre todas las mujeres; y bendita sea Señora Santa Ana vuestra Madre, de la cual nacisteis sin haber tenido mancha de pecado original, **Virgen** María, y de Tí nació Jesucristo Hijo de Dios vivo. Amen.



DIA VEINTISEIS

DEDICADO

A LA GLORIOSA SEÑORA SANTA ANA

EN MEMORIA DE SU FELICÍSIMA MUERTE.

ACTO DE CONTRICIÓN.

OH HERMOSURA TAN ANTIGUA COMO NUEVA, QUÉ TARDE OS CONOCÍ! — Y para mayor tormento de mi alma, os he conocido solamente para llorar y amargar los últimos días de mi existencia. ¿Por qué Dios mío? ¿por qué os he abandonado y me he olvidado de vuestro amor, de vuestras gracias, de vuestras virtudes y perfecciones? ¿Por qué he desconocido á mi único bien? Por un placer momentáneo, por una satisfacción pasajera; por una reprensible é inexcusable ceguedad. ¡Oh lágrimas mías, corred sin cesar y lavad las manchas feas que mis pecados han causado en mi pobre alma! Ojalá que este amargo jugo que por mis mejillas corre aplaque la justa indigna-

ción de mi Dios y Señor: y si mis lágrimas os hacen propicio y perdonáis mis delitos, quiero vivir siempre llorando. Mas no sólo: quiero vivir siempre amando; y, amando y llorando, de vuestra presencia no me separaré, hasta que no me digáis: *Tus pecados te son perdonados.* Perdón, Dios mío: perdón para esta infeliz! Mas ¡ay! Dios mío: no miréis en este momento mis lágrimas y suspiros, mis súplicas y mis lamentos: mirad sí la sangre de vuestro Hijo, la sangre de esa víctima sacrificada por mi amor: mirad las lágrimas de María al pie de la Cruz. Oíd los ruegos del Señor San José, las súplicas del Señor San Joaquín y los poderosos ruegos de mi Madre Señora Santa Ana. De hoy en adelante, nueva vida, pues quiero y deseo que estos sentimientos de penitencia cierren mis labios á la hora de mi muerte, mientras que mi corazón repite hasta el aliento postrero *¡ Jesús, María y José, Joaquín y Ana, á quienes encomiendo de todo corazón mi cuerpo y alma!* — Amen.

ORACIÓN Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Amabilísimo Redentor de mi alma, dueño de mis afectos y objeto de todo mi amor. Yo os doy las mas expresivas gracias por el incomparable beneficio que me habéis hecho ocupandoos de mi pequeñez y de mi bajeza. ¿Quién si no Vos podía tenderme esa mano compasiva? Mas no pudiendo como Dios ser la víctima que os aplacase, ni como hombre solamente hacer los oficios de Redentor, con altísima providencia, en el exceso de vuestro amor, inventasteis ser medio único de salvarnos, juntando la divinidad de la humanidad y de esta manera, por esta unión postática, haceros Dios hombre y hombre Dios.

semejante beneficio ¿qué lengua habrá que lo pueda debidamente expresar? ¿Qué entendimiento lo podrá comprender? ¡Misterio consolador! Por este misterio, la naturaleza humana, último eslabón de las inteligencias, inferior á todos los ángeles, se eleva y coloca sobre todos los coros angélicos y al hombre no le queda más qué desear. Con este objeto, todo amor, toda misericordia, entre todas las mujeres elegisteis la más perfecta y santa que podía haber para que fuese el Templo misterioso, el tabernáculo sagrado donde se fabricase esa Arca admirable y se efectuase el gran misterio de la inmaculada Concepción. Siendo, pues, Señora Santa Ana esta criatura privilegiada, enriquecida con todas las gracias y dones, con todas las virtudes y perfecciones para que fuera la digna madre de vuestra santísima madre, para que la alimentase y la educase; siendo también por tantos títulos mi especial Patrona, protectora y Madre; yo os suplico que por su medio vuestra dignación me oiga y vuestra misericordia me sea propicia. Mi deseo ardiente es amarla como á vuestra segunda madre, é imitarla en sus admirables virtudes, como el ejemplar más perfecto y acabado; pues de esta manera lograré seros grata durante mi vida y cerrar mis ojos con la perseverancia final. Por vuestra muerte sacrosanta, por el tránsito de vuestra pura é inmaculada Madre, por la muerte preciosa de Señora Santa Ana, miradme con ojos de misericordia, perdonad mis repetidas culpas y dirigid todos mis pasos para que tenga una muerte preciosa en vuestros divinos ojos, que sea principio de la eterna bienaventuranza. — Amen.

Se reza un Padre Nuestro con Ave-María

ORACIÓN Á SEÑORA SANTA ANA (1.)

Gloriosísima señora Santa Ana, madre de la Santísima Virgen y segunda madre de su soberano Hijo: yo os doy los plácemes de vuestra dignidad y me gozo en vuestras excelencias, bendiciendo y alabando al Señor que os las concedió y se recrea en la eminentísima santidad con que enriqueció a vuestra bendita alma. Y aunque yo no merezca que vuestra grandeza me oiga; mas invocándote mi devoción y reconociéndote mi afecto en este día consagrado á vuestra veneración, espero ¡oh madre mía! que me miréis compasiva y que me favorezca vuestra dignación. Con esta confianza, madre mía os encomiendo mi alma, para que por el espacio de este mes cuidéis de ella librándola de todo pecado: y si me aconteciere morir en el intermedio, me asistáis en aquel trance, para el cual os requiero desde ahora como mi protectora, y no habéis de permitir se pierda quien puso en tí sus esperanzas. Os encomiendo mi cuerpo y mi casa, para que desterrando de sus cercanías al demonio, á las pestes, á los rayos, á los incendios y desgracias, me aseguréis el consuelo que necesito en esta vida. Os encomiendo mis bienes temporales y mi honra, para que mirando por todo cuanto pueda tocarme, todo lo dirija vuestra providencia al mayor obsequio de la Divina Majestad. Finalmente, os encomiendo la santa Iglesia católica, esta República y esta ciudad, para que haciendo sus causas y las de Dios, obtenga vuestro valimiento que nuestra santa fe se aumente que florezca la paz y reine la caridad verdadera en todos los cristianos, especialmente en los que son devotos vuestros, á quienes os ruego, amparéis mientras peregrinan

[1] Esta Oración es la de Señor San José y solamente se le cambiado algunas palabras, como se puede ver en ella.

nan en este mundo, y hallándose después en el Purgatorio, los libréis de sus penas, para que os acompañen en el cielo, y engrandeciendo allí vuestra protección, den á Dios las gracias por los siglos de los siglos Amén.

Se rezan tres Ave-Marias en honra de su santo nombre.

ORACIÓN Á MARÍA SANTÍSIMA (1)

Amabilísima Virgen María, Reina y Señora de los ángeles, para comparecer en tu presencia no tengo más mérito que ser un pobre de los muchos que pedían limosna á las puertas de la casa santa de Nazareth. Tú, Señora, muchísimas veces por tus manos las repartisteis. A tí por el siglo de tus padres te la pidieron: ea pues, niña de mis ojos, una limosna por el amor de Señor San Joaquín: un socorro por las entrañas y pechos de Señora Santa Ana. Una gota de miel que me haga la muerte dulce, y antes de ella una migaja de aquel pan que tú misma amasaste en tu purísimo vientre. Y así, Dios te conceda que todos se derritan en la devoción de tu santa madre. Por último te ruego que como á ella le cerraste los ojos en su felicísimo Tránsito, así á mí, y á todos los que la amamos nos los cierres desde ahora, para disponernos así á gozar eternamente tu hermosura. Amen.

Se reza una Salve y se concluye con el Bendito &.

[1] Esta Oración está tomada del 26 de cada mes, que se reimprimió en esta ciudad, en la Imprenta Matutina, por los años de 1862.

Los Martes de Señora Santa Ana.

ADVERTENCIA.

SEGÚN refieren varios escritores, la ínclita y gloriosísima Señora Santa Ana, nació en día martes y murió en día martes; de aquí ha venido, que la devoción y piedad de los fieles le consagre y dedique este día y acostumbre honrar su memoria con algún ejercicio de piedad y con la práctica de alguna virtud, y principalmente, con alguna obra de misericordia espiritual ó corporal. Cada uno podrá hacer lo que mejor le parezca, contando siempre, para mayor mérito, con el permiso del confesor.

Deseando ardientemente que esta devoción se aumente y que todos experimenten por experiencia propia lo mucho que vale delante de Dios esta Santa para el socorro de todas nuestras necesidades espirituales y temporales, presento este pequeño ejercicio para mayor comodidad de todos los que la aman y para que los que no la aman logren esta felicidad, pues con semejante amor, lograrán el llevar una vida arreglada, tener una buena muerte y después la vida eterna.

PREPARACIÓN.

Amabilísimo Redentor de mi alma, ¿con qué objeto enriquecisteis de todas las gracias y dones, de todas las virtudes y perfecciones á vuestra segunda madre Señora Santa Ana? Bien veo que en ella preparabas una digna habitación para vuestra santísima madre y que era, no sólo muy natural, mas

también muy justo, el que el Templo en que la augusta Trinidad debía efectuar el gran misterio de la preservación de la culpa original en una hija de Adán, fuese un templo sagrado, con los adornos de toda santidad y los privilegios de todo derecho. Bien veo que la tierra donde se debía ocultar esta pura semilla, debía ser una tierra bendita y, cual tierra sacerdotal, libre de todo gravamen: que el fecundo tallo que debía producir esa aromática y blanca azucena debía estar siempre regado con el agua de la gracia y circular por todos sus tubos y canales la misteriosa savia de la santidad. Bien veo que la que debía engendrar, dar á luz, alimentar con su leche, cuidar y velar, alimentar y educar á la madre de Dios, debía tener todo cuanto Dios mismo sabe y puede dar á la criatura que El predestina para semejante empleo y dignidad, para semejante estado y ministerio. Todo esto lo veo con bastante claridad, y me alegro y regocijo al ver tanta virtud, perfección y grandeza, es verdad. Pero tambien veo que ente las gracias que con tanta abundancia le fueron concedidas, á más de las que la hacían grata á vuestros ojos, recibió también las dadas gratis de vuestra bondadosa mano. Y esta verdad me entusiasma sobremanera; pues si las primeras tocaban á ella directamente, las segundas le fueron cocedidas con relación á mis necesidades; y si con atención me fijo en esa afluencia de gracias que brotan cual misteriosa, cristalina y agraciada fuente, me persuado que no nace desarrolla y crece, sino es para mi y nada más que para mi. En efecto, ella más saludable que las aguas del Jordán para sanar de la lepra á Nataman, nos sana, cura y limpia de la lepra de nuestros pecados impetrando y consiguiendo para los pecadores la conversión verdadera y para los justos la disminución de la propensión y afecto al pecado, el aumento de gracias y la perseverancia final. Piscina misteriosa, cual la que era en el portico de Sa-

lomón, no hay enfermedad de la cual no nos pueda sanar; no hay mancha de la cual no nos pueda purificar; no hay bien, no hay gracia, que no nos pueda obtener. En ella encontramos todos los bienes, y por ella se comunican á nosotros. Monte Oreb, ella recibe el rocío y la lluvia; y nosotros, valle triste y solitario, de su abundancia nos aprovechamos y con su afluencia fructificamos para la vida eterna. ¡Fuente admirable! yo os felicito y me felicito. Os felicito porque os veo tan enriquecida como la criatura mas predilecta, como la criatura sobre quien siempre ha descansado la mano del Señor. Y me felicito, porque estas mismas gracias y prerogativas me fortifican en la fe, me sostienen en la esperanza y me encienden en la caridad. ¡Oh madre mía, y cuánto vales en la presencia de mi Dios! ¡En verdad, soy muy desgraciada! y si miro en el actual estado de mi alma, me asusto y me acobardo, y mi vergüenza llega al extremo de huír de mi misma y de procurar ocultarme como los primeros padres en el Paraíso: mas si miro á lo que vales, á lo que puedes para con Dios, me animo y cobro nuevos esfuerzos. Ea, pues, protectora, abogada y madre mía, vuelvo á tí mis humillados ojos. ¿Despreciaréis á la que os pide socorro en sus necesidades? ¿Dejaréis sin consuelo á la que deposita en vuestro bondadoso corazón sus esperanzas? Para más inclinaros á mis preces y á mis ruegos, os dedico y consagro este día. En un martes nacisteis y en otro martes pasasteis á mejor vida, que en un martes yo sienta vuestra influencia, vuestra bondad y misericordia: mas si queréis probar mi fidelidad y mi perseverancia, os ofrezco ni desistir jamás y esperar pacientemente hasta que me consoléis, si conviene á la honra, gloria de Dios, aumento de vuestros cultos y bien de mi alma. Amen.

Se hace la petición reflexinando por un breve rato, y después se dice.

ORACIÓN.

¡ Oh madre mía Señora Santa Ana! Humilmente os suplico, por la amargura que experimentó vuestro corazón santísimo en tantos años de esterilidad; por la tristeza y dolor que os atormentaron en la presentación y separación de vuestra amadísima hija y por el pesar que tuvisteis en la muerte de vuestro esposo, que me obtengáis la gracia de sufrir con paciencia y resignación los trabajos y amarguras, los pesares y aflicciones con que el Señor fuere servido de visitarme durante mi permanencia en la tierra.

Se reza una Ave-María.

ORACIÓN.

Felicísima Señora Santa Ana: por el gozo que tuvo vuestro purísimo corazón cuando el ángel os anunció vuestra maternidad; por los gozos y trasportes de vuestra alma, al tener en vuestros brazos á María y al alimentarla con vuestra leche, yo os pido y suplico que vuestra protección me atienda, para que lleve una vida inmaculada sin mancharme jamás con el pecado mortal.

Se reza una Ave-María,

ORACIÓN.

Gloriosísima Señora Santa Ana: por las gracias que Dios os concedió; por vuestras heroicas virtudes; por las caricias que recibisteis de vuestra santísima hija; por vuestra muerte preciosa en los hijos del Señor; por los consuelos que en ese dulce sueño recibisteis de María en cuyos brazos espiras-

Dichosa Vos, que en el senil regazo
Arrullasteis el sueño de María,
Sirviéndole en la infancia como guía,
A la que es guía del marino audaz;

Dichosa Vos, á quien el cielo quiso
Encomendar tan plácida tutela,
Porque os hizo á la par de Dios abuela
Y de la triste ancianidad solaz.

La Reina de los Angeles sumisa
Tomó vuestras virtudes por modelo
Y transformando vuestro hogar en cielo
Consoló vuestros días de vejez;

Y obediente á su padre, religiosa,
Observando la ley sirvió en el Templo,
Y para darnos con su vida ejemplo
De la Sacra familia madre es.

El mundo ós debe por tan grandes mérito
Piadosa adoración, cual á María,
Que como hija formó vuestra alegría
Y como madre... ¡es madre de Jesús!

Por lo mismo, Señora, os invocamos
En las necesidades que sufrimos,
Y que roguéis devotas os pedimos
Por nosotros al Mártir de la Cruz.

Santa Ana, julio 31 de 1877.

Al muy Reverendo Fr. Felipe de Jesus Moraga.

SU AFECTÍSIMO,

Juan José Bernal